

me debo
mi

libertad



Marta del Valle

me debo
mi
libertad

Me debo mi libertad

Marta del Valle

Título: *Me debo mi libertad*

© 2024, Marta del Valle

Del diseño de la cubierta: 2024, Lucía Valero

De la corrección: 2024, Lucía Brisbane

De la maquetación: 2024: @_romanticascorreccion

Primera edición: diciembre de 2024

Impreso en Europa

ISBN: 978-84-09-64994-5

Depósito legal: TO 259-2024

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

*Para ti.
Para que el pasado deje de ser un freno y se convierta en motor.
Para que no llenes tu vida de contenido,
sino de sentido.*

Sobre la autora



Marta del Valle Castillo, nacida en 1994 en Móstoles, pero con raíces andaluzas, comienza a escribir en 2021 historias ambientadas en la ciudad malagueña de Ronda.

No le gusta centrarse solo en los sucesos y en los actos de sus protagonistas, sino que también profundiza en los pensamientos y emociones, que incitan a los lectores a pasar un rato entretenido y a reflexionar sobre diferentes temas de la vida.

Tras la publicación de [*Una peligrosa forma de querer*](#), su primera novela se posicionó en Amazon el día de la publicación como N.º 2 en la categoría de “Productos del momento”, N.º 5 en “Ficción femenina” y N.º 5 en “Mujer contemporánea”.

Con esta segunda entrega, *Me debo mi libertad*, la autora da continuidad y finaliza la historia de Carmen, la protagonista.

1. Sentimiento de amenaza

Viernes 12 de julio de 2019, Ronda.

Entré al local aún algo sofocada. Alcé la vista hasta ver a las niñas saludarme desde la misma esquina donde estábamos antes, con sonrisas amplias en las caras y haciéndome gestos enérgicos para que me acercara, ellas sin ser conscientes de que, mientras todos reían, bailaban, brindaban y disfrutaban, yo acababa de comenzar una realidad paralela completamente opuesta que me estaba empezando a dejar en ruinas en el mismo momento en que le vi la cara. «¿Era él? No puede ser...».

Desvié la mirada hacia otro lado con desconcierto antes de fijar de nuevo la vista en aquel hombre. La risa profunda y sonora que resaltaba frente a las demás me despistaba; pero, obviando las marcas de expresión que mostraban el paso del tiempo, me fijé bien en la tez morena, en los ojos oscuros y pequeños, en la sonrisa escueta, pero que dejaba ver perfectamente los dientes blancos y alineados, y en el pelo corto, negro y denso en el que se intuían pequeños caracoles.

Ese rostro que creía tener ya olvidado me trasladó de nuevo al maldito recuerdo que me provocaba tanta angustia, asco, temor..., transformándolo mi cabeza en una pala enorme metálica que me golpeó fuerte el pecho, aunque nada ni nadie me estuviera tocando. Las pulsaciones se aceleraron a una velocidad y con una intensidad que, aunque seguía inmóvil en medio del local, mi mente se trasladó a otra dimensión.

En esa nueva realidad no había aire suficiente para llenar mis pulmones. Por mucho que tratara de inspirar, el oxígeno no entraba en mi cuerpo y, por pura supervivencia, me di la vuelta, empujé la puerta de madera y salí de nuevo a la calle.

Esquivé a los que estaban fumando en la puerta y, según me alejaba de la mirada de aquellos desconocidos, anclé los dedos a la pared, raspando las yemas en ella con fuerza, con el fin de mantener el equilibrio que mi mente y cuerpo no tenían.

Caminé sin rumbo hasta llegar al Templo de la Virgen de los Dolores, una capilla cubierta con tejas a pie de calle. Me paré en seco de espaldas a la Virgen apoyándome en uno de los dos pilares donde se veían talladas siluetas con sogas en el cuello, al ser el lugar donde un tiempo atrás los condenados a muerte oraban antes de ser ahorcados.

La asfixia no me dejaba sentir el dolor de los detalles puntiagudos del pilar clavándoseme en los dedos y daba igual que la temperatura fresca de la noche fuera agradable y diera un respiro a los días de calor. Porque aquella atmósfera en la que solo yo me encontraba y en la que todo se tambaleaba fue traspasando la camiseta de tirantes de raso negro, depositándose sobre mi piel y penetrando por los poros en forma de hormigueo que al llegar a la cabeza me hizo perder el equilibrio sobre los zapatos granates de tacón que se sujetaban con una hebilla a los tobillos.

La voz de Macarena gritando mi nombre desde el final de la calle llegaba a mis oídos, al principio muy lejana, como si me gritara en sueños. Pero fui capaz de anclar de nuevo los pies al suelo y a la realidad según se iba acercando y la escuchaba con más claridad.

Me costaba creer que la ansiedad fuera considerada algo inherente al ser humano y que un nivel bajo fuera necesario para la evolución. Me costaba entender que se tratase como un toque

de vitalidad para movilizarnos, para ser más activos e incluso más creativos. Me costaba asimilarlo porque lo que yo estaba viviendo era su conversión a un nivel tan alto, que su efecto fue totalmente el contrario, transformándose en un ataque de pánico.

Sin embargo, entre lo difuso y confuso que estaba siendo ese momento, sí pude poner en práctica algo que había aprendido a lo largo de los últimos meses: identificar las emociones y sentimientos que experimentaba. Y lo que me recorría en aquel momento era la máxima agitación que jamás había vivido, pánico, horror..., sentimiento de amenaza.

La cara que acababa de ver en el local volvió a invadir mi mente, perdiendo, ahora sí, el control total de mi cuerpo y alimentando ese recuerdo que tanto tiempo estuvo enterrado y que, por más que trataba de superar, con más fuerza se aferraba en mí.

No supe cuántos segundos o minutos pasaron. Pero cuando recuperé la consciencia, mis piernas y brazos oscilaban sin ningún tipo de resistencia en el aire y mi espalda y muslos reposaban sobre unos antebrazos y un torso que me resultaron muy conocidos. Un cuerpo que me aportaba confianza y calma. Respiré profundo y los pulmones se sintieron aliviados, relajando instantáneamente todos mis músculos y dándome cuenta de que, a pesar de todo, sus manos estaban ahí para recoger lo que quedaba de mí, despejando todas mis dudas. Pero no era el momento de pensar en ello; la lucha contra mis fantasmas del pasado se había complicado.

2. Dispuesta a fallar

Lunes 31 de diciembre de 2018, Ronda.

Cogí el móvil, cuya pantalla no paraba de iluminarse, de la mesa baja blanca del salón. No podían ser otras que las niñas. Lo desbloqueeé y fui directa al grupo *Muchachitas serranas*. Ciento cuarenta y tres mensajes sin leer. «Ay, madre, vaya cotorras».

Maca: Di que sí, cari. Tú haz lo que te salga del *pepe*. 17:01

Amanda: Claro, joder. Si a mí me da igual lo que os vayáis a poner. Yo solo aviso de que voy a ir vestida para matar. Porque me apetece y punto. 17:02

Naza: Maca, qué fina te has vuelto, ¿no? Que digas *pepe* en vez de coñ..., es un hecho histórico. 17:03

Maca: ¿Has visto, *chochi*? Me he propuesto para el nuevo año refinar un poco mi vocabulario. 17:03

Deslicé el dedo rápidamente para ver si había algo importante o si me nombraban en alguno de los trecientos mensajes.

Amanda: Carmen, Pablo me ha dicho que al final sí viene, y con un amigo. Pero que no le contestas y quiere asegurarse de que no te importa que vaya alguien más a casa de tía Manuela; bueno, ya oficialmente la casa de mama Pili. 17:31

Volví a bloquear el móvil para evitar seguir leyendo. Suspiré. Según se acercaba el momento de reencontrarme con Pablo, más me costaba actuar con normalidad. Después le respondería. Tenía que reconocerlo, huía un poco de él. Necesitaba tiempo.

Me dirigí a la habitación, donde el color protagonista también era el blanco. En mi caso, el tener la casa con un estilo minimalista y unicolor no era cuestión de gustos, sino de la falta de tiempo por el caos que había vivido estos cinco meses atrás y..., bueno, de falta de una personalidad auténtica y definida, que se había reflejado también en mis problemas con Javier, pero que ya llevaba tiempo trabajando con Sara, mi psicóloga.

Abrí el armario de puerta corredera y empecé a sacar los diferentes modelitos que podría ponerme aquella noche. Pero no. Una densidad pesada en el pecho me dijo que eso no era prioridad ahora. Había descubierto que la mezcla de silencio y una pizca de tiempo eran un imán para ese tipo de señales que tan útiles me parecían.

Así que, haciéndoles caso, dejé de prestar atención a la ropa amontonada sobre la cama y cogí la lámina enrollada que seguía en una esquina de la habitación, esperando a que alguien se atreviera a cogerla de nuevo. Deshice el lazo negro y la desenrollé con cierto temblor en los dedos.

Ahí estábamos los dos, en blanco y negro. Javier y yo. Sus manos me atraían la cintura baja hacia él, haciendo que mi espalda se curvara y que mi vientre estuviera en contacto con el suyo. Mis manos sujetaban su cara con fuerza, como si no lo quisiera dejar escapar para que nunca terminara ese beso. Y el Puente Nuevo de fondo. Cuántos besos de tantísima gente habrían visto

sus arcos de medio punto...

Todavía no habían pasado dos meses desde que Javier y yo nos dimos nuestros últimos abrazos, llenos de lágrimas y de un vacío que se instalaba cada vez más en mí y que desconocía cuándo conseguiría volver a llenar. Aunque no solo me preguntaba cuándo, también cómo lo lograría. Pero no me quedaba otra que acostumbrarme poco a poco a que nadie me diera los buenos días ni las buenas noches, a estar en casa sin compañía, a no recibir una caricia que terminara en dos cuerpos sin ropa y a sentir el frío del otro lado de la cama.

Es que era mi chico, joder. Mi chico... Se me humedecieron los ojos al pensar en todo lo vivido y aprendido con él.

Volví a enrollar la foto y rehíce el lazo, cogí la caja de cartón donde venía la vajilla que había comprado unas semanas atrás y dejé caer la lámina dentro. Abrí el primer cajón de la mesilla de noche y saqué su última carta, la que me dio por nuestro último aniversario, nuestro nueve de abril.

«Cada vez queda menos para que podamos vivir juntos y este anillo simboliza mis ganas y mi compromiso para ello...».

Esto sí que era demasiado. Doblé de nuevo la carta sin ser capaz de terminar de leerla y, sin perder de vista la caja de cartón, la dejé caer también junto al anillo que me regaló, protegido por la bolsita de tela donde aún se intuían las letras de la marca Yolanda Tolón, y, por último, desprendiéndome de la postal de Júcar, el pueblo donde pasamos una de nuestras mejores noches.

Aún no era capaz de asimilar todas esas cosas que al final acabaron afectando a nuestra relación y que hicieron que Javier y yo, a pesar de querernos, no estuviéramos juntos. No era para mí, yo no era para él. Nuestra peligrosa forma de querer fue tan conflictiva en muchas ocasiones, pero tan dulce e intensa a la vez, que tenía claro que no quería ni podría olvidarlo. Pero sí podía darles una nueva ubicación a todos esos recuerdos.

Cambiar las cosas de lugar dejaría sitio para otras. Y necesitaba hacerlo sin prisa, para apreciar bien todas las posibilidades que me darían esos nuevos espacios. Los cambios físicos en casa podrían parecer una tontería, pero materializarían y facilitarían los cambios en mi mente. También allanarían el terreno para algo que no estaba teniendo en cuenta en ese momento: abrirme a nuevas oportunidades.

Además, era treinta y uno de diciembre; un año más se esfumaba entre mis dedos. Hacía poco que había cumplido los veintisiete años y, aunque era joven, no estaba dispuesta a desperdiciar más tiempo lamentándome. En más de una ocasión me he sentido víctima y probablemente, a lo mejor, en alguna ocasión lo fui.

—Pero, tía, ya está bien, ¿no? —dije en voz alta volviendo al salón y mirando la foto de tía Manuela que se encontraba al lado de la televisión.

Había tenido ya casi dos meses de duelo, que no supe si era mucho, poco o lo normal. Pero la clave no estaba en el tiempo que hubiese pasado desde que terminé con Javier, sino en que yo ya me había aburrido de tocar fondo. Era momento de salir a la superficie otra vez, aun sabiendo que vendrían más olas. Siempre vienen; el viento nunca deja de rozar el mar y de generarlas y sabía que resurgirían una y otra vez. La diferencia era que en ese momento estaba lista para hacerles frente. Desconocía hasta qué punto había aprendido de todo lo vivido hasta ahora, pero sí tenía claro que, en caso de fallar, ahora intentaría fallar mejor.

3. De ilusiones no se come

Cogí el móvil de nuevo, aún con alguna lágrima en la mejilla por haber revuelto entre los recuerdos con Javier. El estómago me pellizcó ligeramente por dentro al abrir la conversación con Pablo y ver su foto. Aunque verlo a través de la pantalla no fue lo único que provocó que mi estómago se quejara. A Pedro, mi jefe, le encantaban estos días de Navidad para crear más piña en Bodegas Lunares y yo me había pasado un poco con las copitas que había tomado con los compañeros al salir.

Las gafas de sol negras no dejaban ver los ojos verdes de Pablo. Pero, aun siendo una foto con gafas, de perfil y con algo de movimiento porque se intuía que acababa de brindar con una cerveza, se apreciaba bien la piel morena, el pelo un poquitín largo y revuelto y uno de sus dos hoyuelos en la mejilla que aparecía cada vez que sonreía.

Hoy volvería a verlo por primera vez desde que se fue a Toledo y la situación entre nosotros era más que extraña. Teníamos una conversación pendiente y pensar en ella me hacía querer evitarlo más, pero era mi amigo y, a pesar de todo, no podía huir siempre de él. Así que finalmente me obligué a responderle. Confirmado, nos veríamos todos después de las uvas en casa de mi madre.

Ponerme delante del armario seguía siendo un problema. No me sentía identificada con nada y acababa tirando por lo básico, lo simple, porque al final, fuera quien fuese y sintiéndome de una manera u otra, lo clásico siempre era un acierto. Pero cuando me vi con el vestido negro fluido de mangas largas con goma en las muñecas y con botas altas del mismo color, me vi estupenda. También con esos kilitos de más que había cogido en los últimos meses. ¡Qué estupenda ni leches! ¡Me vi pibonazo! Lástima que para sentirme bien necesité casi dos horas probándome muchísimas combinaciones de diferentes prendas a la vez que maldecía mi ropa y mi cuerpo.

Los tacones anchos de las botas resonaban en las baldosas de la calle de La Bola, decorada de un extremo a otro con estrellas y adornos navideños luminosos de color azul y plateado, acompañado de los villancicos que aún sonaban en las tiendas que seguían abiertas. Más abajo estaba el espectáculo audiovisual navideño sobre la fachada del Casino de Ronda, así que me desvié del camino para verlo mejor. No recordaba por qué era tan importante aquel edificio histórico, por lo que, haciendo malabares con el bolso y el plato de aperitivos que llevaba en la mano, lo busqué en el móvil. Cierto, allí se había aprobado la bandera de Andalucía.

La cena con mi madre, solas, fue... rara. Como lo fue en Nochebuena. Eran las primeras Navidades desde que me había independizado y, aunque fuera a casa para cenar, no era lo mismo. Pero eso no era lo que más enrarecía el ambiente, sino que eran las primeras Navidades sin tía Manuela, nuestro mayor pilar, la que llenaba cada evento de ilusión, la que nos cuidaba, nos aconsejaba, nos quería... Nos había dejado tantos recuerdos, que en fechas como esas, no tenerla con nosotras se hacía más pesado y doloroso.

—Un brindis por tía Manuela, que, a pesar de su ausencia, nunca deja de estar presente —dijo mi madre alzando su copa.

—Eso. Que si se entera de que estamos con cara de mohínas, capaz que se nos presente para freírnos a collejas. ¡Uh! Quitaa, quita, qué susto. ¡Tía Manuela! —grité mirando por diferentes rincones del salón—. ¡Que te queremos mucho, pero no te aparezcas, eh! ¡Que no gano para

psicólogos!

—Qué disfrutona era, ¿verdad?

—Mucho.

—Pues así es la vida, hija. Aun así, hay que seguir buscando nuevas ilusiones por nosotros y por los que ya no están.

Llevaba razón. Era evidente que no se podía escapar de la tristeza de poner en la mesa un juego de cubiertos menos y, sin embargo, ver vacía una silla más. Pero, aun así, aquella Nochevieja me despedí del 2018 bastante animada. En realidad, siempre me había parecido una tontería el tomarse los nuevos años como una oportunidad para cambiar, mejorar y empezar. Cualquier día me parecía válido para hacerlo, independientemente de la estación del año y del mes. Pero aquella Nochevieja entendí mejor a las personas que sí consideraban esta fecha un punto de inflexión. Lo comprendí porque, al mirar atrás, el 2018 se podía resumir en haber visto morir en mis brazos a tía Manuela, una de las personas más importantes para mí y, por si fuera poco, alejarme del que hasta entonces había sido el amor de mi vida. Así que sí... Necesitaba un poco de fuerza externa aparte de la mía, un empujoncito, una palmadita en la espalda, una fecha en el calendario en la que creer y que significara «Ahora, Carmen. No lo retrases más. Ahora es tu momento para disfrutar. Que de ilusiones no se come, pero sí se vive».

4. La necesidad del caos

Mi madre, por una misteriosa razón, se había arreglado más que otros años. Llegaría tarde a casa, dándome vía libre para que viniera esta gente. En mi apartamento o en el de Maca íbamos a agobiarnos demasiado.

—Mamá, llevas unos meses muy rara. Te escondes cuando hablas por teléfono, hoy sales y no me dices a dónde ni con quién. ¡Chiquilla! ¡Si solo quiero saberlo por si te pasa algo! —dije, haciendo aspavientos con los brazos mientras fregaba los platos con restos de lomo en manteca —. ¿Ves? ¡Mira! ¡Si parezco yo ahora la madre!

—Pues, hija, porque quieres... —Se atusó el pelo corto y moreno saliendo de la cocina y dirigiéndose hacia la puerta para abrir a las niñas, que habían llamado al timbre.

—Mírala, mírala... Qué guapa está. Pero... Cuéntamelo, cuéntamelo, porfi, porfi... —supliqué poniendo las manos en rezo, aún húmedas y llenas de espuma—. ¿Cómo se llama? —Terminé de secarme para ir tras ella—. ¿Es un galán? ¿Es apuesto? Me lo imagino con gabardina y sombrero...

—¡Que no te voy a contar nada! Coño ya...

Las niñas torcieron el morro y se miraron entre ellas al entrar en casa y encontrarse aquel percal.

—Solo te diré, y porque eres muy pesada.... —bajó el tono de voz para parecer una madre más educada y apuesta frente a mis amigas—, que se llama Francisco. Que nos estamos conociendo y hasta que no lo vea claro no quiero hablar más del tema. —Se terminó de abrochar los botones del abrigo de paño y se colocó el asa del bolso sobre el hombro, manteniendo la cabeza bien alta.

—Mmmmm, vale. —Sonreí satisfecha observando cómo mi madre salía por la puerta y empezaba a bajar por las escaleras.

—¡Pili, que no se te olvide usar condón! —gritó Maca para asegurarse de que la escucharía antes de que saliera a la calle.

—*Quilla*, ¿cómo le dices eso a mama Pili? —increpó Amanda.

—¿Qué pasa? ¡Anda que no ha habido sustos cuando una cree estar con la menopausia!

—Pues llevas razón, hija —contestó mi madre desde abajo—. ¡Ay! Hola, chicos. Pablo, cariño, todo bien por Toledo, ¿no? Subid, subid. Que están ya todas estas sinvergüenzas arriba.

Ahí no fueron las copitas que había tomado durante el día, ni indisposición por la manteca de lomo, ni por las uvas gordas con piel y pepitas, ni por el atracón de turrón artesano de la confitería Daver, ni la madre que los fundó... Ahí el estómago se me puso del revés porque no sabía qué pasaría aquella noche con Pablo.

Entre todos nos dimos besos y abrazos más largos de los habituales según iban entrando al pasillo de la entrada. El último fue Pablo, que dejó que su amigo Leo terminara de presentarse.

Las niñas notaron la tensión en el ambiente y hubo unos segundos de silencio cuando ya nuestro encuentro y nuestro saludo era inminente. Bueno, a decir verdad, la mayoría de la tensión la crearon ellas al quedarse calladas y expectantes para ver cómo reaccionaríamos.

Habían pasado dos meses desde que me alejé de Javier, pero también hacía dos meses desde que me enteré de que Pablo, uno de mis mejores amigos desde la infancia, tenía mucho que explicarme y mucho que contar.

Alcé la mirada para alcanzar la suya. A él se le escapó una sonrisa de una de sus comisuras, intuyéndose uno de los hoyuelos, y bajó la mirada. Estaba avergonzado. Era normal. No había sido sincero conmigo en el último año, pero, de alguna manera, lo entendía.

Volvió a poner su mirada en mí, manteniendo esa pequeña sonrisa en busca de comprensión. Tampoco había tenido que ser fácil para él todo lo vivido en ese último año. Así que, sin querer alargar más ese momento y para demostrarle que no había rencor, di un paso hacia él para que nos saludáramos como siempre; para que iniciáramos nuestro ritual de encuentro. Me agarró los hombros suavemente, pero con entereza, inclinó su cabeza hacia mí y me dio su tradicional beso en la frente mientras yo cerraba los ojos y recibía el amor de la amistad más pura e inocente que solo él sabía transmitir.

—Cari, yo voy subiendo la bebida y todo esto a la *buhardibar* —me dijo Maca para normalizar el ambiente, alzando unas bolsas de tela—. La Virgen María se volvió gitana... —canturreó mientras se alejaba.

—¿Qué es la *buhardibar*?

—Pues mira, Leo, yo te cuento. —María cogió del brazo al muchacho que acababa de conocer y subió con él las escaleras de madera al piso de arriba. Iba ya tocada, fijo—. Tía Manuela, la tía abuela de Carmen, era una mujer muy adelantada a su época. Además, con pensamiento crítico, muy espiritual..., una fuera de serie.

—Nena, por Dios... —interrumpió Amanda cuando los adelantó por la escalera—. Ve al grano, que vas a aburrir al pobre...

—*Ofú*, déjame —se quejó sin apenas mirarla—. Amanda es abogada, ¿sabes? Muchos casos y plazos que cumplir... Y yo, que soy una *living* la vida, pues... El caso, que tía Manuela habilitó la buhardilla como si fuera un bar.

Excepto por el olor a cerrado, a pesar de que mi madre se había preocupado de ventilar durante el día, la buhardilla estaba como siempre.

—Vaya, qué chulada... —dijo Leo dejando otras bolsas cerca de la barra/bar de madera envejecida para apretarse la goma que sujetaba su pelo largo y moreno.

—Es un sitio muy especial para mí... —Respiré profundo, recordando a tía Manuela y cómo servía en esa misma sala aguardiente para ella y todas sus amigas—. Poneos cómodos. En verdad, me apetecía celebrar un año nuevo aquí —confesé enchufando el altavoz que habían traído las niñas.

—A mí también. Cada vez se llenan más los garitos de niños chicos. —Amanda se quitó el abrigo de paño largo y se colocó el escote de la americana de color crudo, parecía no llevar ni top ni sujetador debajo.

—Así también podemos charlar más tranquilamente —dijo Pablo mirándome.

Silencio. Las niñas también fijaron en mí sus ojos. Después se observaron entre ellas.

—Pues sí, cabrón, que aún no me has contado qué tal por Toledo y esas cosas —suavizó Leo, sin ser consciente de ello, mientras se sentaba en el viejo sofá azul marino.

La noche avanzaba con «cierta» normalidad. Y digo «cierta» porque con estas, la normalidad en su completo significado no existía. Naza y Amanda estaban en guerra por controlar el móvil conectado por *bluetooth* al altavoz, porque Amanda quería seguir perreando con la música de Karol G a todo trapo y a Naza le apetecía pop, más bajito. Sobre todo más bajito. María seguía dándole la chapa a Leo; era la primera vez que la veíamos interesada en alguien. Y Maca y Pablo, entre risas, supervisaban que el semimoño despeinado de María no excediera los límites de la indecencia y contabilizaban los botellines que llevaba para que no sobrepasara el decimoprimer. En cuanto a mí, iba de un lado a otro, sonriendo con mi vodka con lima en la

mano y moviendo la cintura de vez en cuando, ocultando la lucha interna que seguía transitando. Había abandonado el año con bastante ánimo, pero seguía pareciéndome extraña esa nueva vida, en la que algunas costumbres que tenía tan arraigadas ya no formaban parte de mi realidad, como hacer el amor con Javier en algún momento de la noche para dar la bienvenida al año nuevo.

—Venga, va. Vamos a brindar —propuse para despejar la mente mientras bajaba la música.

—Mi cama suena y suena, ñi, ñi, ñi, ñi, ñi... —se escuchó cantar a Amanda, intentando simular el ruido de los muelles de una cama a la vez que movía el culo.

Su elegancia y sensualidad se vieron truncadas por su entonación, más parecida a un cochino en plena matanza que a otra cosa.

—¡Ay, sí! Pero vamos a brindar por cada cosa que hayamos decidido hacer de cara al nuevo año —dijo Naza alzando la voz, pero sin perder la dulzura—. ¡Empiezo yo! Bueno, ya os contaré mejor, pero ya tenemos más o menos claro cómo tenemos que hacer Ana y yo para ser mamás.

—¡Weeeee! —Brindamos todos de pie en medio de la *buhardibar*.

—Pues yo estoy conociendo a un hombre la mar de interesante —confesó Amanda guiñándonos un ojo y sacando la lengua.

—¡Eeeeeeh!

—Venga, Leo. No te cortes, te toca.

—No sé... Mmm... A lo mejor intento montar mi propia banda.

—¡Oleeee!

—¡Ah! ¿Ves? Te decía que me sonabas... —María apoyó el brazo sobre el hombro de Leo— y ya sé de qué. Tú tocas el saxofón en la Banda Municipal de Música de Ronda y el veintitrés de diciembre tocasteis unos villancicos en La Plaza del Socorro.

—*Quilla*, pues sí. Llevabas razón, me habías visto antes.

—Me toca —intervino Maca—. Aún dudo mucho, porque no quiero que mi relación con Juanma, que mucho está durando —levantó el dedo índice—, se convierta en algo monótono, folland..., digo, haciendo el amor solo los sábados por la noche y esas cosas, pero... A lo mejor valoramos el irnos a vivir juntos.

—¡Toma yaaa!

Parte de nuestros cubatas y botellines encharcaban nuestros zapatos y el suelo. María no se enteraba mucho de lo que estábamos haciendo. Solo se pronunció para decirle a Leo, con una sonrisa un poco torcida y algo picarona, poco habitual en ella, lo guay que le parecía que un chico llevara las uñas pintadas de negro y tantos anillos estilo sello. Así que, en ausencia de unas palabras acordes a la situación, lo tomamos como un motivo más para brindar. Yo no sabía mentir y tampoco se me ocurría otra cosa que la decisión que había tomado aquella tarde. Así que conté que había guardado algunos regalos y recuerdos de Javier en un rincón de mi armario. Maca y Naza me abrazaron y Amanda me apretó la mano.

—Pablo, ¿y tú qué?

—Pues... Yo... He decidido volver a Ronda. —Su mirada volvió a dirigirse exclusivamente a mí.

Este brindis tuvo la mayor ovación de todas. Las niñas se abalanzaron sobre Pablo y yo me uní a ellas para aparentar toda la normalidad que estaba a nuestro alcance. Tener de vuelta a Pablo, más cerca, me hizo pensar que empezaría el año complicándose.

Después de un par de copas más, las secuencias de cada momento se volvieron más borrosas. Sin apenas darme cuenta, me vi envuelta en espumillón de mil colores a modo de collar y Pablo de pronto, estaba sentado en su cajón flamenco, que no recordaba que había traído.

Pablo no tenía una voz angelical y limpia, pero sí unos matices roncros lo suficientemente

agradables, que, junto con el dominio del cajón resultaban armónicos, hipnotizándonos a todos cada vez que se animaba a compartir con nosotros su afición.

*Quiero mil noches
de cerveza y tequila
Andar por las calles de tu manita
y que todo el mundo te vea reír
Ahora gritan en los bares
la letra de esta canción
De un invierno lento, un verano al sol
Recorrernos mil ciudades
sin dar explicación
Y brindar por esta ocasión...*

Su naturalidad y sus ganas de transmitir nos arrastraron a cantar con él, rodeados aún de botellines de cerveza y vasos de cubatas que a cada rato volvían a tintinear unos con otros. En algunas ocasiones, para volver a celebrar nuestros logros y nuevas ilusiones, pero también para recordarnos que nos daba igual que ninguno habíamos sido los premiados por el gordo de la lotería de Navidad —que aquel año había tocado en Ronda—, porque todos éramos conscientes de que lo realmente valioso no era lo que teníamos o conseguíamos, sino los momentos con esas personas mágicas que recorrían con nosotros la vida y que formaban parte de nuestra evolución. Incluidos los que ya no estaban cerca, porque también cumplieron su función: la de dejar una huella imborrable cargada de experiencia, en mi caso, como Javier y tía Manuela... No existía un banco en el que guardar, proteger y visualizar con una cifra todo esto, como sucedía con el dinero. Por eso no bastaba con sentirlo, era necesario también verbalizarlo en cada ocasión que se presentase, por muy repetitivo y evidente que pudiera parecer. Solo así las ideas cogerían más fuerza para calarnos más aún y para que lo evidente nunca perdiera importancia o quedase en el olvido.

Acercarnos cada vez más a la treintena, cada uno con unas vivencias distintas y sus peculiaridades, nos había dado la vuelta a la lista de prioridades. No necesitábamos demasiado, sin olvidar que eso tampoco significaba que nos tuviéramos que conformar con menos de lo que merecíamos y mucho menos con sobras o migajas. Pero no era tan fácil; cada uno de nosotros éramos mucho más complejos que ese pensamiento y la realidad que nos rodeaba también lo era; al fin y al cabo, nos gustase o no, del caos y de la complejidad surgía la vida.

Conocía bien a Pablo y entre esos versos cantados había más significado del que aparentemente se podía percibir. Él estaba lleno de sentimientos que nunca habían visto la luz y de emociones reprimidas que se vieron en un renuncio cuando yo aún estaba con Javier.

Bajé a la cocina en busca de aire menos concentrado y de más hielo. Pero el cajón del congelador estaba tan lleno que no conseguía abrirlo.

—¿Te ayudo?

Pablo estaba apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados.

5. Entre la amistad y el abismo

—Creo que... —contesté con voz forzada— ya está. Ay... —suspiré.

Él se adentró en la cocina y se apoyó en la encimera.

—Ya lo tengo. —Levanté la bolsa de hielo—. ¿Subimos?

—¿No prefieres que hablemos? —Se remangó el jersey gris de punto, mostrando las pulseras de cuero marrón oscuro y una de cinta con los colores de la bandera de Andalucía.

—Pablo, no creo que sea el momento.

—Ah, ¿no? Carmen, me llamaste a los cuatro días de irme a Toledo porque necesitabas hablar de todo esto cuanto antes. Te propuse que habláramos mejor en persona y te pareció bien. Pues ya estamos aquí. ¿Por qué alargarlo más?

—Pues, Pablo, porque... No sé... Estamos en una fiesta, hemos bebido, está toda esta gente arriba... ¿No prefieres otro momento en que estemos más tranquilos?

Se acercó un poco más. Yo bajé la mirada y me coloqué algunos mechones de pelo rizado detrás de la oreja mientras esperaba su respuesta.

—Carmen... Llevo años ocultando todo esto por miedo a que nuestra amistad se jodiera. Y me has pillado. No quiero retrasar más el disculparme en condiciones. —Descruzó los brazos para guardarse una mano en uno de los bolsillos del vaquero y desvió la mirada hacia el fondo de la cocina con gesto de preocupación.

—Eh, eh, Pablo... —Dejé la bolsa de hielo en la encimera y me acerqué más a él—. No tengo que perdonarte nada. Regalarme esos pendientes sin decirme que eras tú..., sí, tensó lo mío con Javier, pero nada de lo que pasó al final fue culpa tuya.

Giró de nuevo la cabeza, esta vez hacia mí. Lo miré directamente a los ojos. Parecían más verdes. Diría que daban esa sensación porque su piel estaba más morena que de costumbre.

—Ya, si eso lo sé... Pero te metí en un lío y me callé. No sé, es que... —Despegó la espalda de la encimera para ponerse frente a mí—. Solo quería tener un detalle contigo que te animara un poco.

—Y si simplemente pretendías eso, ¿por qué no me dijiste que eras tú?

—Para que no sospecharas... que siento algo por ti.

Bajé la vista hacia mis manos. Al final me iba a hacer sangre por arañarme con la uña algunos padrastrós.

—¿No dices nada?

—No sé qué decir, Pablo... Siento que lo hayas pasado mal por esto tanto tiempo. Y también que hayas necesitado irte de Ronda una temporada. Ahora has decidido volver. —Le sonreí. El sentimiento de culpabilidad era el estado de ánimo más pesado que yo había experimentado y no quería que él cargase con algo así—. Por mi parte, puedes estar tranquilo. Nuestra amistad seguirá intacta. No cambiará nada.

Volví a sonreírle e impulsé mi cuerpo para darme la vuelta, coger de nuevo la bolsa de hielo y subir otra vez a la *buhardibar*. Pero antes de que pudiera terminar esa maniobra, Pablo me cogió los tres dedos de la mano que tuvo más a su alcance. Esto hizo que volviera a tener su cara cerca. Ahí plantado, firme, con la cabeza inclinada ligeramente hacia un lado y sin apartar los ojos de mí.

—¿Y si lo que quiero es que cambie todo entre nosotros?

Varios golpes graves y secos sonaron al fondo del pasillo, seguidos de algunos cuchicheos. Salimos de la cocina en busca de heridos o cuadros caídos de la pared, pero lo que encontramos fue a Leo sentado en la escalera con las piernas de María en su regazo. Tenía pinta de que ella estaba sobre él y se había caído, pero ese batacazo no parecía un problema para ellos. Sin ni siquiera darse cuenta de nuestra presencia, el torso de Leo se inclinó hacia María, dejando oculto el top y los pantalones anchos algo deshilachados de ella, para continuar con un beso que, por la confianza que transmitían, parecía que habían iniciado hacía bastante rato. Sus manos agarraban la cabeza del otro, entrelazándose en los dedos mechones de pelo desordenado que les que tapaban las caras.

Subí decidida, sin dar opción a seguir la conversación con Pablo y animando a que este me siguiera, pasando por un lado a Leo y María para así dejarlos solos; olían a alcohol, a expresión libre, sin artificios e imprevisible que posiblemente terminaría en sexo desorganizado y caótico.

6. Inteligencia emocional

Jueves 4 de enero de 2019, Avenida de Andalucía, Ronda.

—Estoy orgullosa de ti, Carmen —me dijo Sara—. Cuando viniste por primera vez, no sabías explicarme del todo bien el motivo por el que lo hacías y ahora, poco a poco, vas encontrando las palabras y has evolucionado mucho en poquísimo tiempo.

Conocí a Sara hacía pocos meses. Mi cabeza era una anarquía de pensamientos sin control, contradictorios, confusos; tenía estados de ánimo muy cambiantes y opuestos. Así que me planté frente a ese edificio multiusos decidida a trabajar y mejorarme.

Aquella mujer, Sara, de pelo corto, rapado por los lados y con flequillo rizado, me recibió con una sonrisa muy amplia, para nada forzada, y en sus ojos marrones vi un brillo que solo podía significar vocación e ilusión por ayudar a alguien al que aún no conocía.

La verdad es que hacíamos un muy buen equipo. Aunque para que las sesiones fuesen efectivas siempre pensé que tenía que haber algo más, aparte de la voluntad de ambas: un entendimiento, una conexión, una confianza y un *estar a gusto* para abrirme del todo y que así ella pudiera dar y yo recibir esa ayuda. En mi caso, necesitaba que me enseñara a enfrentarme a mi malestar, a entenderme y descifrarme, y así, poco a poco, lograr algunos cambios que luego me hicieran sentir mejor.

Con ella me di cuenta de que en realidad no era tan madura como creía. Hacía relativamente poco me creía una mujer hecha y derecha por el simple hecho de ser una persona educada, responsable, con un trabajo estable en Bodegas Lunares como administrativa, desbordada de agradecimiento por tener a mi madre, a mis amigas y, en su momento, un novio legionario con un culo de escándalo. Pensaba que con eso ya era más que suficiente para considerarme como tal. Pero no. Porque bajo todas esas primeras capas más superficiales había una escasa inteligencia emocional; nunca me había preocupado por mi desarrollo interno y, por si fuera poco, estaba llena de autoexigencias y creencias inútiles que no habían hecho otra cosa que llevarme por la ruta equivocada, perdiéndome totalmente. Pero, además, gracias a que Sara consiguió convencerme de que ella nunca me juzgaría, me vi capaz de verbalizar cosas que jamás había hecho. Y eso hizo que me diera más cuenta de mi anterior inmadurez. Porque al quitarme todos los filtros ante ella y ver otros enfoques de una misma situación, descubrí el abismo que había entre mi interpretación del mundo y la realidad y entre la persona que creía que era y mi verdadero yo.

Era cierto que había crecido muchísimo desde que decidí salir de esa situación que ocultaba una realidad que nunca me había preocupado en dismantelar. Y sí, fue difícil. ¡Qué leches! ¡Fue MUY difícil! Porque *esa situación* se llamaba Javier y estaba enamorada. Y habíamos vivido también cosas preciosas. Y era guapísimo. Y estaba bien bueno. Y con el uniforme de legionario más. Pero vaya, que ya está. *Esa situación* también se llamaba Carmen, una muchacha que carecía de un mínimo de desarrollo interno y que solo se vio capaz de actuar cuando su relación sobrepasó unos extremos que nunca tendrían que haberse dado. Aunque me costó, siempre supe que la decisión que tomé era la que más necesitaba, a pesar de ser también la que más temía. Pero ya no solo lo sabía, sino que además ahora estaba convencida. Y eso me hacía estar orgullosa de mí misma; porque había una diferencia grande entre saberlo y creerlo de verdad.

—No olvides lo bien que sobrellevaste el duelo de la muerte de tu tía antes de conocernos. Interiorizaste lo bueno de su forma de ser y eso te llevó a tomar las mejores decisiones luego, y por supuesto, a sentirla así más cerca.

—Hay algo sobre eso que se me está viniendo a la cabeza... A lo mejor piensas que estoy loca, pero haberla visto morir me ha hecho pensar en algo y acabo de darme cuenta ahora de ello. ¡Vaya! Cuando me doy cuenta de cosas por mí misma, siempre es estando contigo. Si es que tienes algo... especial.

—Que no, mujer. —Se le escapó una sonrisa—. Aquí es donde estás dando espacio y tiempo a lo que sientes y piensas, no es porque yo haga nada.

—Mmm, tiene sentido... —Sara siempre conseguía que me quedase con cara de haba al darme una visión diferente a la que por inercia solía tener yo—. Pues es que, cuando recuerdo el momento en el que dejó de respirar entre mis brazos, pienso en que, por muy cerca que estuviera de ella, la muerte es como... No sé... ¿Muy solitaria? Y puede sonar raro, pero... ahora me ha dado por pensar en que si yo muriese tal cual me siento ahora, aunque haya avanzado mucho, el quedarme conmigo misma en un momento así sería como quedarme con una desconocida. Una desconocida, pero con la que he vivido toda la vida, no sé si me explico.

—Perfectamente. Lo que comentas es muy común. Piensa que nunca antes has profundizado en ti como estás empezando a hacerlo ahora. En muchas ocasiones, cuando no tenemos las herramientas adecuadas, de forma inconsciente ocupamos nuestro tiempo con muchas actividades y llenamos nuestra vida de un ruido que, al final, hace que no nos reconozcamos. Incluso siendo frecuente que nunca nos demos cuenta y ni nos lo planteemos, creyendo que está todo bien. Pero, tranquila, seguiremos trabajando en ello. ¡Ay! —Levantó el dedo índice de una mano junto a una sonrisa cargada de ilusión—. De hecho, tenía pensado un ejercicio para ti y, ahora que has sacado este tema, creo que es el momento idóneo para que trates de hacerlo.

—Uy, uy, uy, esa sonrisa... miedo me da.

—Creo que te va a encantar. A ver, más que un ejercicio, es un reto; el reto de convertirte en tu mejor amiga.

—Mmmm, vaaale... —Miré a los lados y torcí el morro—. Y... ¿eso cómo es? ¿Qué tengo que hacer?

Mi cara debía ser un cuadro... abstracto.

—Disfrutar de tu soledad y de tu intimidad.

—Sara, perdona. A lo mejor no lo recuerdas, pero vivo sola, vaya...

—Sí, lo sé. Pero convierte algunos de esos ratos en momentos de calidad para ti. No me vale que cocines, limpies y duermas sola. Busca momentos para dedicarte solo a preguntarte qué cosas te gustan, indaga en ti y escríbelo. Anota todo lo demás que vaya surgiendo en base a las ideas iniciales... ¡Ah! Y que esas cosas que te gustan no impliquen a otros, es decir, que solo tengan que ver contigo. Es importante que lo escribas, no vale solo con pensarlo. Escribir con papel y lápiz convierte cada pensamiento en algo más tangible y real.

—Bueno, vale, lo intentaré.

—¿Hay algo más que se te venga a la mente y que te apetezca compartir conmigo?

Aún no le había contado que Pablo había vuelto a Ronda de forma definitiva y que había hablado con él, pero, ante aquella pregunta, eso perdió importancia. Porque, aunque era una cuestión simple, sin mucho trasfondo, nunca me la habían planteado.

El último razonamiento de Sara sobre llenar nuestras vidas de ruido había abierto una ventana nueva dentro de mí que, por mucho que quisiera, ya no podría cerrar. Había estado mucho tiempo manteniéndola cerrada, incorporando en mi día a día todo aquello que me sirviera como

interferencia y filtro para borrar algunos momentos perturbadores y para ser capaz de sobrevivir en el presente.

Un recuerdo encubierto, disfrazado y oculto se volvió más nítido a la vez que yo me sentía más frágil.

7. La mezcla necesaria para el recuerdo más sobrecogedor

—Carmen... —Silencio—. Carmen... —Sara entrelazó las manos bajo su barbilla con los codos apoyados sobre la mesa—. ¿Hay algo que me quieras contar?

Sus ojos estaban más abiertos y redondos que de costumbre, expectante e intuyendo que tenía algo importante que decir.

—Perdona. No, no... No hay nada más.

Apoyé una mano en el brazo acolchado de la silla para coger impulso, levantarme y despedirme. Intenté mentir, pero fue inútil al tener delante a alguien que controlaba el lenguaje no verbal.

—Vale, pero no por ello es necesario que terminemos la sesión ya. Ahora tengo otro hueco. Y, aunque ya lo sabes, te recuerdo que todo lo que hablemos es secreto profesional y que nunca te voy a juzgar.

Lo que decía. Era inútil intentar disimular delante de ella.

—Es que, no sé... Se me han venido unas imágenes a la cabeza. Raras... Ahora mismo no sé distinguir bien, no lo tengo claro. —Terminé de levantarme.

—Vale, vale. No pasa nada. —Soltó el bolígrafo en la mesa—. Solo una pregunta antes de irte, Carmen. ¿Tienes miedo?

Recorrí con la mirada toda la sala, pero sin ser capaz de enfocar me en nada concreto. No sabía identificar qué sentía. Tiempo después supe que esa incapacidad de reconocer y expresar emociones se llamaba *alexitimia* y que, tristemente, afectaba a gran parte de la población.

—No sé... —Silencio—. Creo que más bien es angustia. O asco —intenté descifrar.

Sara se levantó y, cogiéndome suavemente de los hombros, me dirigió de nuevo a la silla, donde me senté otra vez guiada por ella, como si me hubiese convertido en una marioneta. No era capaz de pensar con claridad. De repente parecía que estaba en un cuerpo que no era el mío y en un sitio que me resultaba extraño.

—Carmen, bonita, toma. Te vendrá bien un poco de agua.

Cogí el vaso por inercia, aún con la mirada algo perdida, y di un sorbo pequeño. El frescor del agua atravesando el cristal hacia mis dedos y su recorrido frío por mi boca hasta la garganta me ayudó a traerme de nuevo a tierra firme.

El estómago me ardía y esa quemazón ascendía con fuerza hasta mi boca, obligándome a hablar. Pero, por otro lado, no quería reconocer lo que mi memoria estaba procesando. Por eso tenía los labios apretados; para que aquello que quería salir de mi interior no terminara por hacerlo. Además, no quería que nadie sintiera lástima por mí. La lástima nunca había servido para nada ni había ayudado a nadie. Lo que yo necesitaba era que alguien estuviera conmigo en lo difícil y que me acompañara a responder ante esa situación. Podía resultar complicado, pero lo que necesitaba era una mezcla entre empatía y compasión, que el resultado era pasar a la acción; muy distinto a sentir pena o tristeza.

Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero no lo suficiente como para que se derramasen. Levanté la mirada del suelo y la dirigí a Sara. Por su gesto serio, pero atento y dulce, supe que estaba preocupada. Esta vez sin palabras, me hizo saber una vez más que estaba en un sitio seguro en el que podía hablar de cualquier cosa. Pero yo aún no estaba preparada para contar lo más oscuro e incómodo que había vivido.

8. Noche de Reinas

Sábado 5 de enero de 2019.

Aún no eran ni las ocho de la tarde, pero la oscuridad del cielo revelaba que la noche ya se había hecho su hueco. La noche de Reyes era de mis favoritas con las niñas; desde hacía años, al igual que nuestra promesa de tomar café los sábados en la Tetería Al-Zahrá, habíamos acordado quedar todos los cinco de enero para cenar, aprovechando para darnos nuestros regalos de amigas invisibles y, con la condición de que cada año cenaríamos en un sitio distinto, por variar un poco nuestro clásico tapeo en El Lechuguita.

Busqué a las niñas con varios movimientos de cabeza, escapando de las personas que entraban y salían de la plaza Carmen Abela. La gran farola de tres brazos con formas centenarias presidía el lugar acompañada de fuentes, arboledas y una iluminación que amenizaba mi búsqueda. Una multitud de brazos meneándose captaron mi atención y para allá que fui.

—Pero bueno, Inesita, no esperaba verte. ¡Qué alegría! —Toqué el pelo a la sobrina de María.

—¡Hola! Ahora viene mamá a buscarme. Hemos ido la tita María y yo a ver la cabalgata y... —abrió los ojos de par en par— ¡ha sido *aluciflipante*! Tengo toda esta bolsa llena de caramelos.

—¡Anda! ¡Qué bien!

—Sí. ¡Y esta mañana he ido a ver cómo llegaban los Reyes Magos a Ronda en helicóptero!

—Qué barbaridad —intervino la voz dulce de Naza—. ¿Los Reyes ya no viajan en camello?

—Esta mañana no. Tendrán que descansar para esta noche, ¿no? —dijo por hecho la niña.

—Un despropósito, ¡un verdadero despropósito! —recalcó María negando con la cabeza.

—Pero bueno, ¿a ti qué te pasa?

—¿Que qué me pasa? Pues que es inadmisibile que se derroche tanto y de esta manera. ¡Diez mil kilos de caramelos repartían hoy! ¡Diez mil! Por no hablar del despilfarro de material...

—*Quilla*, tampoco exageres. Que es una vez al año y no siempre hay carrozas nuevas —manifestó Amanda.

—La de residuos contaminantes que genera esto, ¡y todo plástico! Madre mía, si es que me pongo mala de pensarlo...

—Lo importante hoy es que Inesita se lo ha pasado en grande, ¿a que sí? —dijo Amanda acercándose a la pequeña para hacerle cosquillas en los costados.

—No, claro, como siempre. ¡Siempre hay cosas más importantes que cuidar la madre tierra! Si no es la diversión, es que se trata de una ocasión especial o puntual; si no, que no hay tiempo ni espacio para reciclar en las casas; si no, que sale más caro algo nuevo que arreglar lo que se tiene. O no, mira. —María cogió el brazo de Amanda para llamar más aún su atención—. Esta me hace mucha gracia: si el resto de gente seguramente no lo hace, ¿de qué sirve que yo sí? ¡Claro, guapi! ¿Qué más da?

—¡Mamá! —Inesita fue corriendo hacia la chica que estaba ya casi frente a nosotras.

—¡Hola, cariño! ¿Te lo has pasado bien?

—¡Sí! Pero vámonos ya, la tita y sus amigas cada vez son más aburridas. Cada año que pasa hablan de cosas más raras... Por cierto, mamá ¿qué significa ser virgen?

La madre de Inesita buscó con la mirada a María, pidiéndole explicaciones, pero su hermana estaba tan concentrada en su debate que ni se dio cuenta de su presencia.

—Qué pelmazo, tía... —continuaba Amanda—. Hay que ir mejorando, aplicando medidas y buscando la sostenibilidad, pero no te rayes tanto ahora.

—Ahí tienes razón —reconoció María.

—Si es que... —Amanda dejó caer el brazo por la cintura de nuestra amiga ecologista, animándola a caminar hacia el restaurante—, mi perroflauta favorita, al final no somos tan diferentes.

Aquel año decidimos ir a cenar a Doña Pakita. La mayoría no habíamos ido nunca y la decoración moderna del local, la presentación de los platos y tanta variedad nos sedujo.

—¿Qué queréis para beber? —nos preguntó el camarero.

—Una cervecita —comenzó Amanda.

—Vino blanco por aquí.

—Yo vinito tinto —indiqué.

—Pues yo una mentita poleo, por favor —soltó María con total naturalidad.

—Pa-para, ¿para cenar? —preguntó el camarero arqueando una ceja.

—Sí, muchas gracias. —María sacó una gran sonrisa, afianzando la seguridad en su decisión.

En aquella ocasión no tuvimos la cortesía de charlar un rato antes de darnos los regalos, porque María tuvo la gran idea de que cada una los acompañáramos con una carta que nos hiciera saber o nos recordara por qué habíamos sido las reinas de nuestras vidas durante el año recién acabado y animándonos a seguir siéndolo durante el nuevo, así que nos moríamos de ganas por leer lo que nos habíamos escrito.

En un santiamén llenamos la mesa de conjuntos de gorritos y guantes, velas artesanales, calcetines calentitos... y de mucha vergüenza por si las personas que estaban en las mesas cercanas veían lo que algunas tenían entre las manos.

—Nena, es que los succionadores ya no son lo último. Con esto vas a alucinar. Realmente se llama «Masajeador con triple estimulación» —informó Amanda a Maca mientras lo ponían en funcionamiento sobre la mesa.

—Oy, oy, oy.... Jesús, qué cosas sacan. Por Dios, guardadlo ya, que encima estamos cenando —intervino Naza.

—Esto, cari —le mostró Maca—, tú que eres tan creyente, es una bendición del Señor. ¿No te das cuenta de que esto nos eleva al cielo? Ven aquí, Amandiusqui. —Se inclinó hacia ella—. ¡Dame un abrazo! Por cierto, ahora os cuento, porque con Juanma, veremos a ver...

—¡Ah, no! Suelta por esa boquita ahora mismo...

—Pff... Que yo creo que esto de que se venga a vivir a casa no va a salir bien... —dijo Maca negando con la cabeza.

—Quilla, si estás ya con ese pensamiento... Malo —afirmó María.

—Es que, mirad, ayer mismo..., que los viernes se queda a dormir en casa: no sabía que él estaba en el baño meando y entré para poner una toalla limpia. Pues yo, con naturalidad, al darme cuenta, dejé la toalla rápido, salí del baño y fin de la historia. Bueno, bueno, bueno... ¡Cómo se puso! —Agudizó el tono de voz y se colocó una mano en la frente—. Me dijo que tenía que respetar su intimidad ¡y que me esperara!

—A mí tampoco me gusta que entren en el baño si estoy haciendo mis cosas... —se atrevió a decir Naza.

—Mmmm... Aun así, tampoco es como para dudar de tener una buena convivencia, ¿no? —continuó Amanda.

—¿Cómo que no? ¡Tendríais que haber visto el numerito que me montó! Vamos, hombre... ¡Como para irnos a vivir juntos! Que no, cari, que no es normal tanta vergüenza y pudor por esto.

¡Luego querrá que se la chupe! —finalizó.

—¡Ja! Naza, te he ganado la apuesta. Tiri, tiri, tiri... —canturreó Amanda.

—¿Qué apuesta? —preguntó Maca desconcertada.

—Habíamos apostado sobre tu promesa de no decir ordinarienes ni palabrotas en este nuevo año.

—Yo tenía fe en que lo iba a cumplir... —se lamentó Naza, negando con la cabeza y mirando al infinito.

—¡Yo también! —se unió María— ¡Si estamos en luna creciente con posición en Aries!

—¿Y...? —Maca soltó la cuchara llena de tarta de queso y levantó una ceja esperando una explicación.

—¡Pues que es el mejor momento para hacer lo que nos propongamos! Pero nada... Visto lo visto, si contando con la energía lunar tampoco lo hemos conseguido, es que definitivamente no tienes remedio.

—Ay, la madre que os parió. Pues ya me habéis tocado to' el chocho. —Maca cruzó las voluminosas piernas y se puso las manos sobre las rodillas, alzando la barbilla—. A partir de ahora vais a tener Maca la ordinaria para rato.

—Mujer, pero no te enfades —dijo con una sonrisa sutil, esforzándose en participar en la conversación.

—Y a ti, cari, ¿qué coño te pasa? Que a ratos te noto normal y otros estás *empaná* —me dijo Maca.

Esas imágenes que había empezado a recordar de nuevo y que no fui capaz de desvelar a Sara venían a mi cabeza cuando menos lo esperaba, haciéndome sentir en algunos momentos indispuesta y evadiéndome a veces de nuestra charla. Sin embargo, durante la cena hubo ratos en los que sí me olvidé de todo, llegando a pasármelo realmente bien. Era una mezcla entre indisposición, a veces desconexión y... ¿serenidad? Qué raro, ¿no? ¿Era posible que estuviese serena después de desempolvar lo más oscuro que había en mi mente? ¿Esto significaba que me estaba convirtiendo en una persona fría e insensible? ¿O era que, por muy estremecedor que fuera el proceso que había comenzado a transitar, simplemente era normal tener momentos más o menos neutros, sin sentirme en lo más profundo de la mierda?

Esa extraña y parcial tranquilidad fue lo que me motivó más aún a no contarle a las niñas lo que rondaba por mi mente. Casi todos, no solo las niñas y yo, estábamos acostumbrados a generalizar las emociones. De manera que algo que nos afectase negativamente podría perder credibilidad o importancia si mostrábamos calma sobre el asunto y más aún si se disfrutaba de otras cosas como si no nos pasara nada. Así que, ante la posibilidad de que mi aparente y puntual calma alterara el significado de todo lo que me estaba pasando, reafirmé la decisión de no decir nada. Además, confesar algo así me hacía creer que perdería la dignidad.

—No, nada. No sé... —Me encogí de hombros—. Estoy... tranquilita, sin más. Bueno, Amanda... —Quise desviar la conversación—. Cuéntanos. ¿Quién es ese chico tan interesante que estás conociendo?

—Ay, sí, os cuento —dijo dando pequeñas palmas y sonriendo—. Se llama Carlos, es poli local en Fuengirola y, bueno... Nos llevamos diez años, él tiene treinta y ocho, pero es que estoy harta de niñatos. A mí ya me gustan mayores... Así que nos estamos conociendo y a ver qué pasa.

—Chochi, enséñanos una foto —pidió Maca.

—Pues fíjate, de momento no tengo ninguna. Es que no le gusta hacerse fotos. Y tampoco tiene redes.

—Ojú, chiquilla, qué *saborío*, ¿no?

—*Saborío*, no. Para nada. Pero no le gusta. Ocupa su tiempo con otras cosas. Y tú, Carmen ¿qué hablaste el otro día con Pablo? —Amanda subió y bajó las cejas.

Mientras les contaba un poco nuestro encuentro en la cocina, una imprevista ternura recorrió mi tripa en forma de revoloteo al ser consciente de que Pablo era la persona con los sentimientos más fuertes y duraderos que jamás había conocido, al estar enamorado desde hacía años de la misma persona sin ni siquiera contarle. Y, aunque para él era una putada, tenía que reconocer que, por otro lado, me sonaba precioso.

—Pues hay algo —interrumpió la voz aguda de Naza— que a todas os gustará saber... Antes de entrar, mientras algunas arreglabais el mundo, Inesita —hizo una pausa para generar intriga— me ha contado —volvió a detenerse— que un señor con coleta —otra vez—, que iba tocando una especie de trompeta en la cabalgata —y otra—, le ha guiñado un ojo a María.

—¡¡Uuhhhhhhhhh!!

—Y no solo eso, sino que, además, la tita se ha puesto muy, pero que muy *colorá*.

Todas las miradas se dirigieron a María, expectantes.

—Ehhh, bueno... Sí... —María estrujaba la bolsita de su segunda poleo menta con la pared del vaso—. ¿Qué queréis que os diga? ¡Si ya lo sabéis! En Nochevieja nos liamos y ya está.

—Y... ¿bien? —quiso saber Amanda.

—Sí... No hicimos mucho más que besarnos. No hay más que contar.

—No te lo crees ni tú.

—Bueno... En verdad... No sé cómo deciros esto, pero es que me come por dentro y por un lado me da vergüenza, pero por otro necesito vuestro consejo. —María estaba a punto de ahogarse al aumentar cada vez más la velocidad al hablar sin hacer pausas para respirar—. Pero por otro no quiero, porque os vais a reír de mí, pero es que tampoco...

—María, ya, ya, ya. Nena, tranquila. Dinos, que no nos vamos a reír. Con las cosas que nos preocupan somos serias, ya lo sabes.

—Que no hice nada más con Leo porque me dio miedo.

—¿Miedo a qué?

—Pues, por... porque... Por... ¡¡Porque soy virgen!! Hala, ya lo he dicho.

—A tomar por culo... —sentenció Maca.

—*Quilla*, no te pases —se defendió María.

—Perdona, cari. Perdóname, de verdad. Es que nunca habías hablado de estos temas con nosotras y he pasado de ver esta mañana en la tele *Embarazada a los 16*, a encontrarme esta noche con *Virgen a los casi 28* y, claro..., me choca, cari, me choca.

—Bueno, María, si te sirve de consuelo, a mí también me costó lo mío tener relaciones con Ana —confesó Naza empezando a ruborizarse—. Tómate tu tiempo. Si Leo de verdad merece la pena, los dos sabréis cuándo es el momento. Eres la primera que nos dice que cada una tiene los suyos y que no hay que compararse con el resto, ¿no? Maca, porfa, lee la carta que le has escrito, que parece que se le ha olvidado.

—*Hum, hum*. Allá voy.

Chochito de oro, eres toda una Reina porque sin darte cuenta nos aportas mucho. Nos enseñas que no siempre tenemos que seguir con lo establecido por la sociedad, que siempre hay más opciones de las que imaginamos y que lo normal puede dejar de serlo dependiendo de con quién nos comparemos.

Gracias por enseñarnos a mirar más allá, pero hoy, sobre todo, te doy las gracias porque estoy segura de que esta noche de Reyes, gracias a tu idea de las cartitas, todas nos sentiremos más

Reinas de nuestras vidas que nunca.

9. La única solución para muchos de los problemas

Habían pasado varios días de la última vez que Pablo me escribió para preguntarme qué tal la semana. Así que, con intención de cumplir la promesa de mantener mi amistad sin que afectase todo lo ocurrido y tratando de aliviar su sentimiento de culpa, le propuse quedar los dos solos para picar algo; como hacíamos de vez en cuando antes de todo este follón.

Avancé por las escaleras de mármol blanco del restaurante El Morabito, dejando atrás el patio de la entrada donde destellaba la fachada blanca y una palmera enorme acompañada de vegetación variada. Me asomé por los diferentes salones, donde resaltaban cuadros abstractos que ocupaban gran parte de las paredes y un mobiliario que se debatía entre lo clásico y lo moderno, encontrando finalmente a Pablo sentado en la mesa de uno de ellos.

Me senté frente a él y nuestras miradas se anclaron, algo facilitado por la iluminación tenue, que parecía animarnos a olvidarnos del resto del mundo y perder la noción del tiempo con conversaciones sobre nuestro día a día y algunos recuerdos de la infancia, como cuando cambiábamos las letras de nuestras canciones favoritas para adaptarlas a los últimos cotilleos del cole. Nuestra charla fluía sin premeditar, sin un orden, sin expectativas y con mucha confianza, como siempre había sido entre nosotros. Así siguió siendo hasta que las palabras parecieron chocar con una barrera cuando le pregunté sobre lo que realmente le había aportado irse a trabajar fuera.

—¿Pedimos la cuenta ya? —me propuso sin responder a mi pregunta.
Asentí.

La plaza de María Auxiliadora tenía un efecto hechizante para cualquiera que pasara por allí. El sonido armonioso del agua de la fuente central se mezclaba con las notas que salían de los dedos de un guitarrista callejero, escoltado por ciruelos, pinsapos, lirios morados y vistas al corazón de las montañas de la Serranía de Ronda. Este espectáculo sonoro y visual se introducía dentro del cuerpo a través de la vista y el oído, pero recorría todo el sistema nervioso relajando y renovando todo a su paso.

—Carmen, sobre lo que me preguntabas antes... Claro que me ha enriquecido empaparme de una ciudad como Toledo, pero no he cumplido mi objetivo y lo peor de todo es que en el fondo sabía que sería así.

—No sé, Pablo... Lo siento si te he incomodado —me disculpé cabizbaja mientras me levantaba un nuevo padrastro con la uña.

—Nada, no te preocupes. Entiendo que era solo una pregunta sin pretender ir más allá. —Me miró sonriendo, apartando con rapidez la mirada mientras seguíamos caminando—. Pero no puedo fingir algo que no es verdad. Cuando hablamos por teléfono días después de irme, ¿de verdad creíste que trabajar fuera unos meses iba a hacer que mis sentimientos cambiaran y que solamente me preocupaba que no me perdonaras?

Paré en seco en medio de la calle empedrada donde reinaba la soledad, obviando por completo el atractivo que daban al paseo los balcones con persianillas de esparto y el brillo de los naranjos, provocando que él hiciera lo mismo y ancláramos nuestras miradas de nuevo frente a frente. Tantos años de amistad, tantos momentos juntos... y nunca me había fijado en que el verde de

sus ojos se componía de muchos tonos diferentes, bordeando a la pupila una fina capa de color amarillo. Cargados de luz, típico en él, pero esta vez también llenos de resignación.

—¿Y qué vamos a hacer, Pablo? Yo no te quiero perder...

—Ni yo a ti, nunca. —Se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y desvió la mirada.

—Ya has intentado alejarte un tiempo y no ha sido suficiente. ¿Qué más podemos hacer?

—No lo sé... Se supone que lo normal hubiera sido que esta situación nos incomodara, deteriorando poco a poco nuestra amistad hasta que el tiempo diluyera todo y conociésemos a otras personas.

—Pero es que a mí esto no me incomoda, Pablo. A mí me preocupa.

—Ni yo puedo permitir dejar de disfrutar de ti por algo que ninguno de los dos hemos elegido ni podemos controlar.

—Qué tonta he sido... —Bajé la mirada—. Incluso llegué a creer en los chismes de que te gustaban los chicos.

—Bua, las habladurías... Carmen, ya sabes cómo es la gente.

—Ya, ya... Pero es que estoy perdida, no sé cómo actuar. No quiero que te infravalores por no sentir yo lo mismo. Porque tengo que admitir que te miro y, por un lado, parece que no te conozco al cien por cien: descubro rasgos tuyos en los que antes ni me había fijado, como si hubiera mucho en ti por descubrir y que me podría sorprender —confesé analizando todavía sus ojos—. Pero, por otro lado, no puedo evitar verte como a un hermano.

Manteniéndonos en silencio uno frente al otro, nuestras pupilas empezaron a moverse ligeramente, ansiando encontrar una solución en lo más profundo de nuestros ojos. Pero no había ninguna. Pablo fue el primero en darse cuenta de ello; me cogió las manos lento y suavemente, animándome a abrazarlo y convirtiéndonos en dos torsos tan unidos como si un imán nos hubiera atraído.

—No sobrepienses. Solo podemos esperar.

10. Carrera de regalos

Sábado 19 de enero de 2019.

—Ay, hija, entra y cierra rápido. Uf, qué *pelúa* hace —dijo mi madre sentándose bajo las capas que cubrían la mesa camilla y que impedían que el calor del brasero se escapase.

Ir a casa de mi madre era siempre un viaje en el tiempo cargado de nostalgia. Por un lado, por mucho que fuese a verla, había momentos que ya no se habían vuelto a repetir. Como verla mecerse en su butaca mientras veía programas de cotilleos y comía pipas, ni tampoco vivíamos ya los momentos limpiando la casa cantándonos todas las canciones de Antonio Molina. Y, por otro lado, si entraba en mi habitación, el viaje en el tiempo y el choque de melancolía se intensificaban tanto que no hacía falta buscar recuerdos adolescentes en los cajones, porque solo por respirar allí dentro estos me asaltaban sin permiso.

—Bueno, mamá, ¿qué? ¿Qué tal la carrera de regalos?

—Ay, muy bien, hija. Mira que nunca compro papeletas, pues mira, una alegría que me tocase esto. Eso sí, no imaginaba yo que gastar tres mil euros en tres horas sin salir de Ronda fuese tan agotador.

—Pues menos mal que ponen un coche con conductor para que te desplaces.

Empecé a cotillear las bolsas que aún seguían por el suelo y encima de la mesa. El desánimo me invadió al sacar algo de ropa que mi madre me había cogido para los ensayos del baile, pero no la culpé. Aquel año se había disuelto mi grupo de danza, Romeras, por falta de integrantes. Los trabajos fuera de Ronda y otras obligaciones habían provocado que mis compañeros no continuaran y era algo que me dolía muchísimo. Los Coros y Danzas para mí eran una extremidad más de mi cuerpo que si me faltaba no era capaz de enfrentarme al día a día con normalidad. Y aquellas prendas no hacían más que aumentar la tristeza por pensar que a lo mejor no volvería a verme frente a los espejos de sus aulas, que, además de reflejar paredes blancas y decorado tradicional, reflejaban la libertad de mi cuerpo, de la mente y del alma en movimiento.

—Oye, ¿y esta bolsa de la droguería Bastida?

—Esto es un acondicionador *mu* bueno que me ha recomendado el mismo muchacho que trabaja allí. Pedro, el de la melenita, ¿sabes quién te digo, ¿no? —dijo levantándose y llevándose la bolsa en la que se transparentaba ligeramente una caja en la que se podía leer «Durex»—. ¿No te has fijado en el pelazo que tiene ese chico? Por eso el acondicionador tiene que ser buenísimo.

—Ya, ya... Sí, seguro que es buenísimo, sí... —La noté tan avergonzada que decidí aguantarme la risa y no chincharla con el tema—. Voy a coger algo de beber, ¿quieres algo?

—No, no. Cariño, no, que vienes de visita. Quédate aquí tranquilita y calentita —me propuso a la que se dirigía rápida a la cocina con la bolsa y cerraba la puerta tras ella.

Dos minutos. Cuatro minutos. Seis minutos. Me levanté y empecé caminar hacia el pasillo.

—Mamá, ¿estás bien? —Silencio—. ¡Mamá!

Giré decidida el pomo de la puerta de la cocina y entré.

—¡Ahhhhhhh! —chillé, empujando la encimera de la cocina con el culo intentando atravesarla para escapar.

Un señor rechoncho y con un palillo en la boca me miraba con una sonrisa forzada desde detrás de la puerta, apretándose contra el pecho una gorra descolorida y desgastada de

Cruzcampo.

—Pero ¿y tú quién eres? ¿Qué pasa aquí? Joder, qué susto, por Dios...

—Disculpe el sofocón, *zeñorita*. No pretendía asustarla. Soy Francisco Antonio José Juan — se presentó aquel desconocido, con un acento andaluz cerrado y levantando una mano tímida a modo de saludo.

—Ah, pues hola... —Miré a mi madre en busca de respuestas.

—No me hubiese gustado conocerla así, *zeñorita*, con estas pintas. Vengo del campo de cuidar a las bestias y... esta es mi ropa de oficina, je, je. —Forzó de nuevo la sonrisa elevando tanto los mofletes que se le achinaron los ojos.

—Ajá, bien..., ejem... Pues Francisco Antonio..., perdona, ¿qué más era?

—Francisco Antonio José Juan, *zeñorita*. Es que, mire, mi padre se llamaba Francisco, mi abuelo por parte de madre se llamaba Antonio y el cura que me bautizó se llamaba José Juan.

—Las cosas de antes, hija —aclaró mi madre sonriendo como si fuera una adolescente viendo a su amor platónico.

—Un, un, un segundo Francisco Antonio... y todo lo que sigue. Mamá, ¿podemos hablar un momento? —La agarré del brazo y la saqué de la cocina—. Pero ¿cómo no me avisas de que estaba este señor en casa? ¡Casi me da algo!

—Hija, yo que sé. Me has pillado de sopetón con él y me ha dado vergüenza presentártelo, me parecía pronto aún.

—No me digas, no me digas que este señor es... tu novio.

—Oye, ¿qué pasa? —Puso los brazos en jarra—. ¿Vas a darme ahora tú a mí lecciones sobre cómo elegir bien a una pareja?

11. Convirtiéndome en mi mejor amiga

Sentarme frente a un papel en blanco para escribir sobre mí me ponía nerviosa. No sabía cómo empezar ni tenía claro si me serviría para algo. Al cuarto intento decidí empezar a escribir sin grandes expectativas.

¿Qué cosas me gustaban y me hacían sentir bien sin depender ni incluir a los demás? Pues muy fácil. Estar tranquila en casa viendo una serie, ensayar alguna coreografía... Hala, ya estaba, ejercicio hecho. Media línea escrita, además a bolígrafo, porque no valía teclear. Según Sara, escribiendo a mano se estimularían otras zonas del cerebro, surgiendo con ello un efecto reparador. Decía que de ahí venía el éxito de los diarios, convirtiéndose algunos de ellos en grandes libros de la literatura a nivel mundial.

Se suponía que tenía que seguir anotando los pensamientos que derivaran de esto, pero como los minutos seguían pasando y no tenía nada más que añadir, decidí continuar escribiendo, pero esta vez sobre la confusión que me generaba el ejercicio. Así al menos demostraría a Sara que lo había intentado.

Bajo mi punto de vista, pocas cosas podrían resultar de escribir qué me gustaba hacer sin depender de otros, pero, por otro lado, si me lo había aconsejado Sara, por algo sería. A lo mejor el ejercicio no era inútil, sino que en verdad lo complicado era trabajarse una misma, porque el bloqueo llegaba enseguida.

Para conseguirlo necesitaba al menos una motivación importante de querer crecer personalmente. Las mías eran madurar de verdad y conocerme, pero sin falsas esperanzas para no desanimarme ni decepcionarme durante el proceso. También necesitaba tiempo, que, si tenía en cuenta la jornada laboral, las obligaciones en casa, ir a la consulta de Sara, pasar tiempo con mi madre y algunos ratos con las niñas, el poco que me quedaba era para desconectar del mundo haciendo de vez en cuando esas cosas que mencionaba al principio, pero no para sentarme a escribir sobre mí.

Cogí el móvil para despejarme de este bloqueo, contesté mensajes de WhatsApp e Instagram y ya me entretuve viendo algunos vídeos y cotilleando fotos de los últimos planes de la gente. Así se me escaparon veinticinco minutos, dándome cuenta de que a lo mejor no tenía que quejarme de falta de tiempo y sí debería activar la limitación del tiempo de uso diario de estas aplicaciones y aprovechar mejor los minutos del día a día. Todos estos actos y pensamientos los fui escribiendo, rellenando la hoja poco a poco, comprendiendo que así estaba empezando a observar mi manera de pensar, pero sin pretender seguir un orden ni que fuera un escrito bonito.

Antes de soltar el móvil no pude evitar cotillear también la última foto publicada por Javier con sus amigos y el perfil de su hermano, que no tenía nada nuevo. También me metí en el de Ale, que últimamente solo tenía fotos de fiesta con *likes* y comentarios de muchísimas chicas diferentes, y me pasé por el perfil de Rosario porque, aunque no nos seguíamos, quise comprobar si había cambiado la foto de perfil.

Cada vez que me la encontraba por Ronda me avergonzaba de mí misma. Creyendo que Javier me era infiel con ella, la odié con todas mis fuerzas, criticándola y juzgándola en pensamientos, cogiendo manía a sus enormes pendientes de aro y a los modelitos ajustados que le realzaban las curvas.

Intentando ser objetiva, diría que en ese momento tenía envidia de no tener un cuerpo tan

sugerente como el suyo, y eso que yo no me veía nada mal. Pero ¿por qué tenía que compararme, sentirme insegura o buscar una perfección? ¿Para asegurarme de que encajaba en los cánones de belleza y para evitar que Javier se fijara en otra? Sí, fue eso... Qué ridícula e infantil me sentía viéndolo desde los ojos de una Carmen actual algo más sensata. Lo bueno era que, respecto a este tema, tenía localizado el origen del problema y eso me permitía ir a la herida y curarla. El conflicto con Javier y Rosario me había generado muchas guerras internas, no solo creándome inseguridades hasta el punto de tener grandes dificultades incluso para elegir ropa cuando abría el armario, sino que, además, me había desconectado de mí.

Los recuerdos y los pensamientos empezaron a venirme solos porque sin esforzarme recordé que en otras muchas ocasiones también había opinado sobre el aspecto de otros. Y, extrapolándolo en mí, no me quedó otra que reconocer que eso significaba que actuaba en función de cómo quería que los demás me vieran y lo que quería que pensarán de mí, sin centrarme en simplemente ser yo. Vaya tontería, porque los que me querían lo hacían por cómo era de verdad. Era evidente, pero hasta que no lo escribí no lo vi con claridad.

«Soy valiosa por lo que mi cuerpo y mi verdadero carácter me permiten hacer y ser». Subrayé.

Vale, pero ¿cómo era yo? Era el momento de intentar definirme por primera vez. Podría decir que era trabajadora y cariñosa; también tranquila y talentosa, sobre todo con la danza. Casualmente, estas dos últimas estaban relacionadas con lo que me gustaba hacer sin depender de otros, empezando a entender un poco el ejercicio.

Por otro lado, el tiempo que estuve con Javier hizo que mi carácter menguara y evitara el conflicto, aunque a veces fuese necesario. A lo mejor esto lo había heredado de mi madre, que se dejó ningunear y perdonó lo imperdonable por lo que creía que era amor, pero no la culpaba. Al final, cada uno era también responsable de intentar verse en la edad adulta con perspectiva y decidir si quería seguir adquiriendo ciertos comportamientos o si era mejor tomarlos como ejemplo de lo que no quería ser. Pero para ello volvíamos a lo mismo, necesitábamos trabajarnos.

Cuando lo dejé con Javier me sentí con tanta fuerza, tan capaz de todo, que creía que este trabajo de recuperar mi esencia iría sobre ruedas y solo me evitaría problemas. Pero para lograrlo también tendría que enfrentarme a un pasado que tenía enterrado, y no superado. Aunque, bueno... Ese tema no era cosa del ejercicio. No había necesidad de escribirlo todo ahora.

Me había costado encontrar la hebra del hilo con la que comenzar, pero una vez empecé a tirar de ella me fui desenredando poco a poco, buscando y entendiendo mi propia identidad y con menos basura mental, como cuando hacía mi rutina de *skin care* para cuidar y quitar bien la mierda de la cara.

Estaba convencida de que las niñas sabrían más o menos llegar a casi todas estas conclusiones sobre mí, pero probablemente a la mayoría les costaría hacerlo sobre ellas mismas. Porque era más fácil poner el foco en lo que teníamos frente a nosotros que preocuparnos por mirar dentro.

12. Huir o buscar

Me paré en seco para volver a leer el mensaje bajo los arcos que adornaban la calle Armiñán, frente a los mantones y platos decorativos con mosaicos llenos de color que aún exhibían las tiendas a pie de calle.

Pablo: Mañana te espero a las 20:00 en la puerta del Palacio de Mondragón. Si no vienes, prepárate una buena excusa. 10:31

Caminé hasta ver la fachada de ladrillo y piedra envejecida, pero cuidada, esculpida con diferentes dibujos y columnas que rodeaban al balcón y la puerta principal del Palacio de Mondragón.

Pasados varios minutos y vistos varios vídeos de TikTok, la enorme puerta de madera se abrió lo justo para que una mano me agarrase del brazo y me arrastrara al interior del palacio, lugar que sirvió de residencia a los Reyes Católicos y, según la leyenda, también al hijo de un sultán de Marruecos.

—¿Estás loco o qué? *Ojú*, entre unos y otros me vais a matar de un infarto con los sustos — increpé, suspirando, mientras me fijaba en lo bien que le sentaba a Pablo la camisa blanca con la piel morena.

—Anda, exagerada. Ven, aléjate de la puerta, que no nos escuche nadie.

—¿Qué hacemos aquí? Si esto cierra a las siete, ¿no?

—Privilegios de estar en el mundillo del turismo... —me aclaró con sonrisa pícara al cogerme de la mano para atravesar el arco que daba entrada a uno de los jardines más espléndidos y populares de la ciudad.

Ya no me acordaba de ese paraíso oriental, donde la fuente con base hexagonal y detalles azules era la mayor protagonista, aunque la magia del lugar se conseguía por el acompañamiento de la espesura de la diferente flora y del estanque con caños en forma de concha que acentuaban el chapoteo del agua. Al abrigo de la noche, los detalles no eran tan visibles, pero se seguía percibiendo la paz y la armonía del arte hispanomusulmán.

—Pero ¿y esto? —Señalé a una mesa de madera con dos sillas en una de las esquinas del jardín, sobre la cual había algo de picoteo y una botella de vino tinto.

—¿A que nunca imaginaste cenar en el palacio?

—Pues no, vaya. ¡Qué pasada! —Seguía con la boca abierta—. Pero... Pablo... No quiero confundirte aceptando esto. —Me aseguré de que percibiera mi mirada sincera.

—Nada, nada, Carmen. No pretendo conseguir nada a cambio. Somos amigos de verdad, ¿no? Te dije que no iba a permitir perder tu amistad y desde siempre hemos hecho planes solos de vez en cuando, que no se te olvide.

—Vaaaleee, está bien —acepté sonriendo.

Reímos muchísimo, no solo porque hablásemos de cosas graciosas, sino también porque el queso y el jamón serrano nos hacían beber más vino de la cuenta. En verdad, me encantaban los ratos como este con Pablo, en los que no existían las preocupaciones y en los que simplemente disfrutábamos de nuestra compañía.

Una ráfaga de viento dejó caer una flor rosa sobre la mesa y Pablo no dudó en cogerla y

colocármela sobre la oreja. Sabía que, por mucho que él tuviera la intención de no ir más allá, le era imposible mantener la normalidad todo el rato; no le culpaba. Y, por mi parte, aunque en principio tenía las ideas claras, este gesto me agradó más de lo que esperaba.

—Ay... Pablo, Pablo...—Bajé la mirada y jugueteé con sus pulseras de cuero.

—Bueno, vámonos ya, que hace frío. —Me cortó levantándose de la mesa y empezando a recoger.

—Joder... Qué complicado todo.

—No te me empieces a rayar, ¿eh? Venga, anda, ayúdame —me pidió.

—Es que ¿sabes qué pasa? Cuando me presentó mi madre el otro día a su pareja me hizo pensar mucho sobre lo que busco en alguien, aunque no esté buscando a propósito ahora tener una relación. —Amontoné unos platos sobre otros—. Y... Bueno, tengo que reconocer que eres de las personas con el corazón más grande que conozco. Cariñoso, comprensivo, inteligente..., atractivo... —Mantuve la mirada en la mesa.

—Caaarmen, déjalo estar —me pidió con media sonrisa, formándosele uno de los hoyuelos.

—¡Es que es verdad! No te creas que es fácil para mí reconocer esto y, de verdad, no quiero enredar más las cosas entre nosotros. Pero necesito también ser sincera con lo que voy pensando y es que... Abriendo los ojos, es como si tuviera delante a la persona ideal, pero en el momento equivocado, no sé si me explico.

—Claro que te entiendo. Llevo años sintiendo esto y siempre ha sido el momento equivocado —me recordó doblando el mantel—. Pero bueno, en la vida pocas cosas son como uno quiere, ¿no?

Me quedé sin palabras. El hormigueo en la tripa fue la confirmación de que estaba empezando a ver a Pablo con otros ojos.

Dejamos todo recogido sin articular ninguna palabra más y nos encaminamos a la puerta de salida.

—Antes de irnos, interés en ver el museo arqueológico u alguno de los otros patios de noche no tienes, ¿no? —me preguntó sujetando la puerta del palacete y quedando su torso cerca del mío.

El hormigueo de antes se transformó en un cosquilleo tan intenso que solo se podía aliviar de una manera, pero tenía que controlarme.

—En verdad, ahora no. —Miré al suelo, intentando no liar más la situación—. Gracias, por todo, Pablo.

—Oye, Carmen... —Me sujetó la mano—. Yo tampoco quiero que enredemos más esto, pero también quiero ser sincero. Y, aunque luego sea peor para mí, si existiera una posibilidad, aunque sea pequeña de..., bueno, de...

—¿De qué?

—De besarte al menos una vez...

Sus ojos verdes conectaron con los míos y las manos me empezaron a temblar. En ese momento me dieron igual las consecuencias; no pude pensar en frío para no hacer sufrir más a Pablo. Yo también me moría de ganas en ese momento por probar sus labios.

Puse todo mi empeño para al menos no ser yo la primera en lanzarse, pero mi mirada claramente le dio permiso para probarme. Se acercó despacio y, cuando la distancia de nuestros labios fue mínima, me colocó un mechón de pelo rizado tras la oreja y me acarició la mejilla. Suspiró en mi boca y apoyó la frente sobre la mía cerrando los ojos con fuerza, como si no se creyera lo que estaba a punto de suceder. Elevé ligeramente la barbilla para reafirmar mi aprobación, motivándole a darme un primer beso en la comisura. Bordeó mi espalda con el brazo

delicadamente, pero con el contacto suficiente como para notar su calor.

Después fui yo la que le devolvió el beso en la comisura. Sus labios eran suaves y me animé a acariciarle el pelo revuelto para retenerlo más cerca. Ya no había marcha atrás. Nuestras bocas se unieron con la calle oscura y solitaria como único testigo. Al principio solo jugueteamos con los labios, hasta que nos supo a poco y decidimos probar nuestras lenguas. Poco a poco la confianza fue en aumento y empezamos a acariciarnos con más seguridad la espalda y los torsos.

Me distancié unos milímetros para sonreírle y confirmarle que no me arrepentía, pasando a saborear su cuello. Al principio me resultó extraño porque aún tenía bien memorizado el de Javier, pero poco a poco empezó a resultarme más familiar y mentiría si dijera que no me agradaba.

La noche era fría, pero nosotros no lo notábamos, demostrándose en nuestras ganas de abrirnos las chaquetas y levantarnos la camisa y mi blusa blanca con flores.

El centro de mi cuerpo reclamó atención buscando alivio con el roce de su sexo, que se hacía notar bajo el vaquero. El primer contacto con su entrepierna me hizo suspirar ahogada. Pero con el segundo me quedé bloqueada y tras el tercer roce necesité abrir los ojos y alejarme repentinamente de él.

—De verdad que quiero, pero no puedo —advertí poniendo más distancia.

—¿Qué te pasa?

No era capaz de verbalizar lo que me sucedía.

—No te preocupes, Carmen. No volverá a repetirse. Borrón y cuenta nueva.

—No es eso, Pablo... Es que... No soy solo lo que ves. Escondo más de lo que me gustaría.

—Nada de lo que puedas esconder va a hacer cambiar lo que siento. —Me acarició la mejilla de nuevo.

—No lo dudo, pero me estoy dando cuenta de que no estoy preparada. Lo siento, Pablo.

Me giré sin mirarlo. Sabía que se iba a quedar hecho pedazos, sin comprender nada, pero yo tampoco estaba bien. Cuando llegué a la esquina con paso rápido, empecé a correr hasta que la falta de aire, el flato y la angustia me obligaron a parar.

Busqué el contacto de Sara.

Yo: ¿Tienes hueco para mañana? Tengo que contarte cuanto antes lo que me pasa.

22:06

Seguramente Pablo pensaba que estaba huyendo, pero realmente lo que hacía era buscar la ayuda que necesitaba.

13. No eres lo que te pasó

—Carmen... Vamos a llegar hasta donde te veas preparada. Poco a poco. ¿Te parece bien?
Asentí.

—Es algo que ha sucedido hace tiempo, ¿verdad?

Asentí de nuevo, mirando al suelo y protegiendo mis manos entre las rodillas.

—¿Relacionado con Javier?

—No, no, para nada.

—¿De tu infancia?

—Sí...

—¿Qué pasó?

Suspiré.

—Me han venido a la cabeza unas imágenes... jugando... con unas muñecas, en el suelo.

Inmediatamente rompí a llorar, motivando que Sara se arrodillase frente a mí, paciente y compasiva, sujetando y acariciándome con delicadeza las manos hasta que, minutos después, terminé de descargar todo el llanto que mi cuerpo me permitió expulsar.

—No tienes porqué contarme todo hoy si aún no te ves preparada, Carmen. Aun así, recuerda siempre esto: sea lo que fuere, forma parte de tu vida, pero no te define; no eres lo que te pasó.

Respiré todo lo profundo que pude, intentando adueñarme de todo el oxígeno de la sala.

—No, Sara. Estoy cansada de ignorar y dejar de lado los problemas como si no existieran. — Me retiré las lágrimas con las palmas de las manos—. No vale para nada. ¡Para nada! —grité—. Al final acaban alcanzándonos tarde o temprano. La familia acaba muriendo; con Javier todo salió mal por más que traté de evitarlo... Y ahora... Joder... —Desvié la mirada a un lado sin enfocar con claridad la estantería llena de libros por la humedad que cubría mis ojos—. Ahora necesito más ayuda, Sara.

Un pellizco en el estómago hizo que la angustia se reflejase en el pecho, intensificándose las pulsaciones. Al igual que en la última consulta, inconscientemente mis labios apretados ejercían toda la fuerza que podían para evitar que hablase, pero la rabia y el desasosiego ganaron, empujándome a continuar.

—Estaba jugando y se puso a mi lado. No recuerdo quién...

Silencio.

—¿Un hombre?

Asentí.

—¿Te hizo daño jugando?

Negué con la cabeza y con los ojos apretados.

—Carmen, ¿te hizo daño?

—No. Pero recuerdo estar después a horcajadas sobre él, jugando a al paso, al trote, al galope y...

El corazón parecía querer escapar por mi boca. No podía ser, esto no podía tener nada que ver conmigo. Sin embargo, el recuerdo era real. Por eso la última frase la dije de puntillas, sin querer detenerme en cada sílaba, porque era la única manera de que me costase menos decirlo y la única forma de sentir menos vergüenza, incomodidad, confusión y rechazo.

—Sara... Sacó sus genitales y se frotó conmigo.

14. Contracturas inalcanzables

Sara bajó los párpados y se llevó los dedos de las manos a los labios. El silencio se había convertido en un compañero más durante aquella sesión, pero si lo provocaba ella se me hacía eterno.

—Siento mucho que hayas tenido que pasar por algo así —terminó diciendo—. De verdad, lo siento muchísimo.

Yo no sabía qué más decir. Seguía pensando que no me correspondía estar en esa sala. Había empezado a ir a terapia para que me ayudasen a terminar de superar la muerte de tía Manuela, la forma en la que presencié su partida y la ruptura con Javier; la ruptura que más me había encogido el alma. Y ya de paso, para aprender a entenderme un poco mejor. ¿Cómo era posible que, de pronto, me encontrara hablando de abusos sexuales en mi infancia? Nunca imaginé que profundizando en mí fuese a desenterrar un recuerdo como aquel, que, aunque quisiera convencerme de que era una pesadilla ficticia, sabía que había sido una experiencia real en la que, aparte de perturbarme el hecho en sí, me frustraba no identificar a ese hombre; solo podía decir que era joven y que estaba en casa de mis abuelos.

—No lo entiendo, Sara... ¿Por qué me ha venido ahora esto a la cabeza? No lo recordaba. — Ya no tenía pellejitos en los dedos que arrancarme.

—Probablemente tu cerebro haya bloqueado ese momento por dos motivos: por la corta edad que tenías y para protegerte del malestar que te generaba, porque en esos momentos no tenías otro medio para hacerle frente.

¿Eso qué cojones significaba? ¿Que ya no podría protegerme más? ¿Tendría que vivir con el recuerdo de aquel hombre restregando su sexo sobre la ropa que cubría mi entrepierna intentando que el contacto cada vez fuera más intenso? Teniendo esto desenterrado, ¿me perseguiría ya para siempre? ¿Me vendría a la mente cada vez que intentara tener relaciones, como me había pasado con Pablo el día anterior?

Sara volvió a explicarme que el ser humano tenía la capacidad de bloquear recuerdos y emociones, pero que, si la memoria despertaba, era imprescindible atreverse a contarlo y estar dispuesta a recibir ayuda, y que yo habiendo dado ese paso ya tenía una parte muy importante del recorrido hecha. Me contó que, seguramente, intentar sobrellevar este suceso sería un proceso largo y que, por desgracia, casos como el mío eran mucho más frecuentes de lo que pensábamos, dándose el ochenta por ciento de abusos y violaciones en el entorno familiar. Posiblemente aquel hombre fuese algún amigo de mis abuelos o de mis padres.

Ahora ya no tenía secretos; ya no seguiría siendo una de esas tantas personas que, sin darse cuenta, habían arrinconado y cubierto de polvo su recuerdo más estremecedor. Pero lo que no sabían esas personas era que, por mucho que haya pasado el tiempo y trataran de bloquearlos, en algún momento les afectaría al presente de una forma u otra. Porque, aunque no seamos lo que nos pasó, sí forma parte de nuestra historia, eso no se puede cambiar.

—Ahora sí, Carmen, mírame. —Sara inclinó la cabeza para captar de nuevo la atención de mis ojos, que se habían perdido otra vez en algún punto indeterminado de la habitación—. Ahora sí tienes otras herramientas para sobrellevarlo. Yo te ayudaré a usarlas.

La chica que era antes hubiera salido corriendo al encontrarse con todo esto; ignorar y huir de mis propios problemas había sido mi especialidad, pensando que fingir que no existían me

ayudaría en algo. Pero eso ya estaba cambiando. Cualquier daño emocional era como una contractura en la espalda en una zona inalcanzable para nuestras propias manos: hasta que alguien no nos ayudase a masajearla con paciencia, no se desvanecería y esto siempre sería un proceso doloroso.

15. Punto de referencia

Viernes 22 de febrero de 2019, Calle Virgen de los Remedios.

El carnaval estaba presente en cada rincón, incluido en el Drinks&Co, donde la charla con las niñas se vio interrumpida por la chirigota que se atrevió a cantar en alto un muchacho que estaba con su grupo de amigos al fondo del local.

Algún rato me abstraía del presente divagando en mi propia burbuja, como me solía pasar últimamente, y otros ratos reía y disfrutaba de las niñas como si nada. Estaban siendo mi salvavidas sin ni siquiera ellas saberlo.

—El sábado que viene acordaos de que tenemos la Gala del Carnaval —nos pidió Nazaret, apartándose unos mechones de pelo largo y negro que le estaban tapando parte de la cara morena.

—¡Se me había olvidado y había quedado ya con Carlos! —lamentó Amanda.

—Pues *desqueda*, porque este año no te lo puedes perder. —La voz delicada de Naza se tornó ligeramente descortés.

—¡Uy, nena! ¿Y eso por qué?

—Porque aparte de tener que ir a apoyar a Pablo y a su grupo, tengo una sorpresa. ¡Y hasta aquí puedo contar!

—*Quilla*, no nos hagas esto —suplicó María con un aspaviento de brazos que provocó la caída de su tercio recién empezado.

—Chochi, tu torpeza evoluciona a peor, ¡eh!

—¡Danos una pista! —exigí mientras ayudaba a María a limpiar la mesa.

—¡Eso! ¡Pista!

—¡Pista, pista, pista! —canturreamos todas.

—Bueenooo, vale. Mmmmm.... Es algo que os va a hacer mucha ilusión.

—Pues vaya mierda de pista —soltó Amanda colocándose el escote en pico que le realzaba el pecho.

—Pues también es verdad —admitió Naza—. A ver, a ver.... Es algo que... Empieza por «p». ¡Y ya no hablo más!

—A saber... ¡Tengo una idea! Vamos a escribir en una servilleta lo que creemos que puede ser y el sábado que viene lo leemos. A ver si alguna acierta —sugirió María.

—¡Venga!

Todas anotamos nuestras sospechas y nos dedicamos unas sonrisas traviesas por la intriga de lo que Naza nos tenía preparado y por la ilusión del juego.

—¡Me ha escrito Leo! —nos contó María alzando la mano.

—¡Uhhhhhhhhh!

—Dice que está viniendo con Pablo.

—Mierda —susurré tras dar un trago a lo que me quedaba de la segunda copa y notando ya un poco su efecto.

Cinco minutos después me dieron ganas de ir al baño. Padecía la mala suerte de que, por cada copa que bebía, luego necesitaba ir dos veces. La puerta estaba cerrada, pero con cierta holgura en la cerradura. Así que, lejos de pensar que el baño estaba ocupado, la forcé un poco,

consiguiendo abrirla.

Se me cortó la respiración y se me entumecieron los músculos de todo el cuerpo cuando vi el panorama que había dentro. Ale estaba ahí, de pie..., con una chica de pelo corto negro arrodillada frente a él. Mi parálisis me impidió reaccionar hasta que aquella desconocida decidió pronunciarse.

—Si a él le parece bien, te puedes quedar. —Elevó la mirada hacia Ale para averiguar en su gesto qué opinaba.

—Uh, no, no, no, perdón. Me voy, vaya que si me voy. ¡Adiós! ¡Adiós! —me despedí dándome la vuelta.

—Pff... No sé si es buena idea —respondió Ale cuando ya estaba sujetando la puerta para salir de allí—, pero... la conozco. Y reconozco que me encantaría.

A pesar de la situación inusual, grotesca y poco romántica, escuchar de nuevo la voz serena y a la vez firme de Ale en el instante en que iba a abrir la puerta para marcharme hizo que me detuviera. No hacía tantos meses desde que nuestras vidas se cruzaron. Fue una locura, porque el momento en el que sucedió todo yo estaba con Javier, complicándose todo. Pero era innegable que recordar esa etapa también me hacía sonreír, porque empezó a colarse en mi vida sin forzarlo ninguno de los dos, aportándome lo que realmente necesitaba en un compañero de vida. Y..., bueno, siendo sincera, compartir cama con él fue también espectacular.

Esos recuerdos y el no pensar con demasiada claridad por el vodka con lima permitieron que, finalmente, mi impulso más primitivo empezara a coger fuerza, seduciéndome cada vez más la oportunidad de pasar un buen rato probando algo distinto, reencontrándome además con el chico de pelo grueso y rizado que me ayudó a saber qué no quería en una pareja y que, si era lo contrario, mejor no tenerla.

Pero tenía otro motivo que me animó a no salir del baño de inmediato; creer que ese encuentro podría ayudarme a normalizar el recuerdo que me perturbaba y que parecía ser que se acentuaba mientras mantenía relaciones. Sabía que probablemente no era la mejor manera de hacerle frente, pero prefería intentarlo, a ser posible con personas que no fueran de mi círculo cercano y así no volver a marear y hacer daño a Pablo.

El barullo de recuerdos y de frustración me hizo perder el control, llenándome de rabia y deseando solamente desconectar de la realidad, terminando por decidirme y unirme a Ale y a su compañera.

Caminé despacio hacia ellos; las piernas me temblaban. Ale y yo nos acariciamos sutilmente la mano a modo de saludo seguido de algunas sonrisas tímidas, dándonos a entender que no había rencor entre nosotros.

Acaricié la nuca de Ale y, sin saber bien qué hacer después, decidí imitar a aquella chica agachándome junto a ella. Primero intenté buscar mi hueco en el miembro que ya conocí meses atrás. Saqué la lengua a pasear humedeciendo zonas que ella estaba dejando olvidadas, sin controlar aún el temblor de mis extremidades.

Nunca había mantenido relaciones con más de una persona y mucho menos con una chica, pero en ese momento, estando la vergüenza ligeramente inhibida por el alcohol, tenía que reconocer que me despertó la curiosidad probar a una mujer. Empecé a acariciar la entrepierna de Ale para que no se sintiera abandonado, con intención de buscar la boca de ella, poniéndomelo fácil y dejando que accediera mi lengua. La velocidad de mis latidos se incrementó al darme cuenta de que me estaba gustando besarla.

—Pff, no podemos estar más aquí y además en poco van a cerrar. Si queréis vamos a mi coche. Está cerca —propuso Ale.

Ninguno dudamos en colocarnos la ropa y el pelo y salir lo más rápido que pudimos para seguir con nuestra aventura.

—Cari, ¿a dónde vas? —me preguntó Maca al verme pasar.

—Me voy, pero está todo bien, no os preocupéis. Luego cuando llegue a casa os escribo —la tranquilicé sin detener mis pasos.

Sin darle opción a decirme nada más y consciente de que Pablo ya estaba allí y no me quitaba ojo, me escabullí del local.

Una vez dentro del coche, pronto retomamos en los asientos de atrás donde lo habíamos dejado como si no hubiera pasado ni un minuto. Pero a cada segundo que pasaba, más me llamaba la atención la chica de piel clara y labios rojos oscuros. Metí la mano bajo su jersey negro hasta acariciarle los pechos pequeños y esbeltos. Emitió un gemido agudo sin separarse de mi boca, haciéndome vibrar ligeramente los labios y la lengua, excitándome más aún.

Dejé de acariciar la erección de Ale y motivé que los tres nos quitásemos la ropa hasta que decidí sentarme encima de ella. El roce de nuestros labios inferiores se acompasó poco a poco con los de nuestras bocas, siendo tan novedoso e intenso el placer, que intensifiqué cada movimiento de cadera, pero disminuyendo notablemente la velocidad para evitar a toda costa que esa sensación terminara pronto. Ale no pudo resistirse a tocarse con una mano mientras nos miraba y me acariciaba con la otra las nalgas, que seguían bailando sobre la chica.

No sabía si en algún momento de mi vida se me presentaría la ocasión de vivir algo así otra vez, así que, llegados a ese punto, no pude quedarme con las ganas de probar una cosa más.

Lamí a la chica empezando por el cuello, entreteniéndome unos segundos en los pechos sin dejar olvidados los pezones. Me quedé en cuclillas, continuando el recorrido de besos a la altura de su ombligo, pasando por el pubis hasta llegar a los pliegues de su centro. Saqué de nuevo la lengua a deambular, lento y suave, sin perder de vista su reacción. Según se avivaban sus gemidos y los movimientos de pelvis bajo mi cabeza, con más firmeza me recreaba en su humedad caliente, disfrutando más aún el perderme entre sus piernas. Noté que, según aumentaba la velocidad, más separaba los muslos acariciándose ella misma los pechos. Así que no dudé en jugar un poco más rápido, hasta que toda la parte inferior empezó a convulsionar y jadeó estallando de gozo.

Inmediatamente después, me sujetó la cabeza, animándome a levantarme para intercambiar nuestros sitios y devolverme el placer.

Con una mirada de ojos negros que transmitían seguridad y satisfacción, me separó las piernas delicadamente, pero sin rodeos, desapareciendo su cara entre mis muslos. Cogí la mano de Ale para que me acariciara el torso, aunque la excitación era tan elevada, que dejé de dirigirle para concentrarme en las maniobras de la boca de aquella desconocida. Parecía conocer mis puntos más débiles, llevándome a inclinar la cabeza hacia atrás, cosa que aproveché para comprobar si seguía bajo el techo de un coche o si estaba en el mejor de los paraísos. Poco después levantó la mirada y me sonrió sin dejar de comerme, llegando el momento más culminante a los pocos segundos de combinar el movimiento de su lengua con la curiosidad de los dos dedos que adentró en mí y que generaron la explosión más intensa que había experimentado hasta ese momento.

Los tres teníamos la respiración agitada, pero tras el último espectáculo, Ale parecía seguir animado y yo todavía no me había puesto a prueba con él.

Cogí un preservativo del bolso y, tras colocárselo, me puse a horcajadas sobre él, buscando el roce con el vaivén de caderas.

Las imágenes de mi infancia volvieron a asaltarme, como me pasó con Pablo días atrás, pero

esta vez me obligué a cerrar los ojos con fuerza, como si así lo fuera a ahuyentar. Aun así, el enfado y el pensamiento de lo injusto que fue lo que viví me invadía, queriendo escapar de allí. Sin embargo, volví a forzarme a lo contrario. Creí necesitar urgentemente una terapia de choque con la que conseguir rápido y pronto llevar de nuevo mi vida con normalidad, incluida mi vida íntima.

Me negaba a que mi vivencia me martirizara en mi día a día ni durante mis relaciones con los hombres; así que cogí la intimidad de Ale y la introduje dentro de mí sin dudar.

Mientras más me asaltaban los momentos de roce de los genitales de aquel hombre que aún no lograba identificar y que abusó de mí cuando era una cría, más fuerte cabalgaba a Ale, como si eso lo fuese a hacer desaparecer. Pero una mezcla de gusto, asco y enojo seguía apoderándose de mí.

—Más suave, Carmen, más suave —me corrigió Ale no solo con la palabra, sino también tratando de controlar mis movimientos con las manos sobre mi cintura.

Y exigiéndome a mí misma el concentrarme en calmar la respiración y dejándome guiar, Ale terminó poco después.

Estaba exhausta y confusa, pero no quería generar mal rollo ni que se me notasen mis inquietudes. Por eso, justo al final, culminamos el encuentro con besos cortos e intensos entre los tres, dando por hecho que seguramente no volveríamos a encontrarnos, al menos de esa manera, pero sabiendo que sería una experiencia digna de recordar, si al menos yo obviaba la parte final.

Necesitaba pasear antes de subir a casa y caminé sin rumbo hasta llegar al barrio de San Francisco, donde la zona empezaba a estar cercada por lo que fue la medina musulmana, conocida como las Murallas del Carmen.

Me senté a los pies de uno de los torreones de la muralla de piedra, siendo consciente de la ida de olla que había tenido. No por la experiencia en sí, porque seguro que no era ni la primera ni la última persona que se dejaba llevar para probar algo así, sino por los últimos momentos con Ale. En frío, me di cuenta de que, en primer lugar, no había sido conveniente reencontrarme de esa manera con él después de todo lo que había pasado. Y, en segundo lugar, «usarlo» para ponerme a prueba con mis traumas seguramente no era la mejor de las maneras. Además, no había cambiado nada. Ese recuerdo seguía conmigo, incluso a lo mejor con más fuerza, porque ya no solo estaba el fantasma de ese abuso, sino que también desde aquella noche me perseguiría también el propio abuso que yo misma había llevado a cabo contra mí misma mientras me obligaba a mantener relaciones con Ale.

Por el momento seguía sin verme capaz de contárselo a nadie de mi entorno. Ya me parecía un logro haber dado el paso con Sara, con la esperanza de que me sirviera de algo contar con la ayuda de una profesional como ella.

Sabía que no iba a ser fácil, pero, aunque solo me apetecía acurrucarme, abrazarme y llorar, tenía que tratar de mantenerme, al menos a ratos, fuerte, firme y con la voluntad de pensar en el pasado como un punto de referencia, no de residencia.

16. Carnavales con sorpresa

Sábado 2 de marzo de 2019, Teatro Vicente Espinel.

—¿Y Naza? ¿No se sienta con nosotras? —pregunté.

—Parece que, al menos de momento, no.

—Qué estará tramando esta niña...

La magia del carnaval empezó con Peter Pan descolgándose del techo del teatro para presentar la gala, que nos hizo olvidar que bajo la caracterización se encontraba el chirigotero Javier Jurado, dando paso a los alumnos del Colegio Fernando de los Ríos vestidos de piratas y cantando con mucho salero.

—Pero ¡qué bien lo hacen pa' lo chicos que son! —resalté.

Nos preparamos para aplaudir con más fuerza en el momento que saliera al escenario la comparsa El Arrecife, el grupo al que pertenecía Pablo.

Estábamos orgullosas de él y su agrupación por haber llegado aquel año a los cuartos de final en Cádiz y primeros en Málaga en su modalidad. Por ello, los vítores se intensificaron más aún cuando salieron en escena.

Iban caracterizados de una especie de animal marino lleno de color que no supe distinguir en el momento y en cuanto abrieron sus bocas nos conmovió la mezcla de voces armónicas graves y agudas acompañadas de una guitarra, platillos y un tambor.

Justo cuando estábamos aplaudiendo de nuevo por intuirse el final de la actuación, Naza apareció en el escenario cantando con un sombrero amarillo de brillo, siendo en ese momento su voz la protagonista, pero ayudada por los coros del grupo carnavalesco.

*Y para acabar la actuación de El Arrecife,
que con amor este espacio me permite,
quiero compartir con toa' mi Ronda,
que amo a Ana, la mujer que ahí anda sentada.
Que para ser mamás, necesitamos estar casadas.
Por ello y más le pido aquí delante,
que conmigo...
¡¡jella se caseeeeeee!!*

—¡¡AHHHH!! ¡No puede ser! ¡No puede ser! —empezamos a gritar todas levantándonos de los asientos dirigiéndonos a Ana, que estaba sentada con nosotras.

—¡Ana! ¡Tíaaaa, que Naza te ha pedido matrimonio! ¡Ay, que me da algo! —Los calores que me subían a la cabeza me hicieron suspirar y abanicarme con las manos.

Ana subió corriendo al escenario, arropada por aplausos y silbidos de entusiasmo, buscando los brazos abiertos de Naza, que la esperaban meneándose con impaciencia. No escuchamos lo que hablaron entre ellas, pero antes de desaparecer del escenario, Ana no paraba de asentir con la cabeza y de sonreír a Naza, intuyendo su respuesta afirmativa ante la pedida de mano más original, divertida y a su vez emotiva que jamás hubiese imaginado.

La gala siguió con normalidad, pero se respiraba un mayor ánimo generalizado en toda la sala,

interactuando más el público con los grupos que salían al escenario.

—¡Una chirigota, esto sí que es! ¡Una chirigota, esto sí que es! —canturreamos todos a la chirigota infantil tan simpática, Los Trogloditas de las Cavernas Que Tenían Frío en las Piernas.

Era un no parar de disfrute con cada una de las actuaciones: la comparsa de Alcalá del Valle, Un Mar de Alegría, compuesta por adultos y niños vestidos de bucaneros; la chirigota Los Que Vinieron Pa' Dos Días y Se Quedaron Pa' To' la Vía', disfrazados de cocineros orientales...

La gala fue tan entretenida que no paramos de dar palmas al ritmo de las chirigotas, comparsas y pasodobles con una sonrisa continua que reflejaba lo que tan bien se había transmitido la semana anterior durante el pregón: «El carnaval es aquello que te llena de ilusión, pasión, color y libertad». Pero terminé de fusionarme al completo con el evento cuando aparecieron unas hadas pequeñas, llamadas Reinas del Bosque, que venían del Colegio la Inmaculada.

*Soy andaluza, soy malagueña.
Te estoy diciendo, diciendo, diciendoooo...
¡que soy rondeñaaaa!*

Esta actuación me hizo pensar que Ronda no era la Ciudad Soñada solo por los monumentos, zonas emblemáticas y la historia que la hacían conocida, ni tampoco por los eventos como la Goyesca y la feria, el encanto de Ronda Romántica, la extraordinaria Carrera de los 101 km, la Semana Santa, su Virgen de la Paz cada veinticuatro de enero... Aparte de todo esto, Ronda era arte respirándose en cada esquina a través de cada rondeño y rondeña; energía para tomar un «cacharro» después de trabajar; el saber cuándo saldrías de casa, pero no cuando volverías... Esta ciudad la hacíamos cada uno de nosotros con cada uno de nuestros actos, destacando la implicación y el amor que procesábamos a todo lo que tuviese que ver con nuestra localidad. Y todo esto junto hacía que Ronda, en definitiva, fuese hogar para todas las almas que así lo quisieran y alegría como forma de vida.

Mientras esperábamos fuera del teatro a que Naza y Ana terminaran de charlar con algunos conocidos, me acordé de que era el cumpleaños de Javier, pero no sabía si felicitarle o no.

Abrí la conversación de WhatsApp que aún mantenía nuestros últimos mensajes antes de dejarlo. «Cómo cambia la vida en cuestión de pocos meses», pensé.

Al pasar Pablo por mi lado, vio la pantalla de mi móvil. La caída de párpados me dio a entender que no estaba molesto; al fin y al cabo, no nos habíamos prometido nada y mi amigo era la persona con más perspectiva que conocía, pero sí parecía que la resignación y el cansancio iban en aumento. Y como mínimo se merecía que yo tuviera cuidado con ciertas situaciones y detalles para tratar de no incrementar su malestar. Pero los astros parecían alinearse para que al final el resultado fuera el contrario: una vivencia desenterrada que no era capaz de contar a mi entorno y que me impedía tener relaciones sexuales con hombres con normalidad; que Pablo me viera salir de *pub* donde me reencontré con Ale y su acompañante uniéndome a ellos en un momento de caos mental...; y ahora, que viera que tenía abierta la conversación con Javier. Sabía que yo no era responsable de todo lo que estaba pasando, pero vi conveniente hacer un esfuerzo para empatizar más con él, porque mis batallas personales tampoco eran su culpa.

—Pablo, ven, porfa —le animé a retirarnos unos metros de las niñas—. Mira, siento todo lo que está pasando estos días. —Desvié la mirada al suelo.

—No tienes que darme explicaciones, Carmen, pero ¿estás bien?

—Sí, no te preocupes —mentí con media sonrisa.

—Mmm... Voy a fingir creerte —me dijo achinando los ojos.

—¡Joer! ¡Es que esto no vale! ¡Me conoces demasiado bien!

—Ja, ja. Ah, se siente. Ven aquí, anda... —Me rodeó la espalda alta con el brazo mientras volvíamos con las niñas—. ¿Te acuerdas lo que hablamos el otro día del momento adecuado?

—Mmm, sí... ¿Por?

—Porque muchas veces las cosas no pueden ser, pero no porque no se quiera, sino porque se necesita un entorno y momento adecuado para que se produzcan.

—Ajá... Cierto, sí.

—¿Y sabes qué? Para mí lo difícil no es tener paciencia para esperar a que ese momento llegue. Lo complicado es identificar cuándo sí llega el momento idóneo.

—¡Ay, mis niñas! —Naza vino corriendo a nosotras con los brazos preparados para achucharnos—. No os quise contar en ningún momento que casarnos era un requisito imprescindible para el método de embarazo ROPA para que no sospecharais que la sorpresa era que nos vamos de boda —aclaró como pudo con la voz entrecortada por nuestros besos.

—¡O sea que la «p» era de pedida! ¿Qué habíais anotado en vuestra servilleta el otro día?

—Maca y yo creíamos que estaba ya embarazada —conté.

—¡Yo también puse lo mismo! Aunque no empezara por «p» —declaró Amanda.

—Yo pensaba que iba a hacer un cuentacuentos en el teatro. Como lleva tiempo diciendo que le gustaría...

—Quilla, María, ¿y eso nos iba a hacer tanta ilusión?

—Ay, pues yo qué sé, si a Naza la vemos entusiasmada con eso, pues nosotras también, ¿no?

Aunque fuese con un caso tonto, María llevaba razón. Saborear la ilusión de nuestro entorno como si fuera propia, aunque no compartiésemos las mismas inquietudes y fuesen cosas pequeñas, no solo fortalecería nuestras relaciones, que era lo realmente importante, sino que además nos ayudaba a distraernos para que nuestras mierdas oliesen un poco menos.

—¡Eh, eh, eh! Una cosa, una cosa... ¡Una cosa y escuchad con atención! —voceó Amanda—. Si tenemos boda... —meneó los hombros y el pecho con una sonrisa pícara— significa que también tenemos... ¡despedida de soltera!

17. Unos diitas

Domingo 10 de marzo de 2019, mi apartamento.

Estaba sentada en el sofá marrón de dos plazas frente al televisor, aparentemente tranquila comiendo pipas, pero la realidad era que me iba a explotar la cabeza por la inteligencia del Profesor en *La casa de papel*. Había visto tres capítulos seguidos y, por supuesto, durante la tarde del domingo caería alguno más. Pero necesitaba ir a la cocina americana a por un mollete con jamón serrano con un *chorreoncito* de aceite para reponer energía y no perder concentración.

El grupo de *Muchachitas serranas* seguía echando fuego por todas las fotos y vídeos que nos teníamos que enviar de ese fin de semana y del anterior. En realidad, no hicimos nada del otro mundo, pero vaya, que tampoco necesitábamos mucho para pasarlo bien.

El domingo pasado, antes de que Amanda y Naza se fueran a Málaga y Córdoba, quedamos todas junto con nuestros padres para ir a las Migas Populares en la Plaza de los Descalzos. Mama Pili, como llamaba Amanda a mi madre, fue sin Francisco Antonio José Juan porque tenía mucho trabajo en el campo. Y, bueno... Sabía que no estaba bien que me provocara rechazo alguien que parecía hacer feliz a mi madre, pero, *quilla*, me alegré porque no me gustaba para ella, ya está. Pero el caso era que nos reímos muchísimo, las migas con chorizo estaban tremendas y las actuaciones de María Villalón y Martha Pérez cantando copla me encantaron.

Pero de lo que más fotos y vídeos teníamos era del siguiente sábado. Nos disfrazamos de coches de choque reutilizando unos flotadores a los que les pusimos unos tirantes, una banderilla con un palo largo y adornos divertidos, con la cara pintada por Maca con maquillaje fantasía, nuestra esteticista de referencia. Fuimos chocándonos entre nosotras con nuestros flotadores mientras caminábamos por la calle desde que nos reunimos hasta que terminamos de ver la cabalgata y nos fuimos a El Lechugueta de tapeo.

Habiendo visto los últimos vídeos que habían pasado las niñas y ya con mollete en mano, me dirigí hacia el sofá de nuevo. Pero el sonido del porterillo impidió que me sentara.

—¿Sí?

—Cari, ábreme. Soy Maca —me pidió entre sollozos.

—Pero bueno, ¿qué ha pasado? —pregunté al abrir la puerta.

—Que lo he dejado con Juanma. —Se sonó los mocos en una servilleta de cocina con dibujos de peras, ya empapada, y emitiendo sonidos como estruendos de varios truenos en cadena.

—¿Y por qué?

Ante mi pregunta rompió más aún en llanto, mirándome directamente a los ojos y arrugando la cara como una pasa. Me senté en el sofá todavía más cerca de ella para abrazarla, esperando que eso la calmara un poco, pero los minutos pasaban, mi camiseta de pijama de lunares estaba ya totalmente mojada por la parte del hombro y seguía sin saber cómo cerrar la llave de paso a mi amiga.

—A ver, que te traigo un vasito de agua —le ofrecí levantándome del sofá.

—No, mejor una cervecita —dijo cortando el llanto instantáneamente, aunque sin dejar de hacer pucheritos con la boca—. Y si tienes unas patatitas fritas de esas que compras tú, pues también.

—Anda, la niña...

—Que estaba pensando yo, Carmen..., que no me vendría bien quedarme sola en casa ahora.

—Claro, normal... Seguro que tu madre se alegra de tenerte esta noche en casa.

—Uh, chochito, qué va. No, no. Ella me va a freír a preguntas. Yo estaba pensando en quedarme contigo... unos diitas.

18. Lo material solo es el medio

Llegué a casa del trabajo. Compartir cama con Maca me estaba destrozando la espalda; se movía y ocupaba tanto que al final yo acababa en el borde, así que estaba deseando echarme la siesta nada más llegar. Y sola. Sola, por favor.

Al entrar me quité los zapatos y cerré la puerta con la vista en la pantalla del móvil, leyendo los últimos mensajes de las niñas. Naza aún seguía lamentándose por no haber podido ir aquel año al besapiés de Jesús Nazareno. Podíamos imaginar que lo que esperaba de ese compromiso que tenía con él era quedarse embarazada, pero lógicamente nunca pretendimos que nos lo contara.

Nuestra amiga, aparte de ser la persona más dulce que conocíamos, era católica apostólica y romana practicante y bisexual. Podía llamar la atención su fe, teniendo en cuenta la polémica que siempre había habido entre la Iglesia Católica y las diferentes orientaciones sexuales, no pudiendo incluso casarse por la Iglesia, pero lo que Naza nos transmitía era que la religión y la fe iban más allá de las iglesias y de las personas que formaban parte de estas. Que la religión como tal no había provocado guerras en el mundo, sino sus interpretaciones y las personas; y que ella en lo que se centraba era en que todas las religiones servían de guía, refugio y esperanza, algo a lo que acudir en momentos de adversidad, al igual que María recurría a las meditaciones para clarificar cuerpo y mente y a doctrinas filosóficas orientales como estilo de vida. Además de que a Naza le parecía muy importante mantener algunas de las tradiciones, porque consideraba que prescindir de ellas provocaba que muchas personas se sintiesen perdidas en su camino y pensaba que no quedarse siquiera con lo bueno de ellas mataba a la cultura.

Si supiera en aquel momento que aparte de aquel año, luego estaría otros tres más sin ir al besapiés porque una pandemia nos sacudiría de arriba abajo, le hubiese dado un ataque. Al principio le hubiera consolado que al menos habría servido para tomarnos la vida de otra manera, aun exhaustos por ver más de cerca la fragilidad de la vida y el poder de la naturaleza descontrolada afectando directamente al ser humano. Pero poco tiempo después todo quedaría atrás y volveríamos a meter la mirada dentro de nuestro ombligo.

Justo cuando me dirigía al perchero de la entrada para colgar el bolso, la voz de Maca forzando un tono sensual me distrajo.

—¿No te masturbas? —le escuché decir desde el baño.

«Pero ¿qué narices hace esta?». Me fui acercando al baño de puntillas, apretando el bolso con los brazos contra el pecho para que las cosas en su interior no hicieran ruido.

—Pues que sepas que, si no lo haces, tienes más riesgo de padecer cáncer de próstata —continuó mi amiga.

Llegué al baño que estaba entreabierto. Con mucho sigilo y el máximo cuidado, alargué el cuello hacia el espacio entre el marco de la puerta y la misma, lo que me daría visión al interior. Pero lo que vi me dejó más asombrada de lo que esperaba.

Maca estaba sentada en el váter, con el albornoz puesto, una toalla liada a la cabeza y con el móvil entre las manos enfocándose los pies, los cuales movía de forma suave pero ininterrumpida sobre la alfombrilla del baño.

—¡Anda! ¡Carmen! ¡Ya estás aquí! —me dijo Maca con naturalidad al verme asomada por la puerta—. Cari, te dejo, otro día seguimos —concluyó, ahora sí, enfocándose la cara redonda.

—Eh... Maca... ¿Qué narices hacías diciendo guarradas mientras te enfocabas los pies?

—*Ojú*, chiquilla, ¿tengo que darte explicaciones de todo como a mi madre? —Abrió la puerta del baño en su totalidad y se fue al otro extremo del pasillo con la barbilla bien erguida.

—Hombre, no... Pero, perdona que te diga, esto es muy raro...

—¿Te hubiera sorprendido menos que me estuviera grabando el chocho o las tetas? —Se giró para mirarme.

—Pues mira, sí. Me hubiera sorprendido menos.

—De verdad, así nos va. Si es que tenemos la sensatez en el culo.

—Manda narices... —sentencié dándome la vuelta para ir hacia mi habitación a echarme mi deseada siesta.

Unos diitas se convirtieron en varias semanas. Yo adoraba y quería a Maca lo más grande, pero no podía negar que ansiaba quedar de nuevo con las niñas con la esperanza de que se le despejase la cabeza y volviese a retomar su vida normal; con Juanma o sin Juanma, pero vida normal, en su apartamento.

En aquella ocasión no contamos con Nazaret porque necesitábamos seguir enfocando la despedida de soltera. Así que, encadenando nuestros brazos como solíamos hacer mientras charlábamos y reíamos bajando la calle La Bola, nos plantamos en la terraza del restaurante del Hotel Catalonia para trazar nuestro plan con unos cafés e infusiones.

Fantaseamos a lo grande, en Ibiza o Canarias, aunque nuestra pobre economía nos puso los pies en la tierra. Después buscamos información de distintas casas rurales por diferentes zonas de España por cambiar de aires, pero entre ir y venir perderíamos bastante tiempo.

—A ver, yo creo que estamos divagando demasiado y que se nos está yendo la olla un poco. ¿Qué es lo importante? —preguntó María sin obtener respuesta—. *Quillas*, ¡pregunto de verdad! ¿Qué es lo importante?

—Estar juntas, ¿no? —me animé a decir.

—Exacto. Estar juntas y darlo todo. ¿Y qué necesitamos nosotras para esto?

—Bua, en realidad para eso nosotras no necesitamos gran cosa. Con poco la liamos —presumió Amanda.

—¡Ahí quería yo llegar! —dijo María chascando dos dedos.

—Qué genia eres, tía.

—Al final lo material, lo que podemos ver y tocar, es el medio, pero lo valioso y el beneficio de verdad siempre es intangible, siempre. Da igual lo que hagamos, si es un finde completo o solo un día, que de una forma u otra haremos que para Naza sea inolvidable. A ver qué os parece esto, mirad.

Estábamos listas para dar los siguientes pasos de nuestro plan y que Naza disfrutara de lo fundamental: momentos únicos con sus amigas. Y teniendo ya más claro todo, las conversaciones derivaron en las primeras canas que Amanda se había descubierto y sobre lo contenta que estaba yo por haberme comprado una Conga de segunda mano; además de hacer apuestas sobre quién sería la siguiente en casarse o en ser mamá. Todo esto sobrevolando la ciudad en aquella terraza que nos permitía ver desde lo alto cómo el sol se escondía poco a poco detrás de la Plaza de Toros de Ronda, abrazada por las montañas, mientras nos resguardábamos bajo las mantas que el propio servicio del restaurante nos había dado.

19. Unidad de medida de la vida

Viernes 5 de julio de 2019.

Aún quedaban tres meses para la boda, pero entre que queríamos asegurarnos de tener buen tiempo, las vacaciones de las niñas y que no sabíamos los turnos de trabajo de fines de semana que tendríamos después del verano, tuvimos que planificar y llevar a cabo nuestro plan con bastante antelación. No me hacía demasiada gracia porque cuando llegase el día de la boda, Naza a lo mejor tendría la despedida más que olvidada, pero intenté no pensarlo demasiado y centrarme en lo único importante, como nos insistió María: pasar momentos únicos con nuestra amiga.

Así que ahí estaba yo, en mi apartamento preparando la bolsa que me llevaría y en compañía de mi madre.

—Hija, y Maca ya se volvió a su casa, ¿no?

—Sí, sí. Aunque algunos días sueltos que está más de bajón sigue quedándose conmigo. Está más rara... No la he visto así en mi vida. Luego con nosotras está tan normal, pero en la intimidad... Muy rara, mamá, muy rara. Y no nos ha contado aún ni por qué lo dejó con Juanma —dije doblando un par de camisetas.

—Ah... Oye, hija, tengo una duda. ¿Cómo os ponéis esto la juventud? —me preguntó cogiendo con dos dedos un tanga—. Porque a mí aún no me ha quedado claro del todo. ¿La *chochera* dónde cae? ¿En la parte grande o pequeña?

—Qué cosas tienes, mamá. Mira, es así. —Me lo puse por encima del pantalón.

—*Ojú*, chiquilla, qué cosas.

Nazaret estaba ya de vacaciones. Llegó a casa con su madre, Rosa, después de tomar un café fuera. El padre, Rafael, estaba en el sofá con las gafas posadas en la punta de la nariz y los pies encima de la mesa, leyendo el periódico.

—Voy a echarme una siesta —indicó Naza dándole un beso a su padre en la coronilla—. Todavía no me he recuperado de lo intensa que ha sido la última evaluación. ¡Y en nada ya tengo que ponerme a preparar el curso que viene! Y luego la gente piensa que tengo tres meses enteros de vacaciones...

Abrió la puerta, soltó el bolso de tela con dibujos étnicos, se recogió en una cola alta la melena lisa negra, se tiró en la cama y en cuestión de segundos ya estaba acomodada y prácticamente dormida.

—¡Despedida! ¡Despedida! ¡Despedida! —cantamos el resto de las niñas saliendo Maca de detrás de la puerta, María de dentro del armario y tirando hacia fuera varias prendas de ropa y Amanda y yo de debajo de la cama.

—¡Ay, ay, ay! ¡Jesusito, que me da algo! —clamó Naza, sin perder la dulzura de su voz y levantándose de la cama de un brinco con las manos en el pecho e hiperventilando—.

¿Despedida de soltera? ¿Ya?

—¡Despedida! ¡Despedida! —continuamos voceando, obviando sus preguntas y ahora ya abrazando a la novia, tratando de quitarle el susto de encima.

Le pusimos una venda de seda blanca en los ojos y la sacamos de casa. El Fiat 500 verde agua

oscuro de Amanda nos esperaba a la vuelta de la esquina.

—¿Y mi maleta?

—Olvídate —puntualicé.

Montadas en el coche pusimos la música que habíamos preparado en una lista de Spotify compartida, llamada obviamente *Muchachitas serranas*, la cual pretendíamos seguir manteniendo actualizada después de la despedida para que se convirtiera en un nuevo rincón muy nuestro.

—Pero que podamos meter un número máximo de canciones cada semana o cada mes, porque si no Amanda me va a poner la cabeza como un bombo con tanto reggaetón. Que si *mamasita* linda pa'riba y papi chulo pa'bajo —pidió Naza con los ojos aún vendados.

Y unas cinco canciones después, disfrutadas y bien cantadas a todo pulmón, llegamos a nuestro destino. Bajamos a la futura novia del coche, le quitamos la venda y le dimos un sobre color *camel* con una nota:

*«Bienvenida a tu despedida de soltera.
Recorreremos lugares cercanos, que a vista de muchos podrían
resultar poco originales, pero rememoraremos con ellos los
momentos que han marcado tu vida.
Porque queremos formar parte de esas experiencias tan
personales a través del recuerdo y que sigas fortaleciendo
todas esas tradiciones, momentos y emociones para que, algún
día, ojalá también se lo transmitas a nuevos miembros de la
familia.
Disfruta, amiga».*

—¡Hala! ¡Estamos en Benaoján!

—*Quilla*, ¿no teníamos que ir a Benalauría? —me preguntó María en susurros.

—No, tranquila —aclaré—. Aunque es muy agradable ese pueblo también, sí.

—Joder, vale, vale. Qué microinfarto me estaba dando ya. Siempre confundo los dos nombres.

Avanzamos por las calles estrechas, algunas empinadas y serpenteantes, dejando atrás otras casas bajas blancas encaladas hasta llegar al portón de madera que hacía esquina en calle Morillos, protegido por un sistema montañoso que resguardaba y adornaba Benaoján.

—Ay, ¡la casa de esta esquina es la de mi abuela Maruja! Jo, voy a llorar... —dijo Naza haciendo pucheros—. Aquí pasé veranos enteros con ella. ¡Pero si me dijeron mis padres hace unas semanas que ya la habían vendido! ¡Qué pícaros son!

Una vez dejadas nuestras bolsas de viaje, nos fuimos caminando a la Cueva del Gato; una cavidad del macizo de Grazalema donde las aguas del río Guadires saltaban en forma de cascada hasta fusionarse con el Guadiaro, formándose una laguna azul turquesa donde pudimos bañarnos y descansar lo que quedaba de tarde.

Cuando el sol empezó a esconderse volvimos a casa de la abuela Maruja, comenzando a sonar la música no muy alta, como a nuestra amiga le gustaba, en el salón lleno de globos, cordeles con fotos nuestras y picoteo, avanzando la noche entre risas, cantos y bailes hasta que el cansancio nos pudo y acabamos charlando de la vida y compartiendo cama con sábanas con fragancia a pueblo, a tradición, a hogar y a añoranza de Naza de todos esos veranos merendando leche fresca con tortas de aceite de oliva, pintando bodegones al temple sobre lienzos y haciendo punto de cruz con la abuela Maruja.

—Vamos, nenas, terminad de desayunar rapidito, que ya vamos tarde y va a apretar el calor.

—¿Ya nos vamos? —lamentó Naza sacando morritos.

—Sí... Sabemos que te encanta estar en Benaoján —sintió Amanda—, pero tenemos otros planes para ti. Otro día si os apetece venimos a ver las pinturas y grabados de la Cueva de la Pileta o incluso podemos hacer una rutita de senderismo por el Parque Natural de Grazalema.

—¡Ay, sí! ¡O piragüismo! ¡Ay! ¡Y escalada!

—Eh, eh, cari, tampoco te pases, ¿eh? Que este cuerpo no se mantiene a base de tanta adrenalina.

Nuestro siguiente destino era el Caminito del Rey, donde la madre de Nazaret le confesó al padre que estaba embarazada y Naza siempre decía que quería ir. Parecía mentira que, entre una cosa y otra nunca lo hubiera hecho, estando en Ardales, a tan solo una hora de Ronda. Cada vez pasaba más; tendíamos a viajar más a lugares lejanos, incluso del extranjero y, sin embargo, no dedicábamos nada de tiempo a zonas de nuestro entorno que tenían un significado importante en nuestras raíces. Pero esa despedida de soltera fue el motivo perfecto para, por fin, ponerle solución.

Desde el aparcamiento hasta la entrada a nadie le quedó la duda de por qué estábamos allí.

—¡Estamos de despedida, señores! —gritábamos todas mientras Naza agachaba la cabeza avergonzada.

—Unas palabras para la novia, por favor —solicitó Amanda a un grupo de muchachos jóvenes.

—¡Que nosotros también estamos de despedida!

—¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! —canturreamos abrazados en torno a los dos novios como si nos conociéramos de toda la vida.

La mañana prosiguió recorriendo el camino colgado de las paredes verticales del Desfiladero de los Gaitanes a una distancia de cien metros sobre el río Guadalhorce. Yo había ido con Javier en una ocasión, pero la construcción tan arriesgada, no apta para quien sufriese vértigo, y los paisajes montañosos que ofrecía el recorrido dejaban asombrados tanto a los nuevos visitantes como a los que repetíamos.

Vendando los ojos a Nazaret de nuevo, volvimos a Ronda para disfrutar del *spa* Aguas de Ronda. Pero siendo conscientes de la gran historia que aguardaba nuestra ciudad, primero entramos en los baños árabes, que eran los mejores conservados de la península ibérica; un espacio termal del siglo xiii donde destacaban los arcos de herradura contruidos sobre ladrillo y piedra y bóvedas con tragaluces estrellados.

Después del almuerzo que teníamos incluido, nos adentramos en la luz tenue y el decorado con arcos y azulejos con mosaicos de estilo mozárabe para regocijarnos en el baño turco y en las aguas calientes, templadas y frías con chorros y cascadas, evadiéndonos del mundo, relajándonos de la aventura del Caminito del Rey y, como decía la tradición islámica, deleitándonos en el agua que, aparte de ser el origen de la vida, era considerada bebida de sabiduría y fuente de purificación.

—Bueno, cari, ¿qué te está pareciendo todo? —preguntó Maca a Naza mientras recogía sus últimas cosas después del circuito—. Aún nos queda una cenita y salir por aquí. Que, por un lado, lo tenemos muy visto, pero aparte de por nuestras poquitas posibilidades y siguiendo la dinámica de sitios especiales para ti, no podíamos dejar fuera de la despedida la ciudad donde hemos nacido todas.

—Jo, niñas, espectacular. Ha sido un recorrido que significa mucho para mí y disfrutarlo con vosotras ha sido increíble. ¡Voy a caer reventada esta noche!

Los momentos podían ser largos o cortos, con planes más exóticos o más convencionales, pero la vida no se medía en proyectos extraordinarios ni en tiempo, sino en amor y en intensidad.

—¿Y cómo es posible que no hayamos hecho antes estos planazos juntas? Más delito tiene no haber venido al *spa*, ¡estando en la mismísima Ronda! —intervine—. A esto tenemos que darle una vuelta, ¿eh?

—Ya te digo. Pero mira, llegó el momento y la excusa perfecta para que sea un recuerdo más especial —declaró Naza con un tono más tierno que de costumbre—. Y a ti, ¿qué te hace tanta gracia? —preguntó dirigiéndose a Amanda, que estaba intentado camuflar pequeñas carcajadas.

—Ay, amiga... Es que parece mentira que no nos conozcas —Amanda dedicó a Naza una media sonrisa con gesto pícaro—. Este ratito de *relax*, aparte de homenajear tu lugar de nacimiento, también era para despistarte. ¡Porque tu despedida de soltera no termina aquí!

Entre Amanda y Maca la inmovilizaron y le vendaron los ojos una vez más.

20. Lo que el universo me da

La hora y media que teníamos de trayecto se nos pasó volando, cantando canciones de nuestra lista compartida de Spotify. Antes de bajar del coche dimos a Naza la cuarta carta, donde explicaba el motivo de ir a ese nuevo y último destino.

«Marbella fue donde confesaste con veinticuatro años en una comida familiar que eras bisexual, tras toda una adolescencia de confusión y angustia.

Tu familia te llenó de muestras de cariño y normalizó la noticia, liberándote de toda esa presión que durante tantísimos años habías tenido que soportar por miedo a no ser aceptada por amar sin límites.

En Marbella fue donde dejaste de esconderte, donde empezaste a ser de verdad y a vivir más ligera».

Salimos de la habitación del hotel con nuestros atuendos listas para coronar la despedida de nuestra amiga, con el que noté que, poco a poco, iba dejando atrás la inercia de pensar cómo quería que me vieran otros y empezaba a centrarme un poco más en cómo me quería ver yo, escogiendo un vestido holgado azul eléctrico y atado al cuello, sin alisar mis rizos naturales y sin necesidad de probarme mil prendas, llena de dudas.

—Como no me decís a dónde vamos, ¿voy bien así? —consultó Naza dando una vuelta sobre sí misma, enseñándonos el vestido corto fluido de tirantes y estampado étnico que había echado su madre en la bolsa y que realzaba más aún su piel morena.

—Tú, estupenda. La que no va bien es María. Nena, ¿no te vas a quitar ese nido de pájaro que te haces en el pelo ni para la despedida de tu amiga? La veo en la boda con el moño ese, ¿eh? —nos advirtió Amanda mirándonos seria—. Ven, anda, que te apaño. Con lo mono que es el vestido de peto que te has puesto.

—Pues yo me veo fatal. Hinchada como un balón de playa —confesó Maca colocándose la blusa con cuello de barco y después aflojándose el cierre del cinturón.

—Oye, Maca, *quilla*, ¿desde cuándo haces tú un comentario negativo sobre ti misma? —se sorprendió María.

—Mmm, no sé... Bueno, venga, chochitos. ¡Vamos! Vamos que nos vamos, que la noche es joven, pero pasa rápido.

—Os dije que está muy rara... —recordé a las niñas en susurros mientras la seguíamos.

—Teníamos reserva para cinco a nombre de María Romero —dijo María al muchacho de la entrada del restaurante.

—Mmm, ¿para qué hora la teníais? No veo ninguna a ese nombre.

—Sí, hombre, llamé el martes.

—Imposible, los martes cerramos.

—Anda, y entonces ¿a dónde narices llamé yo? —se preguntó sin dejar de mirar al chico, como si él pudiera saberlo.

—Dios bendito, María... Y ahora ¿qué hacemos?

—Voto por un McDonald's —propuso Maca.

—Sí, claro, en la despedida de Naza vamos a ir a un McDonald's. Tú estás *chalá perdía* —protestó Amanda.

—Digo, ¿qué pasa?

—No os preocupéis, chicas. Estáis de suerte. Mirad, mi compañero me está indicando que esa mesa de allí al final se queda libre. No vamos a fastidiar a la futura novia, ¿no? —dijo observando la banda de Nazaret personalizada que ponía «Muchacha serrana se casa = Finde de jarana»—. ¡Enhorabuena a ti y al novio!

—Me voy a casar con una mujer —aclaró nuestra amiga con una gran sonrisa—, pero gracias.

La cena se desarrolló con normalidad, es decir, con dolor de barriga de tanto reír y con conversaciones dignas de cualquier programa de cotilleos.

—En verdad no tengo queja. Ya han pasado varios meses desde que empecé a quedar con Carlos y creo que puedo afirmar que estoy confiando de nuevo en el amor —nos actualizó Amanda—. Uno de estos findes a ver si le cuadran los turnos y os lo presento. Oye, ¿y con Pablo qué, Carmen?

—Pfff... Yo qué sé niñas, estoy muy perdida. Reconozco que a veces lo veo con otros ojos, pero no estoy preparada para dar ningún paso. ¡Es que es mi amigo, vaya! —enfaticé fingiendo que aquella era mi única preocupación—. ¿Qué haríais vosotras? ¿Avanzaríais sabiendo que si luego os arrepentís le haríais más daño? ¿U os retiraríais completamente sin daros la oportunidad de saber cómo evolucionarían vuestros sentimientos?

Ocho ojos me miraban fijamente, sin pestañear y con gesto serio.

—Pasapalabra —se animó a decir Maca finalmente.

—*Movidote* gordo el que tienes encima, nena —empatizó Amanda.

—Si yo os contara... —murmuré sin poder evitar el comentario.

—¿Qué?

—Nada, nada, que voy a ver los postres en la carta. ¡Ay! ¡Que no os lo he contado! ¡Me han ofrecido suplir a una profe de los Coros y Danzas para el próximo curso por una baja de maternidad!

—¡Oleee, amiga!

Fuimos caminando hacia el puerto dirección al garito para finalizar la despedida con unos bailes. Entre vodka y vodka y meneío para un lado y para otro, las ganas de ir al baño empezaron a agigantarse como si mi vejiga fuera un globo lleno de agua llevado al límite.

—Mierda, Maca, no hay papel.

—Pues yo tampoco tengo. Así que nada, cari, chochete a un lado y a otro hasta que caiga la última gota.

—No, no, no. No soporto eso, que luego siempre queda algo en las bragas.

—No te me pongas modo princesa, que además hay mucha gente esperando.

—Pues a ver qué hacemos —dije aún en cuclillas con el culo al aire y en pompa mientras aporreaban cada vez más fuerte la puerta.

—Pues hala, tú lo has querido.

Mi amiga se abalanzó sobre mí sin dudarlo para deslizar dos dedos por mi zona íntima para quitarme los restos de pis.

—¡Maca! ¡¿Pero cómo puedes ser tan cochina?!

—*Ojú*, todo te parece mal, ¿eh? Además, tengo las manos recién lavaditas. Hala, venga, vámonos. —Maca salió del habitáculo con los dos dedos en alto mientras yo terminaba de

colocarme la ropa aún desconcertada—. Ea, ya está, ¿has visto? Aquí no ha pasado ni gota, nunca mejor dicho —bromeó lavándose de nuevo las manos con total naturalidad.

—De verdad, Maca, hay momentos que yo ya no sé si reírme u odiarte.

Al encontrarnos de nuevo con las niñas nos esperaba una ronda de mojitos.

—¡Nuestro lema, nuestro lema!

—¡Muchachitas serranas, vámonos hoy de jarana por si morimos mañana! —voceamos a la vez mientras brindábamos.

—¡Y por todo lo que hemos vivido juntas!

—*Quillas*, ¿os acordáis de los jueves de mojitos a un euro en el Nevada?

Entre bailes y recuerdos, aún nos parecía imperdonable que para organizar algo más especial juntas nuestra amiga se tuviera que casar.

—Uy, ¿y María? —preguntó Amanda con un juego de cabeza hacia los lados.

Los primeros minutos ojeamos de puntillas por encima de las cabezas para localizarla, pero cuando vimos que no estaba ni en los baños ni en la puerta, rápidamente dejamos nuestras bebidas y fuimos en su busca, empezando a ponernos bastante nerviosas. El corazón nos latía con tanta fuerza que el miedo comenzó a reflejarse también en nuestras caras desesperadas al no cogernos ninguna llamada, así que comenzamos a buscar de manera desordenada por las calles cercanas.

Poco después, por fin la encontramos en la callejuela más recóndita. Nos asomamos por la esquina con las cabezas alineadas una encima de la otra para no perdernos la escena que nunca habiéríamos imaginado ver de María, nuestra amiga, la que resultaba ser virgen a los veintiocho.

Se encontraba con la espalda pegada a la pared, el vestido de peto remangado y las piernas rodeando la cintura del muchacho pelirrojo que le había estado poniendo ojitos en el garito. María le agarraba con fuerza de la cabeza, dejándose llevar por los movimientos que realizaba el chico para seguir dentro de ella. A los pocos segundos, la velocidad del balanceo fue incrementándose, descontrolándose las respiraciones y dejando escapar pequeños pero profundos jadeos que rebotaban sutilmente entre las paredes de la callejuela; hasta que finalmente el muchacho emitió un último gemido, esta vez más hondo.

Suspiró en el cuello de María, intentando reponerse, hasta que decidió besarle el hombro y acariciarle los pechos con una lentitud que hasta a mí me empezó a parecer más una tortura que una satisfacción. La miró fijamente a los ojos y, sin ningún preámbulo más, se arrodilló ante ella, apoyándole las manos con firmeza sobre las caderas.

Al principio ella estaba inmóvil y no despegaba las manos de los hombros del pelirrojo, pero supimos que la lengua del muchacho estaba rozando entre sus piernas una de las zonas más sensibles cuando, poco después, la vimos oscilar las caderas para facilitar que la lengua de su compañero ahondara más en su vulva.

—¿Quieres que siga? —preguntó en susurros el chico.

—Sí, por favor —respondió María con voz ahogada.

El pelirrojo siguió insistiendo en la entrepierna de nuestra amiga y esta le cogió las manos para invitarlo a que le agarrara fuerte las nalgas, aumentando así la presión de la lengua en su centro. Segundos después, la respiración agitada y entrecortada de María nos indicó que ya no podía aguantar más.

A parte de intercambiar sus números de teléfono, también intercambiaron sonrisas y caricias antes de despedirse. Y cuando María se dispuso a terminar de colocarse la ropa y echar a andar, nosotras nos mantuvimos quietas a la vuelta de la esquina, con los brazos cruzados y un pie apoyado en la pared, sacando nuestro lado más macarra.

—Vaya, vaya... Pues la Virgen María resulta que no es tan virgen —dijo Maca al toparse nuestra amiga con nosotras—. Y además es un poquito hija de la gran puta, que vaya susto nos ha dado.

—Pero, pero ¿estáis locas o qué? ¿Me habéis estado espiando? —Se sobresaltó María abrazándose como si pudiésemos verla desnuda, a pesar de ya tener toda la ropa en su sitio.

—Sí, ¿qué pasa? —intervino Amanda—. ¿Qué esperabas? ¿Que nos quedásemos de brazos cruzados sin saber dónde estabas ni con quién? Que, por cierto... Te ha gustado, ¿eh, pillina?

—Pues mira, no. No me ha gustado —confesó María echando a andar hacia el garito y obligándonos a acelerar el paso.

—¿No me digas? ¿Tenía pene-gancho? Yo una vez me lie con uno que tenía pene-gancho y tampoco me gustó —reveló Amanda.

—¿Pene-gancho?

—Sí, tía. Era así —detalló Amanda doblando el dedo índice hacia abajo y apresurando aún más la marcha para alcanzar a María.

—Jesús Bendito..., de lo que se entera una... —dijo Naza tapándose los ojos con una mano.

—Bueno, pues no. No era pene-gancho. Pero me esperaba..., no sé..., otra cosa. Además, soy tonta; me he dejado llevar ahora porque no quería que Leo me notase que era..., pues eso, virgen. Pero bueno, ya está. Lo olvidamos, ¿vale? Me voy a quedar con que al menos el final no ha estado mal.

—Claro, cari. Esta noche acaba de revelársete uno de los mayores descubrimientos de la humanidad. —Maca acomodó el brazo en el hombro de María—. Y es que, digan lo que digan, la clave siempre siempre está en la pepitilla.

—Oye, ¿habéis visto que ese local está abierto? —pregunté sin poder remediar cambiar de tema.

—Sí, ¿qué pasa?

—¿A que no hay ovarios a entrar? —reté mirando a las niñas una a una.

Salimos del local satisfechas y decididas a seguir con nuestra noche cuando, al cerrar la puerta tras de mí y alzar la mirada de nuevo, me topé en la acera cara a cara con la persona que menos tenía en mente en aquel momento: Javier.

A veces mi vida parecía guionizada por una mano externa que hacía que las casualidades ocurriesen, dándome el universo lo que nunca se me hubiera ocurrido pedir.

21. Promesas

—Qué sorpresa Carmen... No imaginaba encontrarte aquí —me dijo con una sonrisa sutil.

—Lo mismo digo. Pues es que Naza se casa.

—¡Anda! Yo también estoy de despedida. Mi hermano y Rosario también se casan.

—¡Hala! Me alegro muchísimo. Pero, una cosa... —No me atrevía a preguntar demasiado, pero la curiosidad me quemaba por dentro—. ¿Y la familia de Rosario?

—Después de mucha polémica, se han dado cuenta de que Rosario no necesitaba la aceptación de su relación. O la aceptaban acompañándola o la aceptaban perdiéndola.

—Vaya, pues me alegro más aún. Oye... Y... —No hizo falta continuar la frase para que Javier intuyera qué quería saber.

—Ale también está. Pero, Carmen, han sido ya muchos meses. El pasado es pasado y se casa mi hermano. —Arrugó el gesto, queriendo ahuyentar el tema—. Es lo que importa.

Le noté distinto. Más maduro, más calmado, sin señales de su frecuente despotismo... Pero, por otro lado, seguía reconociéndolo en el olor dulce de su perfume, que tantas veces se había quedado impregnado en mi almohada; en la barba fina bien cuidada; en la mirada profunda marrón oscura...; y en la parte tierna que otras muchas veces también salió a la luz cuando estábamos juntos, dejándome llevar, caminando con él hasta llegar a la playa. A lo mejor, si ese cambio en él se hubiera producido antes, si no hubiéramos sido un arma de doble filo el uno para el otro, seguiríamos juntos e incluso hubiésemos seguido adelante con la idea de casarnos.

Estar a su lado me inundaba de nostalgia. No sabía si el ser humano era el único animal capaz de añorar, ni tampoco si eso era una suerte o una putada. No solo por recordar cada momento con Javier, sino también con su familia y su entorno. Las risas y las anécdotas con su hermano, escapadas y eventos con sus padres... Aún recordaba con nitidez lo parlanchina que era su madre y la timidez de su padre, convirtiéndose ambos en una bomba de relojería en la que no sabía determinar si predominaban la diversión, los disparates o la ternura.

Cuando Javier y yo dejamos de ser uno, no solo me quedó un vacío por lo que fuimos, sino también por todo lo creado y vivido con los que nos rodeaban. No volver a vivir todo eso y tener que conformarme solo con recordar me seguía costando un poco cuando la memoria decidía viajar al pasado. Y tenerlo delante conseguía justo eso, volver atrás; me hacía retroceder y me ponía difícil continuar mi propio camino.

Aún sentía el pecho lleno si lo tenía cerca. Las palabras y las conversaciones surgían solas y, cuando quisimos darnos cuenta, estábamos sentados en la arena, cerca de la orilla, solos frente al mar que nos susurraba cada vez que el oleaje suave se acercaba a nuestros pies descalzos.

Aunque no teníamos grandes novedades, estuvimos poniéndonos un poco al día y recordando momentos que nos hicieron reír mucho, como cuando viajábamos y nos perdíamos, pero nos daba igual porque aprovechábamos para conocer sitios que no estaban en nuestro itinerario. O cuando nos escapábamos de casa a las tantas de la madrugada con mucho sigilo para no despertar a nuestras familias y solo para darnos un último beso de buenas noches.

Eso que nos estaba pasando a Javier y a mí tenía una explicación: y es que, normalmente, los recuerdos buenos perduraban más en la memoria que los malos porque esto permitía a la raza humana vivir más ligero y resistir. Esta característica tan nuestra, tan humana y a la vez tan animal, era lo que desplazaba lo malo y lograba que existieran la posibilidad de volver a empezar

y la confianza en las nuevas oportunidades.

Evadiéndome algunos segundos de nuestra conversación, fantaseé con cómo sería mi vida estando con él otra vez, tal cual éramos ahora. Se me llenaron los ojos de lágrimas pensando en revivir un amor tan intenso, pero más maduro, y me sentí más llena de vida con solo imaginarlo.

Pero en este tiempo había aprendido. No podía olvidar la necesidad del equilibrio entre razón y corazón. Y la razón también me decía que, de estar con él, tomaría decisiones distintas a las que tomaría estando sola o con otra persona diferente a mi lado; porque, aunque me costaba reconocerlo y nunca supe el motivo, era consciente de que Javier me transformaba; o, mejor dicho, con él me dejaba transformar. Una energía arrolladora me arrastraba a sentirme pequeña, aunque Javier no dijera ni hiciera nada fuera de lugar. Lo sentía así solo con tenerlo delante. Pero quizá justo por eso esta era la prueba que debía superar. Darnos otra oportunidad, tener una relación más madura y ser capaz a la vez de mantenerme firme ante aquella sensación y no defraudarme. Al fin y al cabo, habíamos sido familia. Éramos un clásico, mucha gente nos seguía asociando, y se quedaron tantas promesas pendientes de cumplir... ¿Cómo íbamos a romper ese vínculo para siempre?

—¿Estás bien? —me preguntó Javier al darse cuenta de que no estaba escuchándole.

—Sí, sí, perdona. Solo que... son muchos recuerdos.

Compartimos una sonrisa y una mirada nostálgicas, que, sin darnos cuenta nos fueron acercando cada vez más hasta rozar nuestros labios. El contacto sutil y su respiración sobre mi rostro me hicieron desear con todas mis fuerzas volver a esos besos lentos con labios carnosos y perfilados.

—Creo que lo nuestro nunca se podrá romper —susurró.

Agaché la cabeza. No fui capaz de decir nada.

—¿Crees que podría volver a funcionar? —me preguntó, jugueteando con su frente posada en la mía para buscarme la mirada.

Apreté fuerte los ojos, dejando caer una lágrima que me recorrió la mejilla despacio y habló por mí.

—Entonces, ¿mejor seguimos intentando vivir con ello? ¿Alejados? —quiso saber.

Le acaricié la barba recortada perdiéndome en su mirada marrón y, segundos después, una fuerza que parecía venir de la propia subida de la marea me empujó hacia él y le abracé fuerte.

—Sí, será lo mejor —musité con voz temblorosa, siendo capaz por fin de pronunciar palabra.

—Quédate esta noche, Carmen. Una última noche.

Negué con la cabeza y con los ojos húmedos y apretados. Era mejor así. El día que nos separamos fue uno de los más tristes de mi vida junto con el día que tía Manuela se fue. Y, aunque mi impulso natural me llevaba a lo familiar, a lo conocido, a él..., por otro lado, necesitaba no volver a abrir más esa herida; cada nueva despedida era desgarradora.

—Siempre serás mi «ni contigo ni sin ti» —me atreví a decir aún en susurros.

—Y tú siempre vas a ser mi punto débil. Confieso que yo sí lo intentaría, pero entiendo que prefieras dejarlo así.

Estuvimos a punto de volver a rozar nuestras bocas, de volver a ser uno. Lo que nos unía no era nada físico, nada tangible, nada que se pudiera explicar con claridad. Eso siempre nos pertenecería, solo a nosotros dos. Y es algo que ambos sabíamos, aunque nos mantuviéramos lejos el uno del otro.

—Aun así, me gustaría seguir sabiendo de ti de vez en cuando. —Javier me sonrió y agitó su cubata con hielos derretidos.

—Cuenta con ello. —Guiñé un ojo—. Venga, vamos a brindar. En honor a lo que fuimos, que

eso nunca cambiará. Y por lo que somos ahora, que nos permitirá avanzar.

—Y por nuestro nueve de abril, que tanto nos ha enseñado.

—Por nuestro nueve de abril.

—Bueno... ¿Volvemos con nuestra gente? —propuso.

—Prefiero quedarme sola unos minutos. —Sonreí.

Javier me dio un medio abrazo y un beso en la mejilla, se levantó y se volvió a despedir con un movimiento de la mano y una sonrisa, esta vez como si confiara en que realmente era un hasta luego.

Me quedé sola sobre la arena. El rugido de las olas me calmaba, pero toda esta situación seguía confundíendome. ¿Había hecho bien? Ese reencuentro me había llevado atrás como si no hubiese pasado el tiempo, pero, a la vez, la relación que tuvimos me resultaba ajena y extraña, como si realmente la hubiesen vivido dos personas distintas a las que éramos ahora. Tenía que aceptar que el cambio que notaba en él y el que sentía en mí lo había provocado todo lo que habíamos vivido juntos, incluida nuestra separación. Y, por ello, en caso de intentarlo de nuevo, primero tendríamos que conocernos otra vez, arriesgándonos a que en ese proceso nos diéramos cuenta una vez más de que lo nuestro podría estar destinado a no salir bien.

Además, ya nos dimos otra oportunidad cuando Ale había aparecido en mi vida y tampoco fue cómo esperábamos. Y también, por si fuera poco, yo en el momento del reencuentro de aquella noche no estaba en mi mejor situación personal. Ese recuerdo sobrecogedor de mi infancia seguía machacándome cuando menos lo esperaba y lo mejor era calmar mis propias aguas antes de aventurarme a compartir mi vida con alguien, fuera quien fuera esa persona. Y Javier también merecía mirar hacia adelante y compartir su nueva mejor versión con alguien desde cero, alguien con la que construir una historia sobre cimientos nuevos y no sobre ruinas del pasado.

Me levanté para sentarme más cerca de la orilla y permitir que el agua me acariciase los pies descalzos. Me tapé la cara con las manos y suspiré.

Aquel vínculo iba a ser fuerte siempre; no se acababa solo con decir adiós. No estar juntos no haría desaparecer el recuerdo, pero sí anuló las promesas sobre un futuro que nunca llegó.

Un tiempo atrás, esas promesas se esfumaron y se dispersaron en el aire según se escapaban de nuestros labios. Pero la suerte que tuvimos Javier y yo era que aquella noche, ese imprevisible reencuentro, aunque nos removiό más de lo necesario, nos permitió transformar todas las promesas en otra que sí éramos capaces de cumplir, consensuada, meditada y asegurándonos de que a ninguno de los dos nos haría daño. Saber de vez en cuando el uno del otro sin olvidar una de las leyes básicas de la vida: que esta es movimiento y que muchas veces solo podemos soltar la mano y conformarnos con atesorar viejos recuerdos.

22. Lo que nos faltaba

La claridad entraba en la habitación y entreabrí los ojos. Durante un segundo no vi con nitidez, pero al siguiente me sentí observada. Cuatro caras y ocho ojos abiertos de par en par rodeaban mi cama y estaban puestos en mí.

—¡AHHH! —Boté haciendo mil aspavientos con los brazos y piernas con intención de abandonar el colchón y huir de esas personas que me estaban vigilando—. ¡Joder! Pero ¿qué hacéis ahí las cuatro, mirándome como un pasmarote?

—Queríamos asegurarnos de que lo primero que vas a hacer hoy por la mañana sea contarnos qué pasó ayer con Javier —aclaró María con los ojos entrecerrados y los labios apretados.

—Pues lo que casi conseguís es que lo primero que haga sea morir del susto.

Me incorporé y apoyé la espalda en el cabecero, ya más tranquila al haber reconocido las caras de las idiotas de mis amigas entre los rayos de luz que se interponían. Les hice un resumen muy resumen, interrumpido en varias ocasiones por la vomitona y aún borrachera que tenía Amanda.

—Conclusión, que lo nuestro siempre será un «queremos, pero no debemos» porque, aunque creo que hemos madurado, siento que vamos a seguir bloqueándonos mutuamente y retroalimentándonos inseguridades. —Me levanté enérgica de la cama y me dirigí hacia el baño—. Además, ¿sabéis qué? Que luego pasa el tiempo y... —Miré hacia la pared del fondo con aires de bohemia, ayudándome a verbalizar lo que pensaba—: Lo que antes tenía mucho significado, con el tiempo, deja de ser tan importante.

Haciéndose de noche y con el maletero lleno de nuevo, nos montamos en el Fiat 500 de Amanda, que aún seguía bastante afectada.

Los primeros minutos de la vuelta con Maca al volante y en silencio pusieron de manifiesto que ya dábamos por finalizada la despedida, con música de radio bajita y con Amanda dormida. La luna ya estaba en lo alto del cielo y las luces cortas empezaron a ser insuficientes para circular por la carretera convencional. Pero Maca, sin atinar a poner las largas, empezó a activar el limpiaparabrisas, a encender y apagar la radio, a echar agua en la luna trasera, toqueteando todo hasta tal punto que apagó las luces cortas también, no sabiendo activarlas de nuevo y quedándonos completamente a oscuras en la carretera.

—¡Aaaaahhhhhhhh! —empezamos a gritar Maca, María, Naza y yo sin saber si se avecinaba una curva, si se cruzaría un animal o si saldríamos con vida de aquella situación.

—¡Aaaahhhhh! ¡Corred! ¡Son los terroristas! —chilló Amanda despertándose por nuestros gritos y abandonando a saber qué pesadilla—. ¡AAAHHHH! —chilló de nuevo, pero más fuerte, al ser consciente de la situación real.

Finalmente nos quedamos paradas en el arcén, aún a oscuras, hiperventilando y dejando pasar unos minutos para reponernos del susto y seguir con nuestro viaje de vuelta.

—¿¿No me jodas que nos hemos quedado sin batería?! —preguntó Maca al ver que, de nuevo, se apagaban todas las luces sin ella hacer nada y al comprobar que el coche no arrancaba ni al segundo ni al tercer intento.

—¿Hace cuántos años que no cambias la batería, Amanda? —pregunté.

—Yo qué sé, no me acuerdo.

—Quilla, pues un poquito de previsión. Hay que revisar estas cositas cuando se hace un viaje

—recriminó Maca.

—Joé, miré las ruedas y lo básico, no la batería. Ufff..., y no chilles, que estoy muy malita... Y ¡qué coño! ¿Por qué no has traído tu coche? No te jode...

—A ver, tranquilidad. Vamos a relajarnos, niñas. Respiremos. No podemos empañar ni un minuto mi despedida de soltera con una discusión, ¿eh? No, no, no. No pienso permitirlo —dijo Naza ralentizando la voz para transmitirnos calma con la intención de que nada relacionado con la boda, incluida la despedida, se torciera.

—Me parece bien, respiremos —la apoyó María—. Inhalemos... —se escuchó en todo el coche cómo inspiraban fuerte ella y Naza—, exhalamos...

—¡Ay! Venga que me uno, a ver si así se me quita el mareo, ji, ji —saltó Amanda, escapándosele una risita que demostraba aún su estado de embriaguez.

—¿¡Me estáis vacilando!? —Maca se mordió la lengua, dejando visible el *piercing* amarillo fosforito y abriendo los ojos de par en par.

—Venga, va, niñas, en serio. A ver, Amanda, dinos el número de tu seguro para llamar a la grúa —solicitó.

Media hora. Cuarenta y cinco minutos. Una hora. Una hora y media. Una hora y cincuenta minutos. Llegó la grúa. Por fin. Tras dos horas esperando, y encima de noche, ya estaba bien. Menos mal que, aunque sabíamos que las apariencias engañaban, al menos el señor que vino era de esas personas que por su cara redonda con chapetas y sonrisa que le achinaba los ojos transmitía confianza y simpatía. Por ello, y para evitar más conflicto entre nosotras, me ofrecí a ir yo montada en la grúa con él, y las niñas, con tal de no esperar hasta medianoche a un taxi, a pesar de no estar permitido, fueron dentro del coche remolcado en la plataforma trasera.

—Perdona, pero antes nos ponía en el GPS que quedaba media hora y ahora a usted le pone cuarenta y cinco minutos —puntalicé, mostrándoselo a las niñas en la pantalla del móvil, ya que íbamos haciendo una videollamada para sentirnos juntas.

—Mmmm... ¡Ay, la Virgen! ¡Me *cagüen*’ to’! ¡Es *verdá*’! Me he saltado la salida.

—¡Hala, venga! ¡Qué más nos puede pasar hoy? —se quejaron las demás.

—No preocuparse. Cojo un atajo que me sé, mira, por aquí, y acortamos —aseguró el conductor desviándose del camino.

Tras varios minutos de silencio, Maca decidió romperlo.

—Chochito de oro, cuando estabas ayer con Javier vimos a Ale. Liándose con una.

—Y luego con otras dos diferentes —añadió Amanda entre risitas.

—Ah, ¿sí? Quién lo diría, ¡eh! Vaya rachita lleva el amigo... —dije desviando la mirada a la ventana.

—Que, por cierto, cari... No es por meternos donde no nos llaman, pero, la noche que saliste del Drinks con él y otra chica... ¿qué pasó? —preguntó Maca sin rodeos.

Miré al conductor; él me miró a mí; miré la cara de las niñas a través de la pantalla; volví a mirar al conductor.

—Yo no voy a contar nada a nadie —me dijo el señor de cara redonda—. *Jurao*’ por la Virgen del Rosario. Y, además, *curao*’ de espanto estoy ya. ¡Qué de gente y de qué cosas se enteran uno mientras recojo coches *averiaos*’...! Por cierto, me llamo Fausto. Estáis de viaje de amigas, ¿no? Dadme conversación, que llevo muchas horas conduciendo hoy. Contadme, ¿de dónde venís? —preguntó Fausto desviando la conversación de las niñas y guiñándome un ojo.

Los minutos pasaban, pero no nos dábamos ni cuenta por la charla que teníamos con el conductor.

—Es que, Fausto, ¡me caso con la mujer de mi vida! —gritó Naza para asegurarse de que la

escuchara.

—¡Anda, enhorabuena, chiquilla! *Ofú*, me acuerdo yo aún de mi boda con mi Encarni. Qué guapa estaba...

—¿Y tienes hijos, Fausto?

—Una chiquilla, Victoria. Se ha ido este año a Granada a estudiar, ¿sabéis? *Terapia ocucional* o algo así.

—¡Ah, sí! Será Terapia Ocupacional. A puntito estuve yo de meterme, pero me gustaba más fisioterapia —aclaró María, empezando a temblarle un poco la voz.

—*Perdo-ona*, Fausto, ¿*po-or* dónde nos *e-estamos metiendo-o*? —pregunté también con tal tembleque en el tono y en ese momento ya incluso en el cuerpo, que necesité sujetarme en la agarradera de la puerta.

—¡Ay, *la-a* Virgen! ¡*Esta-a-a carrete-te-e-ra* ha *acabado-o-o* en *u-un cami-ino*! —entendimos a Fausto entre el traqueteo de la grúa.

—*Ca-cari*, si *du-u-daba-as* el tener *una-a* despedida *inolvi-i-dable*, *pue-es* toma. *La-a* estamos *aca-abando po-or* todo *lo-o* alto.

Ya no había vuelta atrás. Los árboles hacían cada vez el camino más estrecho y solo podíamos huir hacia adelante. La visión de la videollamada era prácticamente nula por la vibración, pero por el retrovisor de la grúa vi como María sacaba los brazos de la ventanilla del coche de Amanda para intentar meter el retrovisor de su lado, que se movía mucho, posiblemente por haber sido golpeado por la rama de un árbol; aunque finalmente se descolgó más todavía y María se vio obligada a ir sujetándolo durante el trayecto con los brazos fuera del coche.

—Bueno, chiquillas, así al menos vemos algo de la flora de la serranía.

—¿De noche, Fausto? ¿De verdad nos lo estás diciendo? —increpé sin soltar el asa de la puerta que mantenía mi cuerpo firme.

—Baja más la ventanilla, María, que Amanda se está mareando —escuché decir a Naza—. Amanda, Amanda, ¿estás bien? ¿Le decimos al señor que pare? Niñas, tiene la mirada perdida.

—No puedo esperar... Puaag...

Amanda se ahuecó la manga de la camisa con los dedos y se vomitó dentro.

—*Quilla*, pero ¿qué haces? —gritó María.

—Jo, María... Estoy muy, pero que muy malita... No me riñas, porfi... Que yo te quiero, ¿eh? Mucho, tía, mucho. ¡MUCHO!

Y sin preocuparse de si su deshecho era mucho o poco o si calaba la tela o no, apoyó la cabeza sobre el hombro de Naza y al instante se quedó dormida de nuevo.

—Pues yo si huelo a vómito, vomito también —avisó Maca entre arcadas, sacando la cabeza por la ventanilla de su lado.

—Jesusito de mi vida, lo que nos faltaba... Menos mal que mañana pedisteis el día libre.

A los pocos minutos, pero que se hicieron eternos, el camino terminó de nuevo en otra carretera convencional, llegando por fin a Ronda y a la puerta del taller que frecuentaba Amanda, donde dejaríamos el coche y nos despediríamos de Fausto.

—Pff, qué aventura, niñas...

—*Ojú*, ya te digo... Y Fausto, como gruista, muy, muy regularo —reconocí—. Pero en *verdá'* es to' buena gente.

23. *Open mind*

Viernes 30 de agosto de 2019, bar Los Pueblos, Ronda

Las semanas del resto del mes de julio y parte de agosto se me hicieron eternas porque las niñas y yo apenas coincidimos debido a las vacaciones de cada una. Pero también fueron especiales porque fue el primer verano después de muchos —desde que empecé a salir con Javier, hacía ya cinco años— que me fui con mi madre unos días a la playa. Estuvimos cuatro días en Torremolinos la mar de a gusto, y nunca mejor dicho. Fueron días de descanso sobre la toalla, lectura de revistas de cotilleos, siestas, espetos, paseos por la orilla y helados de vainilla en honor a tía Manuela.

A finales de agosto ya estábamos todas de vuelta y aquel viernes necesité convocar un Comité de Crisis, esta vez sin informar a Maca. Así que, aprovechando que Naza había alargado la sobremesa de la comida con sus padres en el bar Los Pueblos, nos vimos allí en cuanto Amanda llegó de Málaga para pasar el fin de semana con la familia y con nosotras.

El día anterior, Maca se había vuelto a quedar en mi casa y la situación pasó de castaño oscuro cuando a primera hora de la tarde la pillé empaquetando bragas usadas.

—Maca, esto ya es demasiado, ¿eh? Una cosa es que siempre hayas sido peculiar con algunos temas y otra es que vendas tus bragas usadas a saber a qué trastornado.

—Tía, *open mind* —me respondió sin dar más explicaciones, abrazando el paquete y dejándome sola en el salón.

Así que ahí estaban ya Naza, María y Amanda, expectantes por lo que tenía que contar.

—Nena, yo ya no estoy para tanto disgusto. Hoy no me ha dado tiempo ni a dejar la bolsa en mi casa —se quejó Amanda—. A ver, ¿qué ha pasado ahora?

—Joé, lo siento, pero es que no es por mí, es por Maca —dije bajando la voz y prosiguiendo con el último acontecimiento.

—¿Maca diciendo *open mind*? —preguntó Naza frunciendo el ceño cuando terminé de contarles lo ocurrido.

—¿En serio lo que más os sorprende de toda esta situación es eso? —protesté.

Amanda, Naza y María se miraron mutuamente.

—Sí —respondieron al unísono con firmeza.

—Yo es que alucino cada día más... —Me puse las manos en la frente.

—Hombre, me dirás tú. Si Maca solo sabe castellano y mal hablado —contó Amanda.

—Conclusión, que os da lo mismo que nuestra amiga esté más rara que un huevo con cejas, ¿no? Pues hala, ya está. Queda finalizado el Comité.

—¡No, no, no! ¡En verdad a mí sí que me preocupa! —aclaró María—. ¡¡Esas prácticas fomentan la explotación sexual!!

—Visto así... lleváis razón —rectificó Amanda—. Vámonos a casa y esta noche a ver si sacamos algo de información a Maca.

La noche cayó y dejamos atrás los azulejos sobre la fachada blanca donde se podía leer en cursiva «Dulcinea 1962» para adentrarnos en una inusual tranquilidad, poniendo de manifiesto que mucha gente seguía de vacaciones o que habían preferido ir a las fiestas que ya habían

empezado en otros pueblos. Había espacio suficiente en el *pub*, nada de colas para pedir y el ruido justo para animarnos a tomar algo con música de fondo que nos permitía charlar sin gritar.

Nuestros cubatas reposaban en el poyete de madera mientras intentábamos que Maca nos contase qué le pasaba, pero ella siempre acababa yéndose por la vía de Tarifa.

—Anda, está ahí Pablo, ¿no? —desvió Maca la conversación de nuevo.

Y así era; allí estaba él, con el brazo apoyado en la barra, hablando y sonriendo a una chica de pelo rubio mediterráneo y dientes blanquísimos que también le devolvía la sonrisa.

Inmediatamente la temperatura de mi cuerpo subió, seguida de un sudor frío de manos y una gran presión en la boca del estómago. No podía negarlo; la ira y la inseguridad que me habían provocado esa escena eran celos. Y por ello, habiendo perdido el control sobre mí y para sorpresa de las niñas, me dirigí decidida hacia ellos sin pensármelo.

—Hola, Pablo, ¿podemos hablar un momento, por favor? —le pregunté sujetándolo del brazo.

—Eh... Hola. ¿Qué pasa? Estoy... —miró a la muchacha— ocupado.

—Sí, ya veo, ya. Te lo robo un momentito, ¿vale? —avisé a su acompañante con una sonrisa falsa y forzada mientras tiraba de Pablo hacia la calle.

Una vez fuera no fui capaz de decir nada. Solo resoplaba mientras me retiraba el pelo rizado de la cara.

—Carmen, tranquila. Mira, no sé bien si lo que te pasa es lo que creo, pero por el motivo que sea nosotros no avanzamos... Llevo mucho tiempo esperando y también necesito vivir. Lo entiendes, ¿verdad? —me dijo buscando con sus ojos verdes mi mirada.

—El que no lo entiende eres tú. No sabes todo con lo que estoy tratando de lidiar...

—No lo sé porque no me lo has contado.

—¿Hace falta contarlo todo con detalles? ¿No es suficiente con decirte que te necesito?

—Lo que no puede ser es que solo me necesites de la forma que tú quieras, cuando quieras y que justo me digas esto cuando me ves con otra. Mira, te quiero desde hace años y me preocupa que algo te inquiete y no seas capaz de contármelo. Pero creí que, con todo lo que te pasó con Javier, ya habías aprendido que una cosa es querer y otra es depender de alguien y dejar que la vida se te escape. ¿O es que solo lo has aprendido para los casos que te interesan?

Llevaba razón. No tenía derecho a reclamarle ni reprocharle nada. Pero no fui capaz de reconocer mi arrepentimiento y mucho menos de verbalizarlo.

—Espero que algún día lo entiendas —sentenció.

Me dio su tradicional beso en la frente y, agachando la cabeza, se dio la vuelta y se alejó para entrar de nuevo al *pub*.

Amanda: ¿Todo bien? **00:10**

Amanda: Anda, entra, que ya ha llegado Carlos hace unos minutos. **00:18**

24. Sentimiento de amenaza

Entré al local aún algo sofocada. Alcé la vista hasta ver a las niñas saludarme desde la misma esquina donde estábamos antes, con sonrisas amplias en las caras y haciéndome gestos enérgicos para que me acercara sin ser conscientes de que, mientras todos reían, bailaban, brindaban y disfrutaban, yo acababa de comenzar una realidad paralela completamente opuesta que me estaba empezando a dejar en ruinas en el mismo momento en que le vi la cara. «¿Era él? No puede ser...».

Desvié la mirada hacia otro lado con desconcierto antes de fijar de nuevo la vista en aquel hombre. La risa profunda y sonora que resaltaba frente a las demás me despistaba; pero, obviando las marcas de expresión que mostraban el paso del tiempo, me fijé bien en la tez morena, en los ojos oscuros y pequeños, en la sonrisa escueta, pero que dejaba ver perfectamente los dientes blancos y alineados, y en el pelo corto, negro y denso en el que se intuían pequeños caracoles.

Ese rostro que creía tener ya olvidado me trasladó de nuevo al maldito recuerdo que me provocaba tanta angustia, asco, temor..., transformándolo mi cabeza en una pala enorme metálica que me golpeó fuerte en el pecho, aunque nada ni nadie me estuviera tocando. Las pulsaciones se aceleraron a una velocidad y con una intensidad que, aunque seguía inmóvil en medio del local, mi mente se trasladó a otra dimensión.

En esa nueva realidad no había aire suficiente para llenar mis pulmones. Por mucho que tratara de inspirar, el oxígeno no entraba en mi cuerpo y, por pura supervivencia, me di la vuelta, empujé la puerta de madera y salí de nuevo a la calle.

Esquivé a los que estaban fumando en la puerta y, según me alejaba de la mirada de aquellos desconocidos, anclé los dedos a la pared, raspando las yemas en ella con fuerza, con el fin de mantener el equilibrio que mi mente y cuerpo no tenían.

Caminé sin rumbo hasta llegar al Templete de la Virgen de los Dolores, una capilla cubierta con tejas a pie de calle. Me paré en seco de espaldas a la Virgen apoyándome en uno de los dos pilares donde se veían talladas siluetas con sogas en el cuello, al ser el lugar donde un tiempo atrás los condenados a muerte oraban antes de ser ahorcados.

La asfixia no me dejaba sentir el dolor de los detalles puntiagudos del pilar clavándoseme en los dedos y daba igual que la temperatura fresca de la noche fuera agradable y diera un respiro a los días de calor. Porque aquella atmósfera en la que solo yo me encontraba y en la que todo se tambaleaba fue traspasando la camiseta de tirantes de raso negro, depositándose sobre mi piel y penetrando por los poros en forma de hormigueo que al llegar a la cabeza me hizo perder el equilibrio sobre los zapatos granates de tacón que se sujetaban con una hebilla a los tobillos.

La voz de Macarena gritando mi nombre desde el final de la calle llegaba a mis oídos, al principio muy lejana, como si me gritara en sueños. Pero fui capaz de anclar de nuevo los pies al suelo y a la realidad según se iba acercando y la escuchaba con más claridad.

Me costaba creer que la ansiedad fuera considerada algo inherente al ser humano y que un nivel bajo fuera necesario para la evolución. Me costaba entender que se tratase como un toque de vitalidad para movilizarnos, para ser más activos e incluso más creativos. Me costaba asimilarlo porque lo que yo estaba viviendo era su conversión a un nivel tan alto, que su efecto fue totalmente el contrario, transformándose en un ataque de pánico.

Sin embargo, entre lo difuso y confuso que estaba siendo ese momento, sí pude poner en práctica algo que había aprendido a lo largo de los últimos meses: identificar las emociones y sentimientos que experimentaba. Y lo que me recorría en aquel momento era la máxima agitación que jamás había vivido, pánico, horror..., sentimiento de amenaza.

La cara que acababa de ver en el local volvió a invadir mi mente, perdiendo, ahora sí, el control total de mi cuerpo y alimentando ese recuerdo que tanto tiempo estuvo enterrado y que, por más que trataba de superar, con más fuerza se aferraba en mí.

No supe cuántos segundos o minutos pasaron. Pero cuando recuperé la consciencia, mis piernas y brazos oscilaban sin ningún tipo de resistencia en el aire y mi espalda y muslos reposaban sobre unos antebrazos y un torso que me resultaron muy conocidos. Un cuerpo que me aportaba confianza y calma. Respiré profundo y los pulmones se sintieron aliviados, relajando instantáneamente todos mis músculos y dándome cuenta de que, a pesar de todo, sus manos estaban ahí para recoger lo que quedaba de mí, despejando todas mis dudas. Pero no era el momento de pensar en ello; la lucha contra mis fantasmas del pasado se había complicado.

25. Mamá

Me llevaron a casa y Maca no se separó de mí en toda la noche. No se atrevió a preguntarme nada, seguramente porque no se veía en posición de hacerlo al ella esconder también secretos que no quería compartir. Me preparó una tila doble antes de ir a la cama y cuando me desvelaba ahí estaba ella, despierta, observándome y preparada para sonreírme y retirarme de la cara los mechones despeinados de pelo.

Por la mañana me llevó el desayuno a la habitación, dejando la bandeja sobre la mesita de noche.

—Sabes que te quiero mucho, ¿verdad? —dije.

—Pues claro que lo sé, chochi. Come algo, anda.

El grupo de WhatsApp de *Muchachitas serranas* superaba los cien mensajes. Pero no me vi capaz de abrirlo, leerlo y mucho menos de contactar con Amanda.

Me encontraba mejor físicamente, más descansada y relajada, pero estaba tan confundida, desorientada y diría que hasta perturbada, que la ayuda de Sara para este momento me parecía insuficiente. Necesitaba saltar la barrera de la vergüenza y la incomodidad para recurrir a la única persona que, solo con estar, sabía que me iba a hacer sentir mejor: mamá.

Me presenté en su casa y, nada más abrir la puerta, me tiré a sus brazos llorando desconsolada. No pude parar hasta que mi madre, con lágrimas también en los ojos y sujetándome fuerte la cara, me suplicó que le contara de una vez lo que sucedía.

No sabía por dónde empezar, no sabía qué palabras emplear, me moría del bochorno... Pero otra cosa que me frenaba era que no quería verla sufrir. ¿Cómo se tendría que sentir una madre o un padre al enterarse de que habían abusado, violado, maltratado..., en definitiva, que habían hecho daño a su hija o hijo? ¿Cómo se sentirían los seres queridos al saber que estos hechos se habían producido siendo sus hijos aún unos niños? No era madre, pero sabía que a la mía se le iba a desgarrar el corazón cuando le contase que había empezado a recordar que, cuando era pequeña, un hombre frotó sus genitales sobre mi entrepierna, ayudándose de las manos para sujetarme, para forzarme y así intensificar la fricción. Sabía que se iba a echar las manos a la cabeza y que, con la boca abierta de par en par, iba a emitir un grito ahogado de dolor en el alma, seguido de un llanto que dejaría caer sobre mi ropa por querer abrazarme fuerte.

Después se lamentaría y se culpabilizaría, preguntándose cómo había podido suceder, en qué momento, dónde... ¿Dónde estaba ella cuándo ocurrió? ¿Quién había sido? ¿QUIÉN HABÍA SIDO?

En ese momento de desesperación y caos, y aun sintiendo que lo que estaba pasando no me pertenecía, como si fuese una actuación para una película de ficción, le conté lo poco que recordaba; que había sido en casa de los abuelos y que el hombre era un chico joven, sin atreverme aún a confesar que ahora era el novio de Amanda; primero quería intentar tener más información para asegurarme.

Mi madre se arrodilló en el suelo para sacar los álbumes de fotos de las puertas bajas del mueble del salón, tirando en el proceso todo lo demás que estaba guardado. Rebuscó desconsolada y fue lanzando a su espalda el álbum de su boda y uno de tía Manuela. Se quedó con uno en concreto entre las manos y se sentó en el sofá de nuevo a mi lado, dirigiéndome la mirada más caída, apagada y con más angustia que había visto en mi vida. Lo abrimos juntas,

despacio, y empezamos a pasar las páginas que contenían fotos antiguas con cautela, sin querer perder detalle de cada una de ellas. Salían mis abuelos en blanco y negro, agarrados de la mano paseando por la calle; mi abuelo arando en el campo; mi madre y mi tío Manuel de pequeños... Prosiguieron algunas fotos ya en color, pero de escasa calidad, con amigos de la familia y empezamos a prestar más atención aún. Había fotos con bastante gente en distintos bares y ventas. Llegamos a una en la que salían mis abuelos con un hombre y un muchacho más. Se me cortó la respiración. Los músculos de los brazos y la espalda se me tensaron involuntariamente.

—¿Crees que es este? —preguntó mi madre señalando al hombre de más edad.

Negué con la cabeza y señalé al chico joven moreno, con rizos pequeños, la misma mirada y la misma sonrisa que había visto la noche anterior.

Sacó la foto donde se podía leer un escrito en el reverso.

«Con Antonio y su hijo Carlos, 1998».

—Ay, mama. Mama, es él. Se llama Carlos, sí. Madre mía, mamá —me levanté del sofá para dar vueltas por el salón sin rumbo y sin sentido, sacudiendo los brazos para intentar deshacerme del escalofrío que me recorría todo el cuerpo.

—¿Qué me dices, hija? Ahí Carlos no tendría más de diecisiete o dieciocho. Y tú... Tú solo siete... —Rompió a llorar de nuevo aún con la foto entre los dedos—. Antonio ayudaba a tu abuelo con algunas tareas en el campo y a veces iba también su hijo. Eran amigos de la familia. Hubo una época en la que pasaron mucho tiempo en casa. Por aquel entonces yo estaba en el peor momento por los problemas con tu padre.

Me agaché frente a ella.

—Pero es que eso no es lo peor, mamá. —Tragué saliva—. Ayer Amanda nos presentó a su novio. Y es él. Es Carlos.

Mi madre abrió los ojos de par en par e inclinó la cabeza hacia un lado con un gesto tan descompuesto y un brillo en los ojos que le bañaban el rostro en tristeza, confusión e impotencia. No podía romper a llorar de nuevo. Tenía que mantenerme fuerte para que mi madre no sufriera más aún.

—¿Te acuerdas del apellido? —pregunté sacando el móvil del bolso.

—Pff, hija, ahora mismo no sé...

—Él vive ahora en Fuengirola. ¿Eso te da pistas?

—No, no..., ellos eran de Arriate.

En el buscador puse «Carlos Arriate», apareciendo mucha información inútil.

—Herranz, no... Guerrero, tampoco... —siguió pensando en voz alta mi madre—. ¡Herrero! ¡Antonio Herrero! ¡Sí! ¡Eso es!

Probé con «Carlos Herrero» y, aunque tanta información vacía me abrumaba, no podía parar, necesitaba tener toda la información posible sobre él. «Carlos Herrero policía Fuengirola», puse.

<https://www.eldiario.es/andalucía/málaga>

«Julio 2011. Dos policías de Fuengirola que abusaron de una chica de 18...».

Pinché la noticia y se lo mostré a mi madre sin poder articular palabra. Salía su foto. Salía él. Aún a punto de salirse el corazón por la boca, saqué fuerzas para leer en alto:

«La noche del 15 al 16 de julio, la víctima y varios amigos salieron de fiesta para celebrar un cumpleaños. Poco después de dejar la discoteca y subir al coche con una amiga y un amigo, otro coche de la Policía Local les dio el alto, diciéndole a la víctima, a la amiga y al conductor que no podrían llevarse el vehículo por el estado de embriaguez en el que se encontraban, dándoles la opción de llevarlos a su destino en el propio coche policial.

Veinte minutos después llegaron a la casa de la víctima, donde los dos policías solicitaron las llaves de la vivienda, supuestamente para facilitar la apertura de las puertas, y ordenaron a los dos amigos que se quedaran abajo esperando. Una vez dentro, los dos policías, Carlos H. y Rubén V., esnifaron varias rayas de cocaína. Uno de ellos empezó a tocar los pechos a la víctima para, seguidamente, entre los dos, forzarla e introducir varios dedos en la vagina de la joven empujando el támpax hacia dentro...».

No fui capaz de seguir leyendo. La piel se me erizó, sacudiéndome de arriba abajo como respuesta ante un peligro mayor del que imaginaba; al igual que muchos animales, a los que se les encrespaba el pelaje cuando se sentían amenazados. Y mi amiga estaba saliendo con aquel hombre. Tenía que hacer algo.

—Carmen, hija, sé que esto es muy duro. Y habiendo pasado esto hace tantos años, no sé qué podemos hacer con lo que sucedió. Pero tienes que hablar con Amanda, tienes que hablar con ella ya.

Pero antes de hablar con Amanda, necesitaba ver primero a otra persona.

26. Todos tenemos nuestras batallas

Domingo 1 de septiembre de 2019, Bar Antonio.

Desdoblé el papel del contacto que me dio Sara, Lucía Castro. No sabía en qué me podía ayudar esa chica, pero no tenía nada que perder. Tras hablar con ella, Lucía quiso venir al día siguiente desde Sevilla a Ronda a conocerme.

Me contó su historia mientras tomábamos algo en Bar Antonio: su tío había abusado de ella desde los siete años hasta los trece y me confesó que a veces había pensado que era mejor estar muerta que ser una chica abusada, pero sacó fuerzas para contarlo, denunciar y hacer frente a todo lo que conllevaba, incluidos los problemas familiares que provocó aquella situación.

Tuvo que declarar incontables veces y recurrir al Supremo de Madrid, alargándose todo el proceso siete años hasta que su tío acabó entre rejas.

Me sorprendió cómo hablaba del tema con naturalidad, pero dándole la importancia que evidentemente tenía.

Al ver que se había abierto completamente conmigo, a pesar de no conocerme de nada, me relajé y fui capaz de contarle mi caso con más detalles, aunque me costó mucho, ya que cada vez que pensaba en ello me daban náuseas.

Lucía cerró los ojos, quedando en silencio.

—Lo siento... —terminó diciendo.

—Y solo lo sabéis tú, Sara y mi madre.

—Seguro que Sara ya te lo ha dicho, pero te aconsejaría que no lo dejes pasar y te informes con un abogado especializado sobre si tu caso ha prescrito o no; al menos para que cuentes con toda la información. Este tema ahora está con muchos cambios. Por otro lado, entiendo que te des tiempo para asimilar todo lo que está pasando también con tu amiga, pero ella necesita saberlo todo cuanto antes. Vence esa barrera que te frena a contarlo. ¿Encima de lo que hemos pasado, tenemos que avergonzarnos? ¿Tenemos que escondernos? Solo hay dos opciones: esconderse y dejar que te pudra por dentro o liberarte, al menos con tu entorno más cercano. Además, la única forma de dar un giro a esto es mostrando nuestra vulnerabilidad. Si nos escondemos, también estamos escondiendo y cubriendo a las personas que abusan. Es la única forma de que no ganen.

—Sí, tienes razón. Muchas gracias, de verdad —suspiré cogiéndole una mano sobre la mesa—. Le daré una vuelta a todo. No quiero que esto estropee más mi vida.

Me sentía más serena, más tranquila y comprendida.

—Si yo hubiese elegido la primera opción, no se habría hecho justicia y no estaría hoy contigo. Pero te entiendo, no es fácil. Hubo un tiempo que incluso me sentí culpable por no haber sido capaz de detener los abusos. Pero los responsables son las personas que abusan, no nosotras. Y, aunque no será fácil para ti ni para tu amiga, no hay nada como ser transparente con los que quieres. No dejes que esto desmorone todo lo que has construido en tu vida, que es mucho más que lo que nos atormenta. Tu vida se sujeta por muchas patitas, no solo por lo que nos pasó.

La conversación prosiguió. No había pensado, hasta el momento en que ella sacó el tema, que la mayoría de las víctimas, debido a nuestra corta edad, no habíamos sido conscientes de que las experiencias que habíamos vivido en nuestra infancia constituían un abuso. Además, antes se

creía que un abuso era solo la interacción sexual que se producía con agresión e intimidación, pero no era así. Los especialistas habían profundizado en los abusos que podían producirse en la infancia y estos podían conllevar contacto físico o no. Por ejemplo, también eran abusos masturbarse en presencia de un niño o adolescente o grabarlos realizando alguna actividad sexual real o simulada.

—Me parece tan injusto todo lo que has vivido... Fueron muchos años con esa situación. Y luego un proceso muy muy largo y duro —resalté antes de despedirme de Lucía.

—Ya... Pero, si lo piensas con perspectiva, da igual en qué época hayas nacido, dónde te hayas criado, dónde vivas, a qué te dedicas, tu estatus..., que, al final, todos en algún momento tenemos que hacer frente a la rabia, a la angustia, a la injusticia, a la enfermedad, a la decepción, al desamor, a la muerte... La mayoría de las personas, créeme, tiene algún trauma que curar en algún momento de su vida. Y todo esto es lo que me hace pensar que la vida es un poco menos injusta de lo que pensamos.

Lucía me transmitió también que no era bueno agarrarse a la jerarquía del dolor, juzgando y posicionando si lo nuestro era más duro o no que lo que había vivido la persona que teníamos en frente. Cada uno tenía su batalla y cada uno la luchaba y la vivía con intensidad.

27. El duelo del que poco se habla

Estaba claro que tenía que hablar con Amanda cuanto antes, pero para hablar ese mismo día tenía que ser por teléfono, ya que ella se había vuelto a Málaga. La otra opción era esperar hasta el viernes para tener esa conversación cara a cara. Pero, si esperaba, a lo mejor en esos días Amanda y Carlos volvían a verse. ¿Cómo iba a permitir que mi amiga volviera a quedar con él, con todo lo que sabía? No podía. No. Esperar no era una opción.

La llamé. Mientras sonaban los tonos, mi estómago parecía haberse puesto del revés. Las manos me temblaban y sudaba de manera descontrolada por todo el cuerpo, notando como, además, se me estaba soltando la tripa.

—Nena, ¡joder! Llevas un día entero sin contestar mis llamadas y mensajes. Estamos muy preocupadas por ti desde el chungo que te dio el viernes —me dijo nada más descolgar el teléfono.

—Lo siento...

—¿Qué te pasó? No sabía que tenías ataques de ansiedad.

—No, no. Si en realidad es algo que nunca me había pasado. Mmm, Amanda, tengo que decirte algo y cuanto antes lo haga, mejor —advertí mientras se quejaba más aún la boca de mi estómago—. No sé bien cómo decirlo... Pero..., Carlos no es la persona que crees.

—¿Cómo?

—Eso, Amanda. Que no conoces realmente a Carlos.

—Ah... ¿Y tú sí?

—Bueno... A ver...

Estaba tan nerviosa que me bloqueé, siendo incapaz de contarle cada detalle.

—Amanda, es importante que busques información sobre él —conseguí decir— en Internet.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Hazlo, Amanda. Hazlo, por favor. Busca sobre él.

—Eh..., mira, Carmen. Quería hablar contigo porque estoy preocupada por ti y me saltas con Carlos, no entiendo nada. Es la primera vez que conozco a un hombre que siento que de verdad está comprometido y yo no soy de desconfiar y perseguir de manera obsesiva como hiciste tú con Javier cuando creías que te engañaba con Rosario. Si hay algo que me quieras decir, dímelo claramente.

Cerré los ojos aún con el móvil bien pegado a la oreja. Las mejillas empezaron a humedecerse por un sollozo silencioso que me impidió seguir hablando. Tras varios segundos intentando serenarme para contarle todo, la conversación acabó antes de lo que pretendía.

—Pues si no tienes nada más que decirme, te dejo, Carmen. Tengo cosas que hacer. Ya hablamos. —Colgó.

Sus últimas palabras y el pitido discontinuo del final de la llamada me dejaron aún más rota. La conversación no podía quedar así, pero tampoco podía controlar mi reacción cada vez que intentaba afrontar la situación.

Así que, como por palabra me paralizaba, pensé en mandarle los enlaces de Internet. Pero luego lo descarté, porque pensé que sería muy frío y duro para ella y que las dos merecíamos afrontar esta situación hablando.

Estuve varios minutos dando vueltas en la misma calle del Bar Antonio, donde me había

despedido de Lucía, intentando pensar en alternativas dentro de lo que el caos de mi mente me permitía.

Era un tema que veía conveniente hablar solo con ella, pero me iba a sentir más fuerte, arropada y acompañada si el resto de las niñas estaban delante. Pero, aun así, para hablarlo en persona estando todas también tendría que ser el próximo viernes.

Busqué en la agenda el contacto de Amanda. Marqué de nuevo. Colgué antes de que diese el tono de llamada. Abrí nuestro grupo de WhatsApp. Me salí de la aplicación. Accedí a la agenda de nuevo para llamar a Maca, pero no, Amanda no se podía enterar después que Maca, ni después que ninguna. Si acaso, todas a la vez.

Me dolía la cabeza. Esto ya no podía alargarse más, así que, sin pensarlo demasiado, volví a meterme en WhatsApp e inicié una videollamada grupal.

María, Naza y Maca también estaban deseosas por saber más de mí y me lo cogieron enseguida. Amanda tardó más, pero finalmente se unió.

—Hola, chicas. Antes de que digáis nada, lo siento, Amanda. Antes me he quedado bloqueada para seguir hablando.

—¿Vas a seguir con lo de Carlos? —me preguntó, desviando la mirada hacia otro lado seguido de un suspiro.

—Amanda, escucha...

—Además, siendo de Carlos, ¿por qué tienes que llamar a las demás también? Antes hablando conmigo a solas no eras capaz de ser sincera y decirme de qué lo conoces y, ¿ahora vas a serlo delante de todas?

—A ver, sí... Lo sé. Sé que es mejor hablar solo contigo tratándose de Carlos, pero también es algo relacionado conmigo y necesito contároslo a todas. Estoy en mi derecho, ¿no?

—¿Cómo que lo de Carlos está relacionado contigo? No, no, no. Espero que no me vengas ahora con que lo conoces porque alguna vez te lo has tirado o algo así, lo que me faltaba...

—Niñas, no entiendo nada —intervino la voz dulce de Naza—. Pero, por favor, relajaos. Vamos a hablar las cosas tranquilamente. Además, queda un mes y una semana para la boda. Lo que menos necesito es que ahora os enfadéis entre vosotras.

—Nazaret, lo que pasa aquí es mucho más importante que tu boda —se me escapó de la boca sin ningún tipo de filtro ni miramiento.

—¿Qué hay más importante que la boda de una de tus mejores amigas? —me increpó.

—Perdóname, no quería decir eso, pero es que... —me disculpé.

—Carmen. Al grano —pidió Amanda con tono serio y firme—. ¿Te has tirado a Carlos alguna vez o sabes de alguna conocida que sí lo haya hecho hace poco?

—¡Que no! ¡Que no es eso!

—Pues ya está, Carmen. No necesito saber nada más. Os dejo, que ando ocupada.

—¡Amanda! ¡No! ¡Amanda, por favor! ¡Espera, joder! —supliqué voceando inútilmente a la vez que mi amiga abandonaba la videollamada.

Las niñas permanecieron unos minutos más hablando conmigo, intentando convencerme para que les contase qué estaba pasando. Las puse en contexto de que Carlos no era quien Amanda creía, pero expliqué que no iba a dar más detalles sin que estuviese ella delante.

No la culpaba por no darme espacio y tiempo para explicarme. Ella estaba enamorada, ilusionada por una persona que por fin le había hecho confiar de nuevo en el amor después de varios engaños que la llevaron después a tres años de algunos rollos esporádicos y muchos momentos sola, lejos del compromiso y del riesgo de nuevas decepciones. Y ahora que había dejado entrar otra vez al amor en su vida, quería mantener alejada de su relación cualquier cosa

que pudiera estropearla. Al fin y al cabo, nadie imaginaba ni esperaba la gravedad del asunto.

Los días de la semana pasaron muy lentos y el grupo de WhatsApp estuvo prácticamente inactivo. Amanda no dijo nada durante ese tiempo, ni siquiera contestó sobre las cosas importantes que quedaban por ultimar para la boda. Maca seguía dispersa, manteniendo sus rarezas y sin contar nada de lo que le pasaba, provocando que nos empezáramos a cansar y aburrir del tema. Cada una de nosotras teníamos nuestras propias preocupaciones y no teníamos la cabeza para seguir insistiendo en que se abriera con nosotras. Y en cuanto a mí, estaba que no estaba. Como si mi vida no me perteneciera, como si fuera un sueño o más bien una pesadilla de la cual no sabía cuándo iba a despertar, actuando día tras día por la inercia de la rutina, pero perdida y vacía, como si no tuviera alma.

Como nunca antes había sucedido, los secretos habían invadido nuestro grupo de amigas de toda la vida, permaneciendo ocultos tantos meses que se fueron haciendo cada vez más pesados, como una bola de nieve girando sin parar sobre más nieve y haciéndose cada vez más grande y cargante, arrasando a su paso la confianza que habíamos construido durante tantos años, debilitando nuestra relación.

Las crisis de amistad eran algo que todos sabíamos que existía porque las habíamos vivido alguna vez, pero pocos las identificaban y reconocían como tal. Simplemente pasaban. Como el viento delante de nuestras caras, presente pero invisible, que, sin darnos cuenta, nos removía y enredaba el pelo con nudos difíciles de liberar y permaneciendo y marcándonos algunos de ellos para siempre. Hasta ahora solo habían tenido protagonismo las crisis amorosas y las familiares, poco se hablaba de las de las amigas, que, a veces, al ser la familia elegida, podían ser incluso más duras que cualquier otra.

28. Abrázame y ya está

Viernes 6 de septiembre de 2019.

Los primeros días Naza y María intentaron mantener la normalidad en el grupo, pero debido a la pasividad generalizada, parecieron también haberse cansado. Sin embargo, a media tarde de aquel viernes una notificación en el móvil me avisó de que una de las niñas se había pronunciado.

Naza: Quedan cuatro semanas para el día que se supone que debe ser de los más especiales de mi vida, pero si todo continua así, será todo lo contrario. Sé que hay cosas más importantes que una boda. Así que, por favor, vamos a aclarar todo esto. Os espero en una hora aquí. No me falléis. Os quiero. 18:13

Y seguido a esto, nos mandó una ubicación.

Bajé por la calle La Bola, donde se respiraba el ambiente de feria en pleno apogeo, pasando bajo globos de colores y el arco que cruzaba la calle donde había pintados un hombre y una mujer con redecillas de madroño al más estilo goyesco, rodeados de flores y con el Tajo coronando la pintura. Y ahí mismo me dirigía yo. La ubicación que Naza nos había mandado era la Hoya del Tajo, la llanura a los pies del puente del desfiladero. El mismo sitio donde hacía un año y medio atrás había intentado solucionar los problemas con Javier, pero en el que, por el contrario, lejos de solucionarlo, él acabó pidiéndome un tiempo. Esperaba que aquella vez nosotras no corriésemos la misma mala suerte.

Me encontré con Maca mientras bajaba el camino lleno de flores campestres y almendros aún sin flor que nos terminaría llevando a nuestro destino. Al llegar abajo, a pesar de su belleza, el Puente Nuevo con sus arcos de medio punto no fue el protagonista de la escena esta vez. Naza nos estaba esperando en el centro de la explanada junto a María, Amanda y Pablo. No esperaba verlo, pero, aunque muchas veces hacíamos planes sin él, tenía que aceptar que era uno más, que seguía preocupado por mí y que merecía ya por fin saber todo lo que estaba pasando.

Nos saludamos sin besos, solo con miradas cortas y simples *holas* cohibidos. Nunca había sido mi intención que todo esto nos afectara tanto, y, a pesar de que transitaba un proceso largo y duro en el que tenía que respetar mis tiempos, también me sentía mal por no haberme abierto antes con mi gente de confianza y que finalmente todo hubiera debilitado nuestra relación. Estos pensamientos me hicieron priorizar, enfrentándome a la barrera que hasta ahora me había impedido contar lo que me sucedía, debilitándola un poco. Lo que no desaparecía era la inquietud de no querer que sintieran pena por mí. Para sentirme fuerte, aquello era lo que menos necesitaba. Sara me explicó que cuando el amor tocaba el dolor de otra persona, se trataba de compasión, no de pena ni lástima. Y, pensándolo detenidamente, sabía que ellos iban a darme todo su cariño. Aunque no debía olvidar que mi dolor también iba a afectar directamente a Amanda, que lo que se le venía encima no se quedaba atrás.

Nos sentamos en círculo sobre las toallas que había traído Nazaret, dejando que el atardecer empezara a caer a nuestras espaldas. Nuestras miradas se cruzaban entre unos y otros, sin atrevernos ninguno a romper el hielo hasta que Maca decidió comenzar, aliviando la tensión que

se respiraba.

—Sé que llevo un tiempo rara. Estoy un poco perdida, haciendo gilipolleces para no pensar... porque no me acepto.

—¿Cómo que no te aceptas? ¡Si tú eres la que siempre tiene la autoestima por las nubes! —clamó María.

—Pues ya ves... Ahora no. Me he emparanoiado con que Juanma se cansaría de mí y que era mejor que cada uno fuera por su lado cuanto antes para que pudiera conocer a otra persona que le hiciera más feliz.

Al principio no entendíamos nada, intercambiando miradas entrecerradas de confusión, hasta que nos reveló que hacía unos meses le habían diagnosticado endometriosis. Aunque era una enfermedad propia de las mujeres, no teníamos ni idea de qué se trataba, pero igualmente nuestros cuerpos se encogieron ante la idea de que una de nosotras tuviera un problema de salud. El día a día nos hacía olvidar que este tipo de complicaciones no eran cosas que solo pasaban a otros.

Nos contó que hacía unos meses había empezado a tener más dolor del habitual durante las reglas y que, poco después, las relaciones sexuales e incluso el orinar se habían convertido en un calvario, dándole finalmente aquel diagnóstico. Nos explicó que el tejido endometrial le crecía fuera del útero, provocándole inflamación, y que no se tenía clara la causa de esta enfermedad por lo que, en principio, solo había tratamiento para sobrellevar los síntomas.

—Pero lo que más me afecta de todo esto es que perjudica a mi fertilidad. Hasta hace poco no me había planteado en serio si quería ser madre o no, pero desde que Juanma me dijo que le gustaría vivir conmigo y hablamos sobre el futuro, no he parado de darle vueltas. Me dijo que ser padre era una decisión que le gustaría llevar adelante más pronto que tarde. Y no sabéis lo triste que estoy... Seguramente no pueda cumplir las expectativas de Juanma con normalidad. Ahora me gusto menos, he dejado de disfrutar del sexo como lo hacía antes, puede que tenga muchos problemas para ser madre, me siento menos mujer... —Se secó las lágrimas con el dorso de la mano—. Hasta he llegado a pensar que mi vida en pareja así no tiene tanto sentido.

—¿Por eso lo has dejado con él? —preguntó Naza agarrándole la mano.

Maca asintió con la cabeza entre pucheros.

—¡Pero bueno, Maca! ¡No me puedo creer que todo haya venido por esto! —intervino Amanda—. Sabes que hoy en día hay mil opciones para quedarse embarazada si hay problemas de este tipo y ¡que la vida en pareja es mucho más que eso! Lo importante es que poco a poco vayas mejor con los dolores. Conociendo a Juanma, ¡seguro que te apoya!

—¿Ves? Por eso no os he contado nada... Sé que hay cosas más graves, sé que hay opciones..., pero no es tan fácil y tener estos dolores es una puta mierda. Para mí lo es, ¿vale?

—Llevas razón, amiga —rectificó Amanda levantándose para estrecharla—. Perdóname... Es una putada, sí.

—Cari, si es que no hace falta que me expliques ni me digas nada. Abrázame y ya está —dijo Maca buscando el contacto con Amanda.

Inmediatamente nos levantamos los demás para darle un abrazo colectivo. Aunque el momento de ternura se truncó sutilmente para el resto, y de forma muy evidente para mí, cuando Amanda evitó abrazar a Maca cerca de mí, cambiándose de lado con descaro.

—Carmen, ahora cuéntanos tú, por favor —me rogó Pablo.

29. Sonreír con los labios y llorar con el alma

Cerré los ojos y los puños, apretándolos fuerte para que mi mente se contagiara de la fuerza que mi cuerpo físico ejercía.

El estómago me pellizcaba por dentro cada vez con más intensidad, como si estuviera al borde de un precipicio a punto de saltar. Ya no había excusas ni tampoco otra salida. Tenía que hablar, no solo por mí, sino también por Amanda. Este pensamiento me impulsó. A veces el ser humano tenía que enfrentarse a situaciones en las que era necesario dejar a un lado el deseo o la zona de confort. Porque, aunque normalmente no sería conveniente olvidarnos de nuestro propio bien, la defensa de nuestros valores siempre tendría que estar por encima de nosotros mismos. Para que, al menos en lo que esté en nuestra mano, nuestro entorno sea un lugar un poco más amable. Aunque para ello hubiese que renunciar a nuestras preferencias, a nuestra comodidad, al bien individual, a algunos placeres o ayudas... «Ya está. No pienses más. Salta. Hazlo. Dilo».

—En una de las sesiones con Sara empecé a recordar que un hombre abusó de mí cuando era pequeña —desvelé directamente, con los ojos todavía cerrados e intentando aplastar con los párpados el recuerdo de los genitales de Carlos rozando mi entrepierna aún infantil y la presión que aplicaba sobre mí para que la fricción fuera más intensa.

—¿¡Cómo!? —gritaron varias niñas al unísono.

Como si me hubiesen dado cuerda y queriendo terminar cuanto antes, expliqué lo que Sara me aclaró en su momento: que mi cerebro desconectó mi parte racional con este tema porque no sabía cómo afrontarlo, quedando aparentemente en el olvido. Era un mecanismo de protección más común de lo que pensábamos para hacer frente a situaciones que no sabíamos gestionar, evitando así el sufrimiento. Pero eso no significaba que nunca se fuera a desbloquear ese recuerdo de nuevo y que no me fuera a dejar secuelas.

La memoria era selectiva, pero, aun así, las heridas quedaban igualmente pendientes de curar y no recordarlo no eliminaría el efecto negativo en nosotros; porque se quedarían vagando en nuestra mente en el sitio equivocado. Y aún tenía mucho trabajo por delante para reubicar en mi cabeza este suceso.

Pablo, con los ojos inundados en lágrimas a punto de resbalarle por las mejillas, se sentó a mi lado y me agarró la mano con fuerza, entrelazando los dedos con los míos mientras la llevaba a su boca para llenármela de besos.

—Siento no haberlo contado antes —me disculpé mirándole a los ojos—, pero no estaba preparada. Ya me costó un mundo abrirme con Sara.

—No te preocupes, lo entendemos...

—¿Y cómo te sientes ahora? —quiso saber María.

—En verdad, mal..., porque hay algo más. Amanda, lo siento mucho. —Bajé la mirada y le acerqué la foto donde aparecía Carlos con su padre y mis abuelos—. Lo siento, de verdad. El viernes pasado cuando le vi, empecé a recordar todo mejor. Fue él. Su padre y él eran amigos de la familia.

Mi amiga observó con detenimiento la foto que ahora tenía entre los dedos.

—No, no, no. No, Carmen. —Levantó la mirada hacia mí, cada vez más húmeda, para negarlo también con la cabeza—. No, no, no, no. No es cierto.

—De verdad que lo siento, Amanda —volví a disculparme con un hilo de voz ahogado en

llanto—. Y... hay más. Es muy duro, pero tienes que saberlo. —Le entregué también mi móvil con la noticia que habíamos encontrado mi madre y yo una semana atrás.

—No, no, no. No puede ser —continuó oponiéndose mi amiga al leer el titular de la noticia, donde aparecía también la foto de Carlos.

Amanda se giró con la boca abierta y desencajada, buscando mi mirada y descargando un sollozo agudo que retumbó entre el muro rocoso gigante y los arcos del puente del Tajo que elevaban la ciudad. Sus ojos empapados de lágrimas conectaron con los míos, clavándose en mi memoria para siempre. Incliné la cabeza y extendió los brazos para que las dos contáramos con el hombro de la otra para descargar nuestro dolor. Ya no era necesario fingir una falsa normalidad cuando por dentro estábamos rotas. Por mucho que creyéramos que esta mierda no nos pertenecía, habíamos empezado a asimilarla y digerirla con el apoyo y la fuerza de los brazos de nuestros amigos, que se unieron para fusionarnos de nuevo como si fuésemos uno, demostrándonos que ni Maca, ni Amanda ni yo estábamos solas.

El miedo hacía que calláramos y arrastráramos un pasado que dolía demasiado, que nos avergonzaba, que no merecíamos..., pero solo había dos opciones. Dejar que el pasado o el presente nos paralizaran o levantar la mirada, dar un paso al frente y buscar la manera de convertirlo en motor, como había hecho Lucía Castro, dejando de estar oculta bajo su trauma para intentar ayudar a personas que habíamos vivido situaciones similares a la suya.

Si me paraba a pensar en cada una de las vidas de mi gente, todas habían sido o eran amargas en muchas ocasiones. Y cuando parecían lo contrario, era porque solo se trataba de una racha buena o porque las habíamos disfrazado de vida ordinaria. Solo podíamos aceptar, caminar entre la mierda que nos había tocado y buscar la compañía que nos ayudara a ventilarla un poco. Al fin y al cabo, la vida eran procesos continuos que transitar hasta el fin de nuestros días, como los niveles o las pantallas de un videojuego en el que la paciencia y la práctica eran clave.

Ninguno queríamos romper el contacto físico de ese abrazo que aún manteníamos con firmeza, produciéndose una mezcla de lágrimas entre los rostros de unos y otros, como si fuera una poción mágica que nos hacía sentir más protegidos de la crueldad que a veces descargaba la vida. Nos quedó bien claro que fingir que todo estaba bien frente a los nuestros era un error. Entre nosotros no se podía volver a repetir eso de sonreír con los labios, pero llorar con el alma.

—Se me ha quedado el cuerpo cortado después de todo esto, pero tengo una sorpresa para vosotros y creo que puede venirnos bien —nos dijo Naza mientras llamaba a alguien por móvil—. Sí, vente ya. Un besito.

A los pocos minutos apareció tío Pacorro, el tío de Naza, acompañado de sus seis caballos. Habían pasado años desde que vimos por última vez a esas preciosidades marrones y negras brillantes, pero hicieron falta pocas indicaciones para recordar cómo debíamos montarlos.

Dimos un paseo corto y silencioso pero reparador, asentándose nuestras nuevas emociones y sensaciones y despidiéndonos del sol cada vez más escondido entre los pinsapos que abundaban a los pies de Ronda, la mundialmente conocida como la ciudad del Tajo, donde reinaba el puente con arcos de medio punto que unía el casco antiguo y el moderno sobre una garganta rocosa por donde pasaba el río Guadalevín.

Era también, para mí, la ciudad de las despedidas, donde cada domingo me separaba de personas a las que quería, pero también el lugar de encuentro en el que cada viernes volvía a sentirme más completa. Ronda era vida, cuyo ambiente te arrastraba a la calle; y ciudad testigo de la invasión musulmana que nos dejó reliquias de valor incalculable que, tras la reconquista, se mantuvieron y se remodelaron para adecuarse a la nueva vida en la península, manteniendo su esencia junto a las casas blancas, las persianas de esparto y los naranjos de las calles que

iluminaban más nuestros días.

Esa era mi ciudad, la que nos había visto crecer y cada año madurar un poco más.

Ronda, donde al menos yo sentía que las penas eran menos penas y donde dando un paseo, observando su belleza, recuperaba las ganas de superarme y volver a empezar.

30. No se trata de cambiar el mundo

Aunque me sentía más liviana, aquella era una de las cosas que no se superaban, sino con las que se aprendía a vivir. Pero no podía evitar que ese recuerdo me apagara y me llevara a mi lado más oscuro, dejándome sin ánimo, sin energía y apática.

—Teniendo en cuenta esto, tiene que haber algo más que te lleve a tu lado más luminoso. Piensa, ¿qué otras cosas te llenan? —me preguntó Sara sonriéndome sutilmente.

La única respuesta siempre era bailar. No veía más allá. Era mi forma de expresarme sin usar la palabra, fusionándome con la vida, aceptándola tal y como era durante los minutos que durase la canción y equilibrando mi mundo interior y exterior; era mi manera de encontrar mi propia paz, independientemente de lo que sucediese fuera.

Lo que llevábamos de año había sido horrible, pero si aquel curso hubiera salido adelante mi grupo de baile, todo ese malestar se hubiera visto amortiguado. Y aunque pronto empezaría a dar algunas clases, las horas que me iban a mantener ocupada en mi guarida favorita me iban a saber a poco. Tenía que pensar en algo más.

—Se me ocurre ofrecermelo como costurera, también en los Coros y Danzas —terminé diciendo después de varios minutos de reflexión—. Tía Manuela me enseñó a coser bastante bien, me gusta y sé que necesitan una ayuda con los trajes. Y si además puedo sacarme un dinerillo extra..., ¡eso que me llevo!

—Está fenomenal. Pero, decidas lo que decidas y el tiempo que quieras dedicarle, que sea exclusivamente por tu bienestar sin llegar a convertirlo en ruido, ¿eh? Además, ya sabes que se nos va la cabeza muchas veces con el dinero, pero con lo que realmente pagamos las cosas no es con eso, sino con el tiempo que empleamos en trabajar para ganarlo.

Haciendo balance de todo lo aprendido esos meses con Sara, tenía que destacar que normalmente las personas que habían sufrido abusos teníamos algunos elementos comunes en nuestra personalidad y patrones de conducta similares que me hicieron entender muchas cosas sobre mí misma y sobre mis decisiones o formas de actuar en el pasado. Con más probabilidad, seríamos personas a las que nos costaba confiar en nosotros mismos, en nuestro entorno o incluso en el mundo en general. También podíamos experimentar sentimientos de ansiedad y tener problemas de autoestima, lo que afectaba a nuestras relaciones y nos llevaba a mantener sin sentido una relación abusiva o poco saludable, como me pasó con Javier.

Para aprender a vivir con ello aún necesitaba seguir ahondando en lo sucedido. El objetivo era recuperar el control de los pensamientos y emociones, sanar las heridas para vivir el presente que merecía y no volver a enterrarlo, pero sí colocarlo en el lugar correcto para que doliese menos. Sin olvidar el volver a confiar; porque no solo me atormentaba el suceso en sí, sino que lo sucedido fuese causado por alguien del entorno, alguien en quien, en principio, mi familia confiaba.

También había aprendido a no confundir la humildad con infravalorarme, a invertir de vez en cuando un poquito de tiempo en mí misma para conocerme, mejorarme, y pensar un poco menos en cómo quería que me viesen. A sentir desasosiego y rabia en mi cuerpo, aceptándolos como una parte más de la naturaleza humana; y a decir «no» si así lo sentía o si no era el momento adecuado para mí, como llevaba haciendo con Pablo estos meses atrás y como hice con Javier cuando nos reencontramos.

Y, por último, aprendí que, en la vida, primero nos enfrentaríamos a las dificultades que nos llevarían a cubrir nuestras necesidades básicas, pero luego, tarde o temprano nos perderíamos; los motivos podían ser infinitos y, por ello, nos veríamos las caras con un laberinto aparentemente sin salida o con un vacío existencial, como le pasó también a Maca. Necesitábamos apartar de nuestras vidas todo el contenido para llenarla principalmente de sentido, buscando la razón y la manera con la que dar lo mejor de nosotros y con la que sentir que podríamos ayudar y dejar una huella en algo o alguien, a pesar de nuestros problemas, haciéndonos sentir muchísimo mejor. Tampoco hacía falta ir muy lejos o hacer cosas increíbles. La salida y la respuesta, para mí, no era intentar cambiar el mundo, sino mejorar en la medida de lo posible nuestro entorno sin olvidarnos de nosotros.

En definitiva, había crecido, había madurado de verdad. Al no ser la misma, ya no miraría a la vida con los mismos ojos. Y eso haría que mis decisiones, de aquí en adelante, fuesen diferentes.

31. Entre el recuerdo y el olvido

Sábado 5 de octubre de 2019, finca del tío Pacorro.

—Venga, *quilla*, que vamos muy justas ya.

—Ay, coño, no me metáis bulla, que me caigo con estos andamios —dijo Maca, siendo la última en bajar del taxi y tambaleándose sobre los tacones.

Había sido todo un reto encontrar una chaqueta que me pegara con el vestido, pero el día se presentaba fresquito, así que también fue todo un acierto no hacer caso a Amanda en su idea de no ponérmela para lucir mejor el vestido largo de manga larga agarrada a las muñecas granate, que siempre había sido mi color favorito. Esa vez me atreví a llevarlo con un estampado floral beis. Nos remangamos los bajos de los vestidos para subir las escaleras decoradas con girasoles en macetas de mimbre hasta llegar a la puerta, donde un lienzo sobre un caballete nos daba la bienvenida junto a varias ruedas de carruaje antiguo.

Me sentía bien, renovada; como si la llegada del otoño me hubiera hecho florecer reflejándose no solo en mi vestimenta, sino también en mi sonrisa constante y en la atención plena en cada momento, al no dejarme llevar como antes por mis pensamientos.

Tío Pacorro nos abrió la puerta peatonal de su finca con la mirada iluminada y viva que transmitía felicidad y orgullo por ser su hogar, grande, pero muy humilde, el lugar elegido para la boda de su sobrina.

Un camino de troncos de árbol cortados con velas blancas encima nos condujo adonde se celebraría la ceremonia, que, como era común en los últimos tiempos, sería una simulación porque la unión oficial había sido el día anterior en el juzgado.

Iba a ser una boda íntima y sencilla con los familiares y amigos más cercanos, sin invitaciones por compromiso y sin detalles ostentosos. Nada de eso era necesario para celebrar el amor y vivir un día especial y único con ilusión. Esta se palpaba en el ambiente y se manifestaba en las sonrisas, en los besos y en las conversaciones alegres que surgían entre todos los invitados que ya estábamos allí.

Nos sentamos según lo acordado con Naza y Ana. Junto a Pablo y cerca de la estructura de madera donde colgaban unas sábanas blancas, con el suelo decorado con piñas y hojas naturales que el propio viento de los días anteriores había dejado caer de los árboles.

El primo de Naza, que tocaba desde pequeño el violonchelo en el Conservatorio Profesional de Música de Ronda, empezó a tocar el instrumento, compartiendo con todos los asistentes una melodía que, en directo, se hacía más armoniosa y emotiva. La música dio entrada a Naza y a Ana a la vez, sin que ninguna tuviera que esperar a la otra, montadas cada una a caballo y sin acompañantes, como muestra de que solo necesitaban la compañía la una de la otra para ir al altar.

Las dos iban con vestidos blancos de manga larga, pero cada una con detalles diferentes, siendo fieles a sus estilos. El de Ana liso con cuello redondo y el de Nazaret con mangas de campana y bordados en relieve, pareciendo una princesa de Oriente Medio. Aunque lo que mejor les quedaba era el brillo de los ojos.

La ceremonia prosiguió con unas palabras emotivas de varios familiares y nuestras, donde nos turnamos para leer unas cuantas frases cada uno.

«...Esperamos que sigáis eligiéndoos cada día; comprometiéndoos como habéis hecho hasta ahora; creciendo como personas independientes y como equipo, pero, como decís siempre, sin falsas expectativas. Porque la clave de vuestro amor siempre ha sido la verdad, la pureza y las ganas de fortalecer vuestros lazos a pesar de las dificultades trabajándolo, sin dejarlo a la suerte.

Gracias, Nazaret, por ser punto de unión de todos nosotros y ser un ejemplo de valentía, dándote la oportunidad de vivir las experiencias que la vida está deseando ofrecerte.

Y gracias, Ana, por haber sido capaz de ver y apreciar el tesoro que tienes al lado».

Mientras el violonchelo seguía regalándonos notas que nos removían por dentro haciendo caer algunas lágrimas, las dos novias intercambiaron sus anillos, leyeron los votos y finalizaron la ceremonia plantando un olivo en una maceta, sin importarles que la tierra les manchara las manos y la manicura, representando así su amor, con la esperanza de que ese pequeño árbol creciera fuerte y con una vida larga.

Junto a la zona de la ceremonia, frente al establo del tío Pacorro, había una carpa blanca donde se encontraba la única mesa para comer, presidida por las novias y lo suficientemente larga para que entráramos todos juntos, sin necesidad de separarnos en otras diferentes. Había aperitivos variados y cuencos de ensaladas otoñales con castañas, calabazas, mandarinas y frutos secos. No hubo cóctel previo, ni secreto ibérico ni lubina y tampoco sorbetes, pero sí una buena barbacoa de carne y verduras que se encargaron de hacer sobre la marcha unos amigos del tío Pacorro, a cambio de comer y disfrutar de la boda también.

Tenía enfrente a Amanda, que durante la comida me dedicaba sonrisas tímidas, pero con mirada triste, y a mi lado a Pablo, que, aunque él actuaba con naturalidad, me provocaba una corriente eléctrica en ese lado de mi cuerpo, avisándome de que al menos por mi parte había asuntos pendientes que resolver.

—¿Cómo lo haces, Carmen? —me dijo Amanda cuando la gente empezó a dispersarse hacia la zona de baile.

—¿El qué?

—No pensar.

—Es inevitable pensar. —La miré negando sutilmente con la cabeza—. Pero con tiempo y la ayuda de Sara voy espaciando esos pensamientos. Y cuando me atropellan, cierro los ojos con fuerza e intento repetirme una y otra vez, como un mantra, que los recuerdos deben darme alas, no cadenas, para que, en vez de hundirme, me autoconvenza de que me van a dar coraje para fortalecerme.

—Qué fácil es la teoría siempre. Voy a tener que pedirte el número de Sara.

—Cuando quieras. Oye, no hemos querido agobiarte con esto, pero ¿sabes algo de Carlos?

—Pff, bueno... Le pasé la noticia y ni me contestó. Le reclamé una respuesta, sin decirle nada sobre ti, pero parece que me ha bloqueado y yo ya he borrado su número. Me lo sé de memoria, pero espero no recordarlo más pronto que tarde. Así ha terminado lo nuestro. Por lo que he investigado, la acusación de esa noticia se fue diluyendo y llegaron a un acuerdo con la chica, pero, aun así, estuvo veinticuatro meses en la cárcel. ¡Ha estado en la cárcel! ¡Y cinco años en libertad vigilada! Y sí, fue policía. ¡Pero lo inhabilitaron! Y yo creyendo que estaba empezando a conocerlo bien...

Aunque yo aún no conocía las opciones legales respecto a mi caso, al menos iba sintiéndome con fuerzas de nuevo, pero Amanda en esos momentos estaba más desorientada y aún necesitaba encontrar el equilibrio entre el recuerdo y el olvido. Porque olvidar era un imposible y solo

recordar la destrozaba. Aun así, aceptar y convivir con lo que nos atormentara nos ayudaría poco a poco a no tenerlo tan presente.

—¿Te has parado a pensar que cuando volvamos a conocer a alguien, a lo mejor ya tiene hijos de anteriores relaciones? —me preguntó Amanda recobrando un poco su tono vivaracho de siempre.

—¿Sí? ¿Tú crees? ¿A tanto hemos llegado ya?

—Hombre, tú verás... Mira, un tercio de nuestros antiguos compañeros del instituto ya se han casado, que los *fichoteo* a todos por Instagram. Y algunos están empezando a tener hijos, así que...

—Hum... Pues sí, puede ser —reconocí con la mirada perdida y rascándome la barbilla.

—Qué mala suerte he tenido otra vez, joder... —se lamentó Amanda volviendo a apagar la voz.

—¡Oye, oye! ¡Ahora no es momento de dramas, eh! Vamos, que ya he conseguido animar a Maca también —dijo Naza apareciendo a nuestro lado para agarrarnos del brazo y obligarnos a ir a bailar—. Vuestra compañía somos nosotras y dudo mucho que alguien nos supere.

—Eso es verdad —admitió Amanda.

32. El secreto de las canciones de amor

Había empezado a llegar más gente a la finca. Familiares lejanos y amigos de amigos que entendían no estar invitados a la ceremonia ni a la comida por pura practicidad y por el tipo de boda que era, pero sí a la fiesta. Entre ellos, Leo, ya que aún no había nada definido con María; que, por cierto, por primera vez en años, nuestra amiga se había quitado el medio moñete y se había alisado la media melena. También habían llegado mi madre y Francisco Antonio José Juan, que se encontraban hablando con Pablo mientras tomaban unos botellines de Cerveza Artesanal Rondeña.

—Y tú ¿a qué te dedicas, Francisco? Si me permites llamarte solo Francisco... —preguntó Pablo.

—Zí, hombre, zí. Llámame como *quiera*'. Po' mira, mozo, yo lo que hago e' cuidar a las bestias en el campo —contó mientras se colocaba la boina.

—¡Anda! Entonces eres ganadero.

—Zí, *azí* ze llama, zí.

Poco a poco se fue animando el ambiente. María y Leo dejaron de besarse constantemente para unirse al grupo y bailar todos juntos. Mi madre, más que bailar, intentaba que Francisco Antonio José Juan no la pisara, pero no parecía importarle demasiado, porque no paraba de mirarlo a los ojos y reír. Y las novias iban dándolo todo con cada una de las canciones, algunas antiguas, otras comerciales más actuales y otras versionadas en flamenco, turnándose con los distintos grupos de gente para disfrutar de todos los invitados.

—Bueno, ejem... —interrumpió Pablo con un micrófono en la mano, subido a la plataforma pequeña donde se encontraba el altavoz—. Quiero hacer un regalo especial a las novias y a mis amigas. Poneos delante, por favor.

Tío Pacorro subió a la plataforma el cajón flamenco de Pablo y un artilugio tapado con una sábana blanca que posteriormente nuestro amigo destapó, dejando al descubierto un espejo rectangular con marco de plata envejecido donde todas, ya en primera fila y algo apretujadas, veíamos nuestro reflejo.

—Un sabio dijo una vez que las letras de las canciones de amor guardan un secreto que pocas personas saben —relató, clavando los ojos verdes en nosotras—. Espero que esta tarde todos los que estáis aquí, en especial ellas, mis niñas, descubráis a qué se refería aquel sabio.

Sus manos empezaron a golpear el cajón con ritmo, brotando de los dedos y la madera la base de la canción que empezamos a identificar tras escuchar los primeros versos, con la voz rasgada que caracterizaba a Pablo al cantar y que tan bien empastaba con el tema que había elegido.

*Y ahora quiero ser tu espejo
para ser el primero cada día.
Y ahora quiero ser tu anhelo
para no ser más un alma perdida.
Quiero ser tu voz, por sentir tu risa.
Quiero ser el aire que respiras.
Quiero ser carmín pa' vestir sonrisas,
quiero ser un día de tu vida.*

Juntas, una al lado de la otra, cantando en voz baja la canción y viéndonos los rostros frente al espejo, descubrimos el secreto del que hablaba Pablo: que habíamos dado por hecho que las letras de las canciones de amor habían sido escritas pensando en otras personas, pero muchas de ellas realmente habían sido creadas para dedicárnoslas y cantárnoslas a nosotros mismos.

Desde entonces, para nosotras, el significado de las canciones de amor cambió para siempre.

33. Te prefiero

—Chochis..., se me ha ocurrido una idea —gritó Maca.

—¿El qué?

—¡Que se me ha ocurrido una idea! —volvió a gritar para que el volumen de la música no nos impidiera escucharla.

—Ya, ya. Si te hemos oído. Pero, que qué idea —pregunté de nuevo.

—¡Ah, coño! Pues... He pensado... que después de lo que me está pasando con la endometriosis, Juanma y eso..., creo que me va a hacer bien dedicar algo de tiempo a algo que me guste y, a su vez, me haga sentir que ayudo a alguien de alguna manera. Se me ha ocurrido dar mis servicios de estética a domicilios y residencias, a personas mayores o que no tengan facilidad de salir de casa.

—¡Guau! ¡Es una idea estupenda, Maca! —clamó Amanda dando una calada a lo que tenía entre los dedos.

—Jesús bendito, Amanda. Pensé que ya habías dejado los porros. ¡Cualquiera diría que eres abogada!

—Nena, por eso mismo. Cuando conoces bien las leyes, es cuando disfrutas más de ellas. No hay problema por comprar cannabis en sitios autorizados y fumar en casa o clubes privados. ¿Quieres probarlo? —preguntó Amanda a Naza, acercándose rápido a ella para hacerla de rabiar.

—¡Ay, no! ¡Quita, quita!

De pronto, cuando empezó a sonar la siguiente canción, una pareja empezó a bailar bachata en medio de la multitud con una profesionalidad y un dominio de cada paso que provocó que la gente se apartara para verlos. Los demás estábamos embobados, incluso yo, al ser una disciplina que no controlaba, dándonos vergüenza seguir bailando y dejándonos fuera de juego.

—Ante esto, yo lo único que puedo hacer e' comer —dijo Francisco Antonio José Juan, acercándose a nosotros con un donut en la mano.

—¡Buenas noches a todos! —dijeron los dos bailarines a la vez frente al micrófono, paralizando la coreografía.

—No es nuestra intención que dejéis de bailar, sino presentaros uno de los regalos de las novias para todos vosotros —continuó la mujer.

—Sí, sí. Como lo estáis escuchando —dijo su acompañante—. Queremos que todos volváis a la zona de baile porque durante la siguiente hora os vamos a enseñar los pasos básicos de los ritmos latinos para que, a partir de ahora, podáis disfrutar más aún de esta boda tan maravillosa y de los eventos que podáis tener en el futuro.

—¡No me lo puedo creer! ¡Es una idea buenísima! —exclamé boquiabierta y alzando las cejas.

No supe si en ese rato ganaron las risas o los pasos aprendidos. Pero, de una forma u otra, al terminar esa clase de baile sorpresa e intuyendo que la fiesta no se alargaría muchas horas más, no podía volver a casa con lo que aún guardaba dentro de mí y que tantas veces me había repetido y aprendido en los últimos días.

—Hola a todos —dije encima de la plataforma, colocándome el vestido de estampado de flores, todavía sorprendida por llevarlo puesto y más aún por atreverme a hablar en público—. Antes de que acabe este día tan especial, quería compartir un cuento con todos —carraspeé—.

Había una vez, una chica que creía que querer era entregarse completamente a otra persona. Sintió ansiedad por el miedo a perder a su pareja, se olvidó de ella misma... Hasta que un día, cansada y agotada de su forma de querer, se dio cuenta de que ese concepto que tenía del amor no tenía sentido. Porque todas las personas, independientemente de la etapa que vivieran y por muy bien que se sintieran, siempre iban a ser personas inacabadas, menos evolucionadas de lo que podrían ser al día siguiente. Por eso supo que el amor no era lo que creía, sino la oportunidad de seguir madurando, creciendo y forjándonos a nosotros mismos, pero con compañía.

»Esta chica se cruzó un día con un viejo amigo que decía estar enamorado de ella. Pero ella creía no sentir lo mismo porque, acostumbrada a tantos vaivenes e intensidad en su relación anterior, confundió el amor bueno con no querer lo suficiente. Lo fácil y lo sano se le hacía raro. Hasta que la propia vida le enseñó que, en realidad, las cosas eran fáciles y que éramos nosotros mismos quienes las complicábamos.

»También se dio cuenta de que no quedaba otra que confiar de nuevo, porque si habíamos venido a algo a este mundo era a sentir, a aprender y a querer, aun sabiendo los riesgos. Solo que tendría que fijarse bien en con quién merecía la pena arriesgarse. Sin buscar un «para siempre», quitándose la intoxicación de pasado y de futuro.

»Pero esta chica tenía otro problema. Y es que, además, un conflicto personal no le permitía avanzar de nuevo en el amor. A pesar de ello, ese amigo le demostró día tras día que estaba ahí y que, aunque no fuera posible algo entre ellos, seguiría contando con su amistad. Pablo... —Le busqué con la mirada y no separé mi vista de la suya, como si el contacto visual fuera una ventosa que no había forma de despegar—. No sé si hago bien en decir esto delante de tanta gente ni si sigues sintiendo lo mismo. Si no es así, no pasa nada, lo entenderé. La vida es no saber y, aun así, actuar igualmente. Así que, sea como fuere, quiero darte las gracias delante de todos por estar siempre ahí y recogerme y sostenerme la otra noche. Sabes que aún tengo heridas que curar, pero, a pesar de todo, ahora sé que, aunque sea como amiga, sí tengo mucho que ofrecerte; todo mi presente. Porque lo que me pasa contigo, Pablo, no te lo tomes a mal, es que no te necesito, pero sí te prefiero.

Antes de que terminara la última frase, Pablo, con las mangas de la camisa blanca remangadas y ya sin la americana verde oscura, se encaminó a paso rápido hacia mí. Frente a frente, encima de aquella plataforma minúscula, nos miramos unos segundos intentando adivinar sin hablar cuál era el siguiente paso que el otro quería dar, hasta que intuimos una respuesta. Sin aguantar más y rodeados de aplausos y silbidos, Pablo se pegó a mí para agarrarme la cintura baja y le sujeté la cara con suavidad para probar sus labios, esta vez dándole un beso delicado, sincero y, sobre todo, sin dudas.

—Pablo, te he hecho daño sin querer, pero queriéndote. Lo siento... —le susurré al oído.

—Tranquila. Está todo bien.

Me acarició la mejilla con el dorso de la mano y me dio un beso en la frente.

—Si ya lo digo yo siempre, ¡que el amigo llega al higo!

—Maca, ¡por Dios! —increpó Naza dándole un codazo.

—Déjala, si ya sabéis cómo es —defendió Juanma a Maca, llegando por sorpresa a la fiesta—. Lo que quiere decir es que es mentira el mito de que no puede haber amistad entre un hombre y una mujer, pero que sí hay riesgo a enamorarse.

—¡Juanma! —gritó Maca lanzándose a sus brazos—. Eso, eso. Eso quería decir. Dilo como quieras, pero ven aquí que ya no te voy a soltar en la vida —advirtió apretándole los mofletes con las dos manos.

—Me parece bien, ¡pero una cosa te voy a decir! —avisó Juanma con el dedo índice

levantado, dejando libre la cadera voluminosa de Maca—. La vida da muchas vueltas y, aun así, yo quiero estar contigo. Así que, que sea la última vez que decides por mí, ¡eh!

Mirándose a los ojos fijamente, se estrecharon las manos cerrando el trato y se unieron en un abrazo que se convirtió en un baile pegados.

Pablo y yo bajamos de la plataforma para unirnos a los demás y así seguir bailando con los nuestros, sin filtro y sin vergüenza, yo con la boina de Francisco Antonio José Juan puesta.

*Baila, morena, que esto se acaba,
Brillan estrellas y es por ti...*

—Una cosa... ¿Al final encontraste el otro pendiente? —le pregunté a Pablo.

—¿El qué?

—Sí, los pendientes que me regalaste. Cuando los tiré a los pies del Tajo fuiste a recogerlos y encontraste solo uno. ¿Del otro no hay ni rastro?

—¡Ah! No. Ya lo he dado por perdido...

—Anda que no van a dar de qué hablar los pendientes de las narices... Se van a convertir en leyenda —dijo Amanda—. Y quien encuentre bajo el Tajo el pendiente en forma de abanico con la palabra «esencia» grabada, se dice que mantendrá su verdadera esencia por siempre jamás.

—Uy, lo puedo incluir en los discursos de los *tours* para los guiris —bromeó Pablo.

—Bueenooo, para que habré dicho nada...

—Pues hay tanta historia y significado en esos pendientes que, si lo encontrase yo, me lo guardaría como amuleto de verdad —admitió María sin soltar a Leo del cuello.

—¡Oye! Cambiando de tema. ¡Nos tenemos que hacer una foto vestidas de gala en la que se vea nuestra locura de la despedida! —dije a las niñas.

—¿Qué locura hicisteis en la despedida? —preguntó Leo.

—Uf, si yo te contara... Pero bueno, Carmen se refiere a esto —explicó María enseñando el antebrazo.

Fuimos al *photocall*, un espacio frente a la fachada blanca de la casa decorado con fardos de paja, dos sillas antiguas pero cuidadas y tapizadas en color crema y una mesa de madera con fotos de los familiares y amigos de las novias que ya no estaban entre nosotros.

Y allí, colocándonos las cinco en fila, mostramos los antebrazos con una línea fina de tinta bajo la piel donde podríamos leer para siempre la frase que nos vendría bien recordar cada vez que estuviéramos atrapadas en el pasado, entre lo que éramos y lo que esperaban de nosotras o entre el miedo y la incertidumbre:

«Me debo mi libertad».

Epílogo

Miré atrás. Con una gran sonrisa, me quedé observando entre el bullicio a mis amigas, a mi madre, a Francisco Antonio José Juan, a Ana, a Leo, a Juanma, a Pablo... Y ya no necesité dejar por escrito nada más sobre lo que pasó después. Ya no me preocupaba tanto lo que vendría. Porque uno de mis mayores errores fue pensar que alguna vez tendría la vida resuelta. Siempre habría algo que superar y resolver; esto era una carrera de obstáculos, un juego, al fin y al cabo. Y mientras se jugaba, lo mejor era saborear y disfrutar las rachas buenas y las cosas pequeñas sin necesidad de que la vida te diese más golpes para abrir los ojos y hacerlo.

Mientras mi gente seguía riendo y bailando, imaginé que mi vida era una coreografía, cuyos pasos eran vínculos y emociones que me acompañaban y momentos que transformaban mi baile, sabiendo que llegaría uno en el que la canción se acabaría y que tenerlo bien presente me ayudaría a valorar más el tiempo, lo finito y lo efímero, dándome cuenta de que solo necesitaba tres cosas: fortaleza para cambiar lo que pudiera cambiar, paciencia para lo que no y saber diferenciar cuál de los dos casos tenía delante.

Nunca olvidaré que tía Manuela siempre decía que para morir bien había que aprender a vivir bien. Aquel año me di cuenta de que muchos habíamos estado intentando vivir bien buscando la felicidad, cuando lo que realmente teníamos que buscar era la serenidad. Y teniendo esto claro fue cuando empecé a poner el foco en crear pasos más bonitos para seguir componiendo el baile de mi vida.

Nota de la autora

En 2020 una mujer en Instagram contactó conmigo para decirme que algunas frases que yo compartía le hacían sentir bien, confesándome que estaba en un proceso complejo al haber empezado a recordar que de pequeña había sufrido abusos sexuales. Necesitaba hablar con alguien distinto a su psicólogo, pero no se atrevía a contárselo a su entorno. El ser yo una completa desconocida que le generaba cierta confianza pareció animarla a soltar lastre.

No volví a saber nada de ella y su cuenta de Instagram se encuentra inactiva, pero su historia me removió. Fui más consciente de cuántas realidades duras sufren las personas sin nosotros siquiera sospecharlo.

Si algún día me lees, gracias por abrirte conmigo y por ser fuente de inspiración para dar visibilidad a esta atrocidad que sufren muchos menores.

Durante aquella conversación, esta mujer no entró en detalles, por lo que, aunque me haya inspirado, lo narrado en *Me debo mi libertad* es ficción; pero por desgracia, los abusos sexuales en niñas y niños han sido y son una realidad en la actualidad.

En España, según los últimos datos del Ministerio del Interior, en 2021 se presentaron 8317 denuncias por delitos contra la libertad sexual que tenían como víctima a niños, niñas y adolescentes.

Según Save the Children, la ONG que desde 2017 emite un análisis anual de las sentencias sobre abusos sexuales a menores en España, en ocho de diez casos de abusos sexuales a menores, el agresor es una persona conocida, y en casi siete de cada diez casos los agresores (en su inmensa mayoría, hombres) no tienen antecedentes.

«Estos datos son solo la punta del iceberg, ya que se estima que solo el 15 % de los casos de abuso sexual llegan a denunciarse. Todavía existe la creencia colectiva de que estos casos apenas existen y de que si un niño o niña fuese abusado en nuestro entorno nos daríamos cuenta, pero los datos evidencian que no es así», señala Catalina Perazzo, directora de incidencia social y política en Save the Children.

Espero que estas páginas den visibilidad a lo que muchas niñas y niños han sufrido y sufren sin ser del todo conscientes y/o en secreto.

Agradecimientos

Antes de nada, gracias a ti, por tener este ejemplar y por dedicar tu tiempo a leerme. No hay nada más valioso que el tiempo, porque es lo único que existe de lo que no se puede obtener más, ni se compra ni se vende ni se traspasa.

Gracias a toda mi familia y amigos, a las de siempre y también las de las redes: Mónica, Rocío, Alicia y Cecilia; porque, a pesar de que han pasado dos años entre la publicación de una novela y otra, han seguido ilusionados con esta nueva aventura.

Como no podía ser menos, gracias al equipo que ha hecho que esta obra sea un proyecto con más calidad: Lucía Valero, la ilustradora de la cubierta; Rachel, la maquetadora del exterior; Lucía Brisbane, mi correctora de confianza; y Verónica, la maquetadora del interior de la novela.

No me olvido de Rachel Bels, que me enseñó todo lo que sé sobre la escritura e incluso sobre mí misma. Porque antes de crear y conocer a un personaje, primero tenía que conocerme bien a mí.

A Carmelo, mi pareja, por animarme para que esto saliera adelante.

A Ronda, mi ciudad soñada, por ser también mi casa, mi lugar favorito de desconexión y la ciudad de mis historias.

Y, una vez más y de nuevo, gracias a la vida por permitir que haya vivido esta experiencia y que, a su vez, la pueda compartir con los que más quiero.

Con esta historia puedes colaborar contra los abusos infantiles

Solo tienes que poner una reseña en Amazon, contactar conmigo y te haré llegar una pegatina con un diseño propio, con ayuda de mi amigo Jorge Abad, ([@lahormigaquepinta](#)) con la que pretendemos dar visibilidad a este tema y poner en valor la protección de la infancia.

Instagram: [@martadelvalle_adp](#)
E-mail: mdelvalle@martadelvalle.com
Web: martadelvalle.com

Referencias

Marlena, Bombai, 2021: «Me sabe mal». *Me sabe mal*. Capítulo 4, La necesidad del caos.

Reinas del bosque, 2019: Colegio La Inmaculada en Carnavales de Ronda. Capítulo 16, Carnavales con sorpresa.

Antonio Orozco, 2004: «Quiero ser». *El principio del comienzo*. Capítulo 32, El secreto de las canciones de amor.

Marlena, 2023: «Bailamorena». *1000 primeras veces*. Capítulo 33, Te prefiero.